

LUIS PEREZ AGUIRRE

CARNET DE RUTA



LUIS PEREZ AGUIRRE

CARNET DE RUTA

Meditaciones para la mochila

EDICIONES APOCE

Soriano 1465

Montevideo - Uruguay

A Marc Marxuach

que me enseñó a acampar

y a José Donoso sj.

*que me enseñó a ver en la pedagogía divina
de los signos la sacramentalidad del mundo.*

INTRODUCCION

Este libro es el fruto de mil jornadas de campamento. Tiene como cuna mi patria, Uruguay, y sabe también de la Pampa y la Patagonia Argentina, de los lagos del Sur y de la Cordillera Chilena.

Más que oraciones, encierra NOTAS y observaciones que he ido juntando a lo largo de mil caminos, mil momentos de silencio, reflexión y diálogo con compañeros junto al fogón o en los altos de la marcha.

Más que ideas desarrolladas y pulidas, el Carnet de Ruta contiene intuiciones, líneas de reflexión, ideas, nacidas espontáneamente en contacto con la Naturaleza. No pretendimos hacer, a lo Michel Quoist, una especie de "Oraciones para rezar fuera

de la Ciudad. . .". Nos hemos limitado a presentar un material de trabajo, en forma casi de "notas" o "apuntes", sin incluir el aspecto más personal y anecdótico. Hemos querido mantener un estilo algo descarnado para que cada uno lo pueda revestir con su propia experiencia. Por eso decimos que no son "oraciones" acabadas. Son un simple DETONADOR para la oración. Creemos que así ganamos en universalidad y nuestro servicio se hace más accesible y útil a todos.

El Carnet de Ruta pretende ser una plataforma desde la cual cada uno se remontará a su propia experiencia, a su provisión de vivencias, aquéllas que más le dicen y ayudan a penetrar en ese "medio divino" que es la Creación.

Alentado por quienes leyeron las notas de mi Carnet y vieron que podrían ser de mucha utilidad para los movimientos de juventud y todos aquéllos que descubrieron los valores de la vida "al aire libre", he decidido publicarlas. No pretenden tener pues otro valor que el del servicio.

Querríamos comunicar a todos, a través de esta publicación, ese tesoro que hemos descubierto.

Somos conscientes de un valor único en el contacto con la Naturaleza. Algo que nuestra civilización tiene dificultad en captar y que desgraciadamente cada día va perdiendo más. Se trata de algo que está mucho más allá del salir "al campo" por una necesidad casi biológica dadas las características de la vida cosmopolita.

Podemos salir al campo un fin de semana y entender poco o nada volviendo tan vacíos como al principio.

La Naturaleza, si somos capaces de descubrirla, ES UNA ESCUELA. Escuela de salud, de carácter, de inteligencia, de arte y de espiritualidad.

Es ESCUELA DE CARACTER porque el enfrentamiento con los elementos y la perseverancia ante las dificultades nos hace aflorar y descubrir valores ocultos. La vida simple y reducida a lo elemental, ese saber moverse en la privación con alegría, nos hace descubrir una nueva dimensión de la libertad. Nos hace reencontrar lo esencial, nos despoja de todo lo artificial, de todo lo innecesario que nuestra civilización y la propaganda nos hizo tragar por imprescindible.

Alexis Carrel en su libro "Man the Unknown" constata que "el hombre debería ser la medida de todo. En cambio, no es sino un extraño en el mundo que él mismo ha creado. Ha sido incapaz de organizar este mundo para sí mismo, porque no poseía un conocimiento práctico de su propia naturaleza... El hombre alcanza su más elevado desarrollo cuando está expuesto a los rigores de las estaciones, cuando una que otra vez se priva de sueño durante largas horas, cuando sus comidas son unas veces abundantes y otras escasas, cuando conquista los alimentos y el abrigo a costa de esfuerzos vigorosos. Tiene que acostumbrarse él mismo y acostumbrar sus músculos a fatigarse, a descansar, a luchar, a sufrir, a ser feliz, a amar..."

Mientras sigamos atrofiando nuestras facultades de adaptación nunca llegaremos a ser plenamente hombres.

Es ESCUELA DE INTELIGENCIA. Ser inteligente es ser capaz de relacionar y poner juntos los

fenómenos, es ser capaz de recibir las cosas y los seres tal cual son, es ser capaz de observar. El primer paso hacia la inteligencia es la capacidad de admiración.

Esa admiración es el principio del filosofar. La experiencia lleva a la admiración y ella a la inquietación. Luego vendrá el aspecto social: su expresión progresiva y perenne. El filósofo comenzó a reflexionar a partir de la admiración por alguna cosa que veía.

¿Qué hay en el hombre, en todo hombre, que hace que necesite de la admiración para filosofar?. La respuesta está en el dinamismo del entendimiento humano. Es decir, en ese deseo de conocer y saber que todos poseemos.

Lebreton, explicando el método apostólico de Cristo, dice que nuestro Señor se valía del milagro para despertar al auditorio: el paso primordial que les hace dar es el de la admiración.

La Naturaleza es ESCUELA DE ARTE y estética. "En el arte, lo que se puede decir con palabras no cuenta", decía Matisse. El arte es por esencia inexplicable. El P. Couturier afirma con no poca perspicacia que debemos reconocer que todos, o casi todos, tenemos la vista falseada". La mediocridad y la fealdad ambiente nos han deformado el ojo o el oído (la radio encendida todo el día, los afiches mediocres, los panoramas vulgares. . .); se nos hace bien cuesta arriba reencontrar el camino secreto que lleva a la belleza.

Uno de los remedios se encuentra en el espectáculo de la naturaleza, lejos del ruido, de la agi-

tación de nuestras ciudades y de los panoramas vulgares. La contemplación de los paisajes y los cielos abiertos nos purifican la vista. Nos tenemos que esforzar por "aprender a ver". Tenemos que abriarnos a lo bello. Llegar a la esencia de las cosas y a la forma, es decir, a todo aquello que hace de una cosa lo que es. Así llegamos a una altura en que todos los términos tocan esa palabra griega denominada Logos. Expresión de la idea del Padre. Es la Belleza de Dios.

Esta captación de la belleza es un proceso instantáneo. Es una intuición. Es captar lo que a primera vista nos place. No es una abstracción. Es algo sensible, no es una mera idea, por eso se dice que la belleza es el tónico de la inteligencia.

La Naturaleza nos brinda las tres coordenadas esenciales de lo bello; La integridad que es plenitud del ser; la proporción, que es un cierto orden y jerarquía, es decir, la unidad en la variedad; la claridad, esa plenitud de luz, que hermosea todo, que hace posible la intuición del objeto. Plenitud de transparencia y de inteligibilidad.

Por último, queríamos hablar de otra dimensión muy importante de la Naturaleza. El hombre vive en lo temporal pero está en camino de lo eterno. Es el peregrino de lo absoluto. Busca siempre la posesión, pero como es un pozo de infinitud no descansará hasta que descanse en Dios, según afirma San Agustín. El hombre es un atormentado del infinito, está lanzado hacia su fin.

La Naturaleza es ESCUELA DE ESPIRITUALIDAD porque es el signo primordial del lenguaje divino. Por más conquistada y dominada que esté,

sale de las manos de Dios y los cielos no han terminado de cantar su gloria. Cada uno de sus detalles, desde la florcita hasta la montaña y el océano, nos hablan de una intencionalidad divina. Nos hace caer de rodillas ante el Creador y nos da los medios para la vida interior por la contemplación, el silencio fecundo y la oración que brota de nuestro espíritu con toda espontaneidad.

No hay medida entre Dios y el hombre. Dios no puede ser encerrado en nuestras categorías. Dios no habla, es el hombre quien habla, la palabra es humana. Ninguna de nuestras palabras es capaz de contener el misterio de Dios.

Entonces, para hacerse entender por el hombre, Dios inventó un lenguaje similar al de quien ama: se puso a hablarnos por signos.

El mundo es un signo, la naturaleza es un conglomerado de SIMBOLOS. Los acontecimientos y los signos de los tiempos son manifestaciones de Dios.

Los signos son siempre un riesgo. Con ellos nunca estamos seguros de no ser traicionados. Un signo siempre puede ser entendido al revés, podemos hacerle decir lo contrario. El signo no es forzosamente reconocido en todo momento.

Por esta misma razón, Cristo —Dios entre los hombres— pagó con su vida la incomprensión de su señal. Se hizo carne, signo en carne y hueso, pero los hombres no lo reconocieron.

Cuando tratamos de leer un signo, sea de la Naturaleza, sea un acontecimiento, padecemos un riesgo enorme: nos arriesgamos a no entender nada, pero sin embargo Dios mantiene ese riesgo a todo pre-

cio. Es el riesgo de la libertad, es el precio del Amor sin medida. Dios quiere ser adivinado, descubierto libremente. Jamás se impone, jamás deja de respetar nuestra libertad.

Pero no nos deja solos ante un misterio indescifrable. Se nos revela de múltiples maneras, como dice la carta a los Hebreos. Su lenguaje nunca es abstracto. Así como se nos reveló en acontecimientos: la salida de Egipto, la cautividad en Babilonia, la venida de Cristo; así también se nos revela, quizás más frecuentemente, en símbolos e imágenes. Gran parte de la Escritura es una amalgama de imágenes y símbolos reveladores del Misterio de Dios. El hace un constante llamado a las realidades visibles y humanas para llevarnos suavemente a captar, por analogía, alguna de sus realidades invisibles.

En el Evangelio de Juan, por ejemplo, claramente vemos que la pedagogía de Dios hace un constante llamado a los símbolos. Hasta parecería reducirse a algunos claves como la Luz, el Agua y el Pan.

Ya San Buenaventura, el gran maestro de la analogía, decía que "las creaturas pueden ser consideradas como cosas o como signos". El simbolismo cósmico es pues una vía, real, de acceso al misterio de Dios.

Tenemos que redescubrir el valor de los símbolos para la PEDAGOGIA DE LA FE. Es el camino que el mismo Dios ha querido usar y debemos hacer todo un esfuerzo para que sigan siendo elocuentes. Con más razón en un momento en que parecería que la mentalidad moderna, científica, técnica y urbana ha perdido toda sensibilidad al simbolismo.

No hay que confundir el mito con el símbolo, ni la secularización con la incapacidad de leer los signos de los tiempos. Si es verdad que nuestra generación ha de crear todo un simbolismo nuevo para su expresión litúrgica y su vida de fe, así como también debe descubrir al Señor que se sigue revelando en formas nuevas, también es verdad que hay símbolos de valor imperecedero a través de los tiempos, que no han perdido valor y elocuencia. Toda la naturaleza tiene ese valor imperecedero y tenemos una responsabilidad al sentirla a nuestro alcance, al ver que Dios sigue hablando desde ella y que nosotros no nos esforzamos por escucharle.

Este Carnet de Ruta es un pequeño testimonio y el fruto del acercamiento a la Naturaleza con esa actitud de admiración y receptividad.

No tendrá valor mientras se quede sobre la mesa. **ES PARA SER PUESTO EN LA MOCHILA Y PARTIR.** Es para ser leído después de una larga marcha, bajo el sol ardiente o a la luz del fogón, en la carpa cuando la lluvia nos impide otra actividad o en el refugio en plena montaña... No es una novela, no es una recopilación de frases lindas, es el fruto de una experiencia y ella quedará incomprendida e intransferible para quien a su tiempo no tenga la audacia de vivirla.

“Probadlo todo y quedaos con lo bueno” nos dice San Pablo. Esa debe ser la consigna para quien reciba este librito en sus manos. Está dedicado a todos aquellos que se han decidido a realizar la experiencia. “Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes”, el viejo Juan tenía conciencia de esa virtud que validaría sus esfuerzos. Antes de empezar, ya estaba seguro que valía la pena escribir.

No querría terminar esta introducción sin algunas aclaraciones y algunos CONSEJOS PRÁCTICOS.

Primeramente debo aclarar que dado el carácter de la obra, se ha evitado conscientemente la cita de los textos que aparecen a fin de mantener la espontaneidad con que surgieron en la mente durante la meditación y no interferirla con datos innecesarios.

Las meditaciones, a pesar de que siguen un esquema más o menos lógico, no dejan de ser simples anotaciones y reflexiones, tal como se fueron recopilando en el Carnet de Ruta original. Es por lo tanto, sumamente importante tener presente la consigna de San Ignacio al realizar la lectura: "No el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente". Ninguna meditación está "acabada". Todas dan lugar al trabajo personal. Cada uno las completará con su propia experiencia y saltará de ellas al diálogo con el Señor a través de su propio lenguaje y su propia capacidad.

La Naturaleza es inagotable. Aquí sólo hemos seleccionado treinta temas que encierran actitudes básicas de quien ha hecho la experiencia de la Ruta y deseáramos que nuestros lectores no se limitasen a ellas. El mismo método debería extenderse y aplicarse a otras realidades tan esenciales e importantes como las reflexionadas aquí.

Cada meditación está acompañada de textos bíblicos para la MEDITACION o para la CELEBRACION LITURGICA que se puede crear sobre el tema. Esos textos no son ni los únicos ni los mejores. Simplemente han sido elegidos en forma de guía pa-

ra llegar a otros. Son pistas para descubrir LA PALABRA de Dios. Necesariamente nos hemos visto limitados por el espacio y nuestra intención es que no coarten la búsqueda personal.

Conscientemente he dejado de lado magníficos textos de la liturgia católica que corresponderían a cada meditación, en un esfuerzo ecuménico, para que el libro quede abierto a todos los cristianos de buena voluntad.

Finalmente, antes de usar los textos, recomiendo que se lea lentamente, sabiendo respirar y detenerse allí donde se encuentra novedad, interés, curiosidad o simplemente dificultad. Aún si muchos textos no nos dicen mucho inmediatamente, hay que perseverar: la palabra de Dios es como una semilla, cuyo crecimiento es al principio imperceptible... Una vez que haya arraigado profundamente entonces podremos proclamarla.

LAS ACTIVIDADES

EL CAMINAR

Es el ejercicio más saludable y estimulante.

Humilde y efectiva MORTIFICACION que ejercita armoniosamente todos los músculos, los desarrolla, les da elasticidad y los hace servir para una meta concreta.

Despeja la mente convirtiéndose en el mejor medio de distensión nerviosa procurando la paz, base ideal para la reflexión creadora.

Medio por excelencia para ponernos en comunión con nuestra tierra y nuestros países.

Caminando llegamos allá donde no podríamos de otra manera. Caminar por una auto-ruta puede tener poco sentido, pero caminar para alcanzar un paisaje inaccesible tiene un profundo significado.

Acostumbrados al siglo del reloj, de la velocidad y del apuro, sólo el caminar nos vuelve al ritmo humano, ese ritmo de los pasos que se suceden con la cadencia del latir de nuestro corazón.

La conquista espacial significa un desarrollo maravilloso de la inteligencia y de la técnica; aceleración a posibilidades insospechadas. Hoy se camina cómodamente sentado en el asiento de un avión, de un tren, de un automóvil, pero sólo la lentitud del paso humano, de ese ritmo seguro y profundamente arraigado en nuestro ser, es capaz de permitirnos asimilar todo lo que hay de fantástico en nuestra civilización.

Es **reencontrar el ritmo del cosmos** y avanzar hacia un humanismo nuevo. Al ritmo de nuestros pasos, la naturaleza, el paisaje, nos empapa, nos penetra.

Silencio profundo y elocuente de las marchas entre fantásticos árboles o en las nieves vírgenes, o en las llanuras desérticas.

Silencio que será pobre o rico en la medida que nos prepara o no a un afrontamiento más pleno y auténtico con los hombres y la vida.

Soledad que no es aislamiento... Nada más rico y hermoso que una soledad poblada de grandes realidades; trampolín para la comunión con la masa inmensa de conciudadanos.

El automovilista no goza de ese contacto directo con la tierra: el crujir de las hojas secas bajo el zapato, la sinfonía de luces creada por el sol en los árboles, el canto de los pájaros, el silencio del sendero, el aroma de las flores, el apretón de manos del paisano al borde del camino...

El automovilista sólo sabe del lugar por la guía turística o por la indicación del hotelero.

Un país no entra en nosotros únicamente por la vista, sino también por el cansancio, por el esfuerzo... por los oídos y el olfato, por la lluvia golpeando nuestra espalda, por el sol tostando nuestro rostro. Por nuestro sudor y por el polvo de nuestros zapatos.

El caminar vuelve nuestra acción a su sentido esencial; es un superarse, un rehusar el confort, la instalación y el conformismo. Dejar de lado el automóvil o el avión no es, en nuestro caso, un retroceder con respecto a nuestra civilización técnica. **Es un cuestionar las verdades prefabricadas** que el mundo de hoy nos propone. Es un medio privilegiado de educación que crea un espíritu peculiar. Plataforma fundamental para la acción y la empresa de mañana.

Necesitamos de este ejercicio humilde, viejo como el hombre, para reencontrarnos y valorar todo lo que hay de bueno en nuestra cultura tecnificada.

Baño revitalizador, que nos vuelve imperceptiblemente a nuestro ritmo natural, a nuestra dimensión más auténtica. Sólo desde ella podremos apreciar y valorar en toda su amplitud —sin deshumanizarnos—, nuestra civilización de la velocidad y de la aceleración.

El oficio del hombre en la tierra es el de caminante ("viator").

Somos PEREGRINOS en camino hacia una meta conocida. El caminar es un trasladarse de un lado a otro. Simboliza la historia y actualidad de todos los pueblos que van desde su origen a una meta común, hacia Dios, punto omega de toda la creación.

El gran pecado de todos los tiempos ha sido el instalarse en lo provisorio embelesados por una realidad no definitiva; el olvidarse de la meta, el entretenerse por el camino.

Como caminantes estamos expuestos a los dos peligros principales de todo ruterio: creer que ha llegado a la meta y disponerse a descansar en esa parada provisoria; o confundir las rutas abandonando la verdadera, la que conduce a Dios, ya sea por negligencia, por flojedad o por seguir a otro conductor que no sea Dios mismo.

El caminar es participar del orden del cosmos. En él todo camina hacia un fin definido: los planetas, el mundo, las civilizaciones, la historia, la Iglesia; todo va hacia la madurez en Cristo.

Siempre caminamos hacia un fin, bueno o malo... Mientras tus pasos respondan a tu conciencia y te dirijas movido por el amor, por la entrega a los demás, por hacerte más digno y valioso ante la mirada de Dios Padre, entonces tus movimientos —por más monótonos y humildes que sean— te estarán elevando a un nivel superior, a un verdadero progreso.

En el estilo de tu caminar se declara tu nobleza. Ese continente erguido, dueño de sí mismo y de sus movimientos, sereno y seguro. La frente en alto y la mirada en el horizonte hacen del hombre una figura única en el cosmos.

El caminar erguido significa ser hombre.

Nuestro caminar en la Iglesia es símbolo de este Pueblo en marcha. La Iglesia es peregrina en este mundo y marcha hacia la tierra prometida a través de las realidades terrestres.

La vida de la Iglesia es un caminar hacia Cristo que ha vencido al mundo (Juan 16:33). Caminamos hacia la manifestación definitiva de Cristo, asumiendo y dando sentido a las realidades de la tierra que pisamos y que da fruto en sus diversas civilizaciones.

Los sacramentos nos mantienen en un ambiente de Exodo y nos dan una mentalidad de caminantes. El rito expresivo del Bautismo recuerda el paso del Mar Rojo y la Pascua de Cristo. Es el sacramento en cuyo significado encontramos una marcha: se entra en la Iglesia. Marca la partida hacia Cristo, nos hace hombres "orientados" en la verdadera Ruta que es Cristo.

Para Pablo, el cristiano es un "corredor" que acelera sus pasos hasta la Meta, Cristo.

La Eucaristía recuerda la primera Pascua judía y el maná recibido durante los cuarenta años del Exodo en el desierto. Es el sacramento que mantiene al cristiano en estado de marcha hacia la Tierra Prometida. Es su previsión y soporte para el camino. Recuerda también la marcha de cuarenta días que Elías realizó por el desierto hasta llegar al Sinaí.

"¡Qué hermosos son en la montaña los pies de aquéllos que caminan para traer la Paz!", exclama Isaías.

PALABRA DE DIOS	Textos para la meditación o para la celebración litúrgica.
Génesis 12:1-5	Abraham, Padre de todos los creyentes se pone en camino dando el primer paso de la Historia de Salvación.
Hebreos 11:8-13	Abraham es el tipo de toda gran vocación. Lanzarse a la gran aventura de Dios es partir, caminar, dejar, desprenderse. Por obedecer a Dios se puso en camino sin saber a dónde.
Lucas 9:23	Condiciones para caminar junto a Cristo.
Juan 14:6:8:12	Cristo es el camino y la luz que ilumina nuestros pasos.
Lucas 24:15s	Jesús camina junto a los discípulos de Emaús. Se les manifiesta al partir el pan, en la Eucaristía, sacramento del cristiano en éxodo hacia la Tierra Prometida.
Juan 1ª carta	Caminar en la luz como hijos del Padre.
Isaías 52:7	Hermosura de quien camina para lograr y llevar la paz.
Génesis 17:1	Camina en mi presencia y se perfecto, dice Dios.

EL CANSANCIO

Meditación breve. El cansancio embota nuestra mente. Las ideas se reducen a lo esencial, se escurren con el sudor. No hay energías para grandes elucubraciones. No podemos orar. Es el momento en que el mismo cansancio se hace meditación y oración.

Las palabras sobran, no hay idea que esté a su altura cuando es auténtico.

Realidad vieja como el hombre, **es signo del esfuerzo realizado**, es experiencia de nuestro límite y nuestra grandeza a la vez. Es sensación de PLENITUD por la meta alcanzada o por la lucha noble que todavía sigue su curso.

Lo sentimos llegar y tomar posesión poco a poco de todos nuestros sentidos como prueba de que hemos

luchado, hasta agotarnos. De que hemos preferido el esfuerzo y el trabajo al camino fácil y cómodo.

El Reino de los cielos pertenece a los violentos, a los que saben despegarse de su pequeña burguesía y se lanzan a la batalla. Es de los que corren y pelean la batalla de que nos habla San Pablo.

El cansancio noble y auténtico **es una pequeña y momentánea muerte** de la que salimos más hombres, más auténticos, más respetables porque nos hemos esforzado en algo.

La frente impregnada de sudor ya no es hoy día una condenación sino orgullo de nuestra raza y condición humana, esa que construye en el mundo y lucha hombro a hombro hacia el progreso.

La cortada fácil, la molicie, la pereza, la comodidad siempre buscada, no caben en el pecho que conoció —palpitante— el mensaje de una fatiga ennoblecedora.

Jesús pasó por él y lo santificó puesto que era la única manera de participar plenamente de nuestra condición. Se hizo frágil pero en el mismo momento le confirió una dimensión nueva. Para asemejarnos a El no debemos cambiar nuestra existencia. Cuando cansados y fatigosos tendemos a creernos nada, es justamente el momento en que somos Cristo...

La fatiga se convierte en una especie de **sacramento**. Cristo permanece en ella y todo hombre sudoroso y cansado luego de cumplir con su tarea nos habla de El. **El cristianismo no es una religión que nos saca del mundo** para contemplar y luchar por realidades etéreas. Nos quiere en el corazón de nuestra tierra y del esfuerzo humano, participando como el que más por construir esta Tierra.

Nuestro nombre de cristiano nos exige pasar por esta experiencia; participar de todos los que luchan y se cansan porque construyen, porque tienen un ideal: los pioneros incansables, los obreros de todas las épocas que acarrearón piedras y ladrillos para edificar; los marinos que vuelven rendidos a casa luego de pesadas tareas entre vientos, olas, redes y cabos; del misionero que luchó horas interminables en la selva para llevar los sacramentos a un enfermo; del diariero que caminó quilómetros todo el día por la ciudad; del profesor y del estudiante que pasaron horas entre ejercicios y correcciones; del panadero entre la masa y el horno; del sabio que se consume frente a su microscopio; del soldado que muere agotado y olvidado en mil campos de batalla, del paisano que lucha por fructificar la tierra árida. . .

El cansancio del deportista y del que sale en excursión por las montañas o llanuras no tiene menos valor. Es la fatiga de quien busca algo más, de quien sale de su inclinación burguesa para lograr una mayor profundidad de vida y mayor DISPONIBILIDAD hacia los demás.

PALABRA DE DIOS

I Corintios 7:31

El escenario de este mundo pasa, sólo cuenta el Absoluto que conseguimos a través de él.

Juan 4:6

Cristo participa y santifica nuestro cansancio.

Marcos 4:38

Mateo 8:18

Jesús estaba cansado aquella noche de tormenta sobre el lago de Genesaret.

Marcos 14:32s

Mateo 26:36s

Lucas 22:40s

Muchas veces, como los apóstoles, somos flojos para velar con Cristo y acompañarlo en sus fatigas. Ese Cristo que hoy se nos presenta en los hombres que se esfuerzan por construir y hacer más justa nuestra Tierra.

EL DESCANSO

No es posible subir constantemente sin tomarse de cuando en cuando algún descanso. Hasta los mejores montañeros lo hacen. Nuestro organismo no está hecho para caminar, trabajar y esforzarse constantemente.

Dios quiso que descansásemos. El autor del Génesis nos lo describe como dando el ejemplo al descansar en aquel séptimo día de la creación, justificando así el "sábado".

No me refiero al descanso voluptuoso del atorrante que no ha trabajado y ni lo necesita ni merece, sino al de quien se ha esforzado en algo y se detiene para recuperar energías.

Cristo también se reposó. Un día junto al pozo de Jacob. Otra vez en la barca sacudida por la tempestad

del lago luego de larga jornada de predicacion. Y mil otras veces desde su infancia en la tranquila casa de Nazaret sobre su jergoncito de pelo de cabra.

Todo tiene un RITMO muy sabio. Al día sigue la noche, al invierno la primavera y el verano. Al esfuerzo sigue el descanso.

La sombra de un árbol luego de una larga caminata invade nuestro ser como una bendición. Un nuevo vigor corre por nuestras venas, los pulmones se vuelven a llenar de aire y respiramos más acompasadamente. Ayuda a reflexionar sobre el camino que hay que recorrer y medir, mirando atrás, el que ya hemos hecho.

Después del silencio forzado de la marcha las mentes se despejan y hasta los más callados se vuelven locuaces. El intercambio de ideas y comentarios nos hace sentir mejor y más entusiastas.

La ciudad ruidosa y tensa, donde nuestros nervios se gastan con facilidad y las neurastenias están a la orden del día dando material abundante a los psiquiatras, no permite el descanso verdadero, ese que se logra sólo en el silencio y la soledad de una naturaleza acogedora.

Antiguamente, al ritmo lento de otros tiempos, el de las estaciones y de las plantas, el hombre no era atropellado ni aplastado. Tenía por la fuerza de las mismas cosas, el tiempo de **verse vivir**. Hoy pierde cada vez más este derecho, nos dice Guy de Larigaudie reflexionando sobre el descanso y el silencio como condiciones de una vida fecunda.

No es que estemos en contra de nuestra civilización y lo que supone de adelanto la maravilla de la conquista técnica y la industrialización, pero debemos

rehabilitar el descanso. Ese que es fecundo porque logra un recogimiento interior que ayudará luego a realizar nuestras tareas con más eficacia y profundidad.

El mero hecho de salir al campo alejándose del fragor mecánico de las grandes ciudades ya es un descanso. Allí se oyen otros sonidos, **que no son ruido sino melodía**. El canto de los pájaros, el murmullo del riachuelo, el viento en las ramas del árbol... Esos sonidos nos impregnan y vivifican por dentro. Sirven de marco al silencio.

"Es agradable perder el tiempo —dice Larigaudie— prestando oído a esa larga canción de la tierra. Es propicia a los recuerdos, a los sueños del futuro, a la charla familiar con Dios. Ella es además fecunda, porque **es más fácil crearse una vida más bella cuando se ha podido soñar así antes de vivirla**".

Ojalá todos los añosuviésemos un tiempo para dar un descanso también a nuestro espíritu. Ese detenerse para mirar el camino recorrido y planear la nueva ruta. Salir del torbellino de la vida, ver lo que falta para llegar a la meta...

"Venid a un lugar solitario y descansad un poco", dice Jesús a sus discípulos, y los llevó a un lugar solitario y desierto para orar.

Hay hombres que no duermen, nos dice Péguy, y Dios no ama a quienes no duermen. El sueño es el amigo del hombre, el amigo de Dios; es su más bella creación. El que tiene el corazón puro duerme y el que verdaderamente duerme tiene el corazón puro. Es el gran secreto de ser infatigable como un niño, secreto de las almas nuevas. Los que trabajan bien y duermen mal, sigue diciendo Péguy, es que no tienen confianza en el Señor, es casi más grave que si trabajaran mal pero

durmieran bien. La pereza no es mayor pecado que la inquietud y la falta de esperanza en el Señor. Son desgraciados los que no se animan a depositar todas sus preocupaciones y negocios en el Señor para reposarse con paz. Los que no confían a Dios el espacio de una noche o de un descanso, a ese Dios que es capaz de administrar la Creación entera.

Los cristianos concebimos el cielo también como un descanso, que no es un cese de actividades, sino perfeccionar y sublimar la actividad misma: mientras los adoradores de la Bestia —nos dice el Apocalipsis— no conocen reposo ni día ni noche (14,11) "los cuatro seres Vivientes" no cesan de repetir, día y noche, la alabanza de Dios tres veces santo (4,8).

PALABRA DE DIOS

Exodo 20:8

Desde sus orígenes, Israel santificó el sábado, consagrando al Señor un día de reposo, especialmente en tiempos de siembra y cosecha (Cfr. Deuteronomio 34:21).

Deuteronomio 5:15

Descansar es signo de libertad, el texto recuerda que Israel ha sido liberado de los trabajos forzados en Egipto.

Jueces 1:19s

Josué 21:43s

La tierra prometida conquistada lentamente es figura del reposo de Dios.

Marcos 2:27

Contra los fariseos, Jesús restaura el verdadero sentido del sábado.

Eclesiástico 24:11

En Dios, trabajo y descanso no se excluyen sino que expresan el carácter trascendente de la vida divina.

Mateo 9:36

Juan 4:36s

Jesús viene a socorrer a los cansados y abatidos, ofrece el descanso a todos los que van a El (Cfr. Mateo 11:29).

EL CANTO

En el monte la fila india avanza. Los pasos se suceden conscientemente, demasiado conscientemente quizás, hasta que alguien entona un canto y todos lo corean...

El fogón crepita alegre, invita a la expansión y expresión libre de los sentimientos. Una guitarra, una armónica o el mero ritmo de las palmas surge suavemente, se define cada vez más, se hermana con la llama alegre y ya tenemos toda la atmósfera transformada por la magia del canto.

Cantos de marcha durante largas caminatas, cantos de grupo en los momentos del descanso, cantos profundos y expresivos alrededor del fuego...

El mochilero es un cantor por esencia. Sabe de sus cualidades y capacidad para transformar un ambiente y crear un clima nuevo.

El tono de los cantos es el barómetro del campamento. No existe una mochileada perfecta sin canto.

No el canto pulido y perfecto del disco salido del laboratorio electrónico, sino el auténtico, ese que está hecho de entusiasmo y espontaneidad más que de profesionalismo. Ese que surge luego de la pesada jornada, ese que expresa la alegría o la amistad surgida en el momento. Ese que trae a la memoria recuerdos y experiencias pasadas.

Cantos que han sido creados en campamentos pasados y los significan al mismo tiempo que recuerdan. Cantos que ya son el lema del grupo porque a todos gusta y a todos expresa. Cantos del cancionero popular, antiguos y nuevos, que nos hablan del hombre, su tierra, sus alegrías y sus esfuerzos.

El cancionero es un elemento esencial de la mochila. Sin él todo buen mochilero la considerará vacía.

Cantamos porque encontramos en esa acción un aspecto comunitario fundamental. Cantamos porque es el elemento más apto para crear la unión y crear relaciones. Cantamos porque nadie como el canto es capaz de limar asperezas, fundir oposiciones, borrar los malos momentos y expresar la nueva alegría.

Cantamos porque amamos. El egoísta no canta, sus palabras no logran la armonía fundamental que debe estar de acuerdo con su vida.

San Agustín decía que **cantar es el lenguaje propio de quien ama.**

El canto es una disciplina e indica los quilates que pesa la juventud. El P. Doncoeur decía con tristeza a

los franceses antes de la segunda guerra que "no tenían en común más que la primera estrofa de la Marsellesa!". Delataba en la juventud una dimensión muy sintomática que se estaba perdiendo.

El mismo Agustín arengaba a los jóvenes a que cantasen: "Canta, como acostumbra todo viajero; canta pero marchando; olvida tu fatiga cantando... Progresas en el bien!".

El canto también es viejo como el hombre. Está unido a la danza y toda expresión corporal. Como la mano y el pie son parte integrantes del cuerpo humano, como el cuerpo y el alma forman un único hombre, que es todo, así no existe palabra hablada sin su pronunciación, ni palabra cantada sin su música que es afloración de una armonía espontánea interior...

La misión del canto es reflejar por medio de una expresión corporal sonora —la palabra cantada— el misterio del espíritu que late en lo interior.

En el canto, el hombre ha experimentado siempre auténticas emociones. Por medio suyo elevamos la voz sobre el uso corriente de la palabra, que no sirve sino para relacionarnos con los demás hombres. El canto es más que eso. Llega hasta expresar los más profundos sentimientos religiosos.

El canto es para las palabras lo que la danza era para la marcha del hombre primitivo.

Las palabras y sonidos armonizados del canto se convierten en instrumentos de comunicación capaces, por encima de su sentido directo y definido, de revelar algo de nuestro misterio.

Quien canta bien se siente tan lleno de las palabras, que le sería imposible expresar eso mismo en su manera normal de hablar.

La palabra sale de la prisión de la mente y se transforma en melodía. Resuena, se multiplica y llena el corazón de indecibles sentimientos.

La alegría y la añoranza, la esperanza y la frustración, la fe y el amor... tienen su mejor expresión en la palabra cantada.

Al cantar sentimos que corre por nuestras venas una impresión de **potencia pacífica**. Nuestro corazón se abre insensiblemente a los demás. La acción personal se va transformando en colectiva mientras palpamos ese sentido de la gratuidad artística.

El canto, tal como lo entendemos, está al alcance de todos. Es una disciplina humilde pero sustancial. Descubrir por la música y el canto las bellezas y las alegrías de la vida, y todas sus miserias también, es un medio excelente de vivir en profundidad nuestras existencias.

El ritmo, la armonía de la palabra y la melodía son ocasión única para expresar por medios que salen de lo cotidiano y lo ordinario nuestra época y nuestro mensaje interior.

Un verso entonado por todos no es una mera expresión sino **la creación de un espíritu comunitario**. Nos hace descubrir la unidad de sentimientos y es capaz de ensamblar una muchedumbre con un mismo ideal. Cuando oímos ese **Credo** cantado a plena voz por millares de peregrinos se apodera de nosotros una vibración física enorme y nos arrastra con su vértigo. La comunión se hace real y profunda.

El hombre religioso no es un espíritu descarnado. Está contenido en las dimensiones espacio-temporales. Modelado por su río y su montaña, amasado por su pampa o su ciudad, como decía Alejandro Mayol. Es

un ser concreto, con su ritmo y su cultura, su geografía y su raíz de tierra. El contorno telúrico se hace compás, danza y melodía: le presta su imagen y su poesía.

Y cuando ese hombre concreto se pone en comunicación con su Dios y sus hermanos, no encuentra mejor medio de expresión que el canto. **La liturgia** de todos los tiempos está enraizada en él.

La alabanza se reviste con ropaje auténtico y popular, ese que es hijo de la lengua materna, que el hombre aprendió en contacto vital con su propio suelo y experiencia.

La cítara y el arpa, los cuernos y las flautas, tambores y címbalos que aseguraban la precisión del ritmo y el canto israelita en la alabanza de Dios, son los antecesores de nuestras guitarras y bombos, de la batería y la guitarra eléctrica.

Lo importante y lo que permanece por los siglos es ese Verbo que se hace carne en el canto, en la pulsación que inspira nuestra guitarra, en la zamba y la ba-guala, los carnavalitos y toda la música popular. Expresiones de infinita variedad que se funden en una única liturgia y en un mismo espíritu. El del hombre que ama y canta su amor en explosión de alabanza.

Pertenecemos a ese Pueblo de Dios que cantó sin cesar. Cantó al entrar en el templo, en los pórticos, en los atrios, durante los sacrificios, en los banquetes sagrados que seguían a los sacrificios, en las procesiones y en todas las ceremonias litúrgicas.

Cantó con autenticidad, con un lenguaje accesible a todos porque era afloración espontánea del espíritu.

Nosotros estamos insertados en esa larga caravana que recorre la historia. Redescubrimos y reexpresa-

mos el mismo espíritu y la misma alabanza con nuestro lenguaje y nuestros instrumentos.

Nuestra ley no es un principio abstracto. Es una Persona. Es Cristo. Cuando recitaba los salmos era como si todo el Universo se elevara, dando gloria a Dios con una exultante poesía y una fuerza irresistible. El mismo es el polo de todos los clamores, de todos los deseos y de la oración cósmica que se eleva de toda boca y todo rincón.

"Sólo El podía elevar soberanamente con el canto de sus labios toda la creación, para ofrecerla a Dios su Padre en un inconmensurable homenaje", nos dice Mouroux.

No hay canto sin un espíritu que lo respalde y anime. No hay espíritu fecundo sin un amor que se comunique y funda las voces en única melodía.

PALABRA DE DIOS

Los Salmos:

En ellos encontramos un pueblo que canta por infinidad de motivos expresados en diversos espíritus (acción de gracias, alabanza, petición...)

Lucas 1:46

Hechos 10:46

Alabar a Dios es exaltarlo y magnificarlo por medio del canto.

Isaías 6:3

La alabanza surge de la conciencia exultante de la santidad de Dios.

Jeremías 31:7

Isaías 12:4s

La alabanza era casi siempre introducida por una proclamación solemne.

Mateo 9:31

Lucas 2:38

Romanos 15:9

Alabar a Dios consiste en proclamar sus grandezas solemnemente y ampliamente a su alrededor.

Exodo 15:21

Jeremías 20:13

La invitación al decir la alabanza cantando es frecuente en el Pueblo de Dios.

Apocalipsis 5:9:14:3

Los términos para expresar la alabanza cantada se resumen en el **Alleluia**: Hallelu-Yah: Alabad a Yah (vé).

Apocalipsis 5:9

El "canto nuevo" de los salmos debe encontrar su última expresión en el del Apocalipsis.

Lucas 2:13

Los ángeles cantan el don de Cristo.

Marcos 7:36s

Lucas 18:43

Las muchedumbres cantan las maravillas de Dios luego de los milagros.

Efesios 3:21

El canto del cristiano sube a Dios a través de Cristo y su Iglesia.

COMER Y BEBER

El buen acampante sabe que el comer y el beber tienen para él un significado y un sabor especial, muy distinto al que tienen en su propia casa o en un restaurant.

Comidas de campamento... con gusto a fuego y humo, cocinadas lentamente y a la intemperie, con esfuerzo, conociendo el proceso de elaboración.

Comida sana y caliente, fruto de una sabiduría fundamental, de una práctica llena de historia y tradición. Fruto de un manejo diestro del fuego, control de las brasas ordenadas y puestas a la exacta distancia para aprovechar bien su calor, de la leña seca elegida con dedicación —esa que hace poco humo y se consume lentamente.

Comidas que están en las antípodas de lo que nuestra civilización apurada ha elaborado artificialmente, conservando en latas, plásticos y cartones.

A pesar de que la civilización se ha preocupado de la higiene —y con razón— entregándonos la leche pasteurizada, vale la pena pasar o acercarse alguna vez a un tambo y probar esa leche recién ordeñada y espumosa, con calor de ubre.

Más que de los sandwiches y los huevos duros comidos al borde del camino, cuando se está de paso, cuando no se ha llegado a la meta, queremos reflexionar ahora sobre aquellas otras comidas, de las que saboreamos en paz después de un día de marcha con la satisfacción de un fin conseguido.

Con mucho acierto alguien dijo un día que **el espíritu del acampante está en el fondo de la cacerola!**

Comemos porque tenemos hambre y porque hay que reponer fuerzas. Comemos porque con ello saciamos las ansias más profundas de nuestras entrañas: las de existir. Comemos porque el queso o las frutas tienen un gusto sabroso. Comemos porque sabemos que el sabor del pan compartido, no tiene rival.

Comemos —como decía San Pablo— en nombre del Señor, para celebrar su gloria, conscientes de que El nos dió su cuerpo en alimento, para nutrir en nosotros la vida divina y consagrar nuestra unidad con los demás en la Eucaristía.

El comer y beber nos introducen por sí mismos a un orden divino. Para el cristiano, son realidades más espirituales que el cantar mismo. El canto está ordenado al comer y beber y no viceversa. No tienen los hombres un signo de unión más expresivo que el de reunirse para tomar —juntos— un alimento común. SIG-

NO QUE INTENSIFICA LA UNIDAD hasta el grado sumo. Signo específicamente humano que la religión eligió para convertirlo en el fundamento de su misterio vitalizador.

Toda comida, según el instinto universal, es una comunión y una participación con los demás, con la fuerza vital de la tierra, con Cristo quien ha querido que su Comunión fuera también una comida.

Todo nuestro ser está preparado y concebido para esta liturgia fundamental. La perfección del paladar que capta las menores temperaturas y sabores, nuestras actividades fisiológicas incansables que transforman el alimento en sangre y vitaminas. Todo esto afecta también nuestro espíritu.

El niño de pecho experimenta la influencia de su madre por medio de la leche que recibe de ella. Nosotros somos como lactantes que estamos pendientes de los pechos de esa Madre Tierra. Comulgamos con ella y recibimos toda su influencia al alimentarnos de ese seno inagotable. Estamos en ella como hijos y como herederos, puestos por Dios para dominarla y ella se deja dominar por nosotros.

Pero no es culpa de la Madre si los hijos abusan de sus potencias. De ella han recibido el gusto como principio de discernimiento y conviene conservarlo puro y casto para evitar ser subyugados por la materia apasionada.

Los antiguos unían en una sola palabra —**sapere**— el **tener sabiduría** y el **tener buen gusto**. Parecería como que Dios hubiese puesto juntos, sobre nuestro plato, esa sabiduría y ese buen gusto para que nos sirviésemos de ambos con la misma moderación y entusiasmo.

EL AYUNO forma parte de esa moderación y sigue siendo un elemento fundamental, no sólo desde el punto de vista religioso, sino también fisiológico. No importa que los "fuertes" se rían de nosotros cuando ayunamos y digan que Dios se extralimita cuando se entromete en nuestro menú...

El ayuno moviliza todos los órganos, que deben sacrificar sus propias sustancias para mantener en condiciones normales la sangre, el corazón y el cerebro. El ayuno —según la medicina moderna— purifica y modifica profunda y benéficamente los tejidos, activa cantidad de mecanismos que nuestra civilización amenaza atrofiar y libera nuestra mente, agilizándola y adecuándola a un trabajo espiritual.

En el otro extremo tenemos LA GULA que es un pecado capital. Inconcebible para la sensibilidad del cristiano auténtico que sabe la realidad de **la geografía del hambre** en el mundo. Hoy día la gula está reservada a una élite sin corazón, enquistada en el egoísmo.

El comer se nos transforma en una responsabilidad —casi iba a decir privilegio— y debemos tener presente que mientras tiramos insensiblemente los restos de comida que quedan en el plato, miles de personas —lata en mano— hacen cola en el Auxilio Social, o comen desesperadamente lo que encontraron en la basura..., o están muriendo —las estadísticas nos dan ocho personas por minuto!!— con el estómago y los miembros hinchados, sencillamente porque no pueden comer el mínimo necesario para vivir.

Hoy sabemos que **la geografía mata más que la guerra** y que basta haber nacido en el exágono de la miseria para ser —entre los 140.000 recién nacidos de

cada día— uno de los 35.000 que no llegarán a su primer aniversario por falta de alimentación. Y las cifras están allí, nos chocan, nos escandalizan... ocho por minuto, 10.000 por día, 35 millones por año. Hombres, mujeres y niños que mueren de hambre! Las cruzadas que en la Edad Media hicieron los hombres para liberar la tumba de Cristo deben ser transformadas hoy en campaña para liberar al mismo Cristo que muere en cada uno de esos hambrientos y oprimidos.

"Tuve hambre y no me disteis de comer..."

Palabras de Cristo que hoy está haciendo cola en el Auxilio Social, que hoy busca entre las sobras de las basuras, que hoy muere con el estómago hinchado, abandonado de todos, mientras en algunos países la gente gasta varios dólares diarios para alimentar sus queridos perros y gatos.

La alimentación debe ser para mí una LITURGIA del reconocimiento y acción de gracias. **Todo es don**, desde la leche materna hasta la del desayuno de hoy, todo me viene de afuera, me es dado.

Frente al don, lo primero es agradecer. Sabemos que es, ante todo, un don de Dios Padre que nos lo distribuye con mano amorosa y providente. **Debemos tratar los alimentos con todo respeto**, como quien manipula algo tremendamente valioso. Fue necesario un enorme y oculto trabajo de la tierra y del sol, de los hombres y del Creador, para que llegasen hoy a mis manos. Valorar ese don —como decía el P. Charles— es entrar en las intenciones del Señor, como cuando arreglamos un ramo de flores en sinfonía muda, en lugar de tirarlas desparramadas sobre la mesa.

Valorar el don es consecuencia lógica del hombre sincero. Frente a él no podemos caer en exceso sino en

reconocimiento. Abusar del regalo de los demás —aunque esté comiendo solo— es despreciarlos y despreciarme. Es ignorar la presencia del Señor.

Ese mismo Señor que también conoció el hambre, la sed y los ayunos del desierto, ha querido convertir pan de la tierra en pan del cielo.

En el comer y beber descubrimos el futuro: el futuro de una felicidad saboreada ya aquí abajo en la Mesa de nuestro Hermano y Señor, Cristo.

La mejor imagen del cielo no es la de una sala de espectáculos donde "contemplaremos" pasivamente la gloria de Dios y donde el compañero no cuenta y hasta molesta si habla; la mejor imagen es la que el mismo Cristo nos dió, la del banquete, donde todos estamos juntos, donde todos somos importantes y la alegría de cada uno es para todos.

PALABRA DE DIOS

Génesis 18:1-8

Yahvé participa con gusto de todas nuestras buenas acciones, especialmente en ésta del comer que es fundamental para el hombre.

Juan 21:9-14

Cristo se manifiesta a sus amigos participando con ellos de la misma comida.

Mateo 12:33

El cristiano tiene que ser como la levadura (es decir un poco de pasta ya fermentada) escondida en la masa, para transformarla y vivificarla de acuerdo al amor.

Lucas 10:38s

Juan 2:1-11

La fiesta de las comidas humanas toma todo su sentido cuando Cristo se hace presente en ellas. Es el amigo que se invita a la mesa familiar de Lázaro y al banquete de las bodas de Caná.

Lucas 24:30

Juan 21:13

En el día de la Pascua, Cristo se hace reconocer por sus discípulos durante la comida.

I Corintios 11:17s

La condición esencial para participar en el banquete Eucarístico es la caridad.

Isaías 25:6; 65:13

Al fin de los tiempos, Yahvé preparará para todos los pueblos un banquete extraordinario en el que participarán todos los que tienen hambre, "aún si no tienen dinero" (Cfr. 55:1s).

Mateo 8:11; 22:11s

Todos los que respondan por la fe al llamado del Señor se sentarán al festín con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos y el Señor los servirá (Cfr. Lucas 12:37).

EL COMPAÑERO

El término trae a nuestra mente diversos significados. Lo usó San Ignacio para designar sus primeros seguidores, lo usó Fidel Castro para identificar sus camaradas de revolución, lo usan cantidad de movimientos juveniles...

Compañero, camarada, amigo!. Para nosotros también tiene un sentido unívoco muy significativo.

Entendemos su origen en la antigua palabra francesa "compain": **el que comparte su pan.**

Compartir el pan nos puede llevar muy lejos en nuestras relaciones. Se transforma en una actitud fundamental que envuelve toda nuestra vida. Compartimos espontáneamente eso que más nos liga y crea nuestra felicidad.

Compañeros de aventuras y de esfuerzos, de penas e ideales, compartimos lo más precioso de nuestras vidas.

Compañero es quien se pone en ruta con otro. Es una actitud, una partida hacia una meta apoyado en el encuentro con otro.

Ser compañero es reconocer la diversidad y valores propios del otro, comulgar con sus descubrimientos y su vocación.

Entre verdaderos compañeros hay una relación de amistad. Buscando la misma cosa, tendiendo hacia la misma meta, están siempre presentes el uno al otro, en Dios y en todo lo que suscita el amor generoso y auténtico.

No amamos al amigo por un mandato divino o porque **es un medio** para llegar a Otro!. Lo amamos por su realidad propia, por su valor único, por su propia capacidad de amar.

El detonador de esa amistad puede ser muy variado. Unos ojos limpios, una sonrisa generosa, una mano en el momento en que la necesitábamos, la bondad del corazón, la dulzura, la paciencia, la valentía y el arrojo de su personalidad. Puede ser una conversación, un ideal común, un mero encuentro en la misma ruta, el cantar las mismas canciones...

Pero lo importante es que detrás de ese detonador no existe un mero pretexto. Amamos la persona total, hombre o mujer, cuerpo y alma, carne y espíritu. Por lo que precisamente es, por esas cualidades y esas limitaciones.

No lo hacemos como **utilizando** al amigo para llegar a un Dios etéreo, irrespetuoso de nuestras realidades.

Sabemos que Dios vive en el fondo de esos ojos y de esa sonrisa. Sabemos que EL está amando y dando la vida a ese ser que tenemos delante. Sabemos que la dimensión del amor cristiano es a la inversa. Sabemos que amamos a Dios porque realmente amamos al hombre o la mujer que tenemos delante, no por otro sino por sí mismo.

"Amar es querer el bien del que se ama" nos dice Santo Tomás, por eso, en una verdadera amistad es auténtico el dicho de San Agustín: "ama y haz lo que quieras". Pero no creamos saber demasiado pronto lo que significa amar.

Para ser buen amigo hay que ser como esos andinistas que valientemente se aventuran sobre las cumbres y miran al fondo de los abismos sin perder la cabeza, nos decía el P. Castiello. "El corazón del hombre es como una gigantesca cima, llena de cumbres soberanas y de espantosos abismos. Qué deseos tan nobles, qué anhelos tan sublimes y qué abismos de miseria y de bajeza en el alma de cada uno de nosotros!".

En el carnet de ruta de un montañero se lee lo siguiente: "Tenía esa especie de olfato que lo traía siempre a mí en el buen momento. Hablábamos poco. Hacíamos las mochilas y partíamos. De acuerdo.

Cuando él estaba allí, yo ya no sabía mentir. Ni aún a mí mismo. Me veía como de frente.

Ahora se fue. Bastante lejos.

A veces, en nuestras andanzas, no lo veía más. El techo de una cornisa lo ocultaba, o una pared. Pero oía sus clavos rechinar sobre las rocas. Entonces, todo era bueno.

Y la cuerda me tironeaba.

Ahora la cuerda es más larga. Eso es todo.

Es también una cuerda que no se ve. Pero existe con todo, porque cuando me detengo siento pequeños tirones que me impulsan hacia adelante.

Y me dice: Eal, vienes? Ya casi estamos...".

Eso es el compañero, eso es lo que produce la amistad. Hay un proverbio árabe que reza: "para ser amigos es necesario haber comido una tonelada de sal juntos".

Cuando el compañerismo se vuelve amistad, cuando la meta y los ideales comunes han fundido dos seres en el amor, entonces nace una profunda comunión. Comunión que es aprecio, confianza y lealtad. Comunión que es tener parte en la irradiación y profundidad vital del amigo. Contribución a la perfección de su vida por la simpatía y el amor.

Para convertir la camaradería en amistad tenemos que respetar sus propias leyes. Más allá de la espontaneidad está la libertad de relaciones que se fundan **en la verdad.**

La amistad nace de una pequeña semilla, hecha de armonía de caracteres o de una simpatía natural. Está muy cerca de la sensibilidad que cada uno tiene. Pero para que esa amistad gane en profundidad y fidelidad tenemos que entrar en el plano austero de la verdad. De lo contrario degenerará en egoísmo creándonos una atmósfera asfixiante.

La amistad está más allá de los exclusivismos, de los fanatismos y de las sensiblerías ingenuas.

"El clima del diálogo es la amistad", nos dice Pablo VI. La comprensión y la confianza harán florecer el diálogo. No es posible el diálogo cuando no se ha establecido una relación confidencial, comprensiva en-

tre los que dialogan. Crear el clima del diálogo supone estar impregnado de un gran amor y actuarlo con valentía.

La verdad es la medida del hombre. La amistad con éste depende del amor a aquélla. "Nadie puede ser amigo del hombre, si no lo fuere antes de la verdad" (San Agustín).

La comprensión y la confianza nos llevarán a través del diálogo al centro de la persona, a la profundidad del ser.

Saint-Ex, en **Carta a un rehén** nos expresa con toda plasticidad lo que es la amistad: "AMIGO MIO, tengo tanta necesidad de tu amistad... Estoy tan cansado de las polémicas, de los exclusivismos, de los fanatismos! Puedo entrar en ti sin vestirme con uniforme, sin someterme a la recitación de un Coran, sin renunciar a lo que sea de mi patria interior. Cerca tuyo no necesito disculparme, no tengo quejas, no debo probar nada; encuentro la paz... Por encima de mis palabras torpes, por encima de los razonamientos que pueden engañarme, consideras en mi simplemente al hombre. Honras en mi al embajador de creencias, de costumbres, de amores particulares. Si difiero de ti, lejos de disminuirte, te aumento. Me interrogas como se interroga al viajero... Al acoger un amigo a mi mesa, si renguea le pido que se siente y no que baile. Amigo, tengo necesidad de ti como de una cima donde respiro".

El compañerismo auténtico desemboca en un **equipo**. La amistad verdadera en una **comunidad**.

Todos juntos con una responsabilidad y una misión definida. Aglutinados por la vida en común, cada

uno con su estilo propio, llegarán a ser un solo espíritu, un solo amor.

Fundados sobre la voluntad de obrar y reflexionar en conjunto serán capaces de transformar el mundo.

La vida de equipo es una necesidad vital del mundo moderno. El avance de las ciencias ya no es posible sin el equipo, la construcción de una ruta no es posible sin el equipo, la conquista del cosmos no es posible sin el equipo...

Es en comunidad y en la medida en que cada uno vive su compromiso como se descubre y mide la exigencia del Amor del Señor.

Para el cristiano, ser compañero de Cristo no es un asunto de sentimentalidad. Es conocerlo profundamente y aceptar su proposición sin restricciones.

Ser compañero según el Evangelio de Cristo es vivir una espiritualidad y un sentido comunitario sin ambigüedades. "Nadie puede servir a dos señores..."

Jesús eligió amigos. En la relación con él se da una comunión profunda. Se da a sí mismo, participamos en su vida y en su vigor. La carne y sangre de quien se llamó "la vida", se convierte en nuestro alimento. Cristo es además "la verdad". Revelación que quiere comunicarse, Verbo de Dios encarnado que se transmite al que está abierto para recibirlo. Dar acogida a Cristo significa recibir la verdad y la vida.

Baden Powell conocía el valor de la amistad. En el acto de despedida, durante el "Jamboree" de Sidney, hace formar en torno suyo en forma de estrella a todos los jefes. Nos cuenta Larigaudie que sostiene un boomerang en la mano y les habla así: "El boomerang es un arma extraordinaria. Cuando se lanza, va hasta el

objetivo y luego vuelve con aumentada fuerza hasta el que lo maneja. La amistad es semejante al boomerang. Lanzadla en torno vuestro, hacedla irradiar hasta lo lejos, muy lejos, que ella volverá hacia vosotros más fuerte y más vivaz. Yo deseo que por vosotros una gran amistad se extienda a través de todo el mundo".

PALABRA DE DIOS

Eclesiástico 6:10; 7:18 El amigo fiel no tiene precio.
I Samuel 18: 1-4 La amistad que unió a David con Jonatán es un ejemplo.

Proverbios 14:20
Salmos 55:13s; 41:10 El peligro de la ilusión en la amistad es real.

Proverbios 27:5s La amistad verdadera aprecia la relación sincera y la reprimenda auténtica.

Isaías 41:8
Génesis 18:17s El modelo y la fuente de la amistad es la que Dios sella con el hombre.

Exodo 33:11
Amos 3:7 Ejemplo de esto también es un Moisés y los profetas.

Tito 3:4 Enviando su Hijo entre nosotros, Dios se manifestó "amigo de los hombres".

Lucas 11:5s Jesús se describe como quien se deja molestar por el amigo importuno.

Marcos 10:21
Juan 11:3 y 35 s Cristo nos enseña el camino de la amistad eligiendo sus propios amigos.

Marcos 3:14

Jesús tuvo compañeros que compartieron su existencia.

Juan 15:15

No nos llamará más siervos sino "amigos".

Juan 15:12s

Los amigos de Jesús están listos a dar su vida los unos por los otros, siguiendo el ejemplo del Maestro.

Romanos 12:13s

El cristiano ofrece su amistad a todos, aún a quienes se consideran su enemigo.

Mateo 18:20

Donde existe verdadera amistad, allí está Cristo en medio de ella.

EL SILENCIO

Silencio del que camina abierto a los sonidos del bosque. Silencio de quien asciende la montaña en pleno esfuerzo. Silencio de quien contempla la puesta del sol sobre el lago. Silencio elocuente de los compañeros alrededor del fogón. Silencio que enmarca la oración de la mañana cuando el sol asoma y todo renace...

Los golpes del hacha que resuenan a lo lejos en el valle, el canto de un grillo nochera, el murmullo del río, la balada del montañero que vivaquea colgado de la pared vertiginosa... son los detonadores de un silencio atento. Nos hacen acallar nuestro bullicio para atender a nuevas realidades.

Quien tiene la audacia de salir con una mochila al hombro hacia nuevos horizontes es por naturaleza

amigo del silencio. Porque ha sabido callarse físicamente, también ha descubierto el valor del silencio en sí mismo y sabe que esto no se ha logrado con facilidad.

Si todavía no hemos sido capaces de apreciar el tesoro que encierra ese silencio, entonces más vale esperar un poco en casa. Son una verdadera contradicción quienes llevan consigo en la mochila el transistor. Participan de una audacia a medias que al final perderá toda su riqueza.

Quien necesita transportar consigo los ruidos y las luces de la ciudad porque no siente esa capacidad de enfrentar el silencio, no ha llegado todavía a entender nada de la mística esencial que tiene el verdadero mochilero.

Se identifica con la triste figura de quien mientras atraviesa el bosque habla en voz alta y produce toda suerte de ruidos innecesarios **para no encontrarse consigo mismo ni con el secreto y el canto de la naturaleza.**

Espanta al canarito que venía a deleitarlo con su trino. Acalla el mensaje que trae el río en su carrera, se hace sordo al lenguaje del viento, no escucha el llamado de su propio corazón reposado...

El primer paso hacia la verdadera sabiduría es saber hacer silencio en uno mismo. Sin él no podemos escuchar a los otros y la palabra de Dios chocará contra una caja de resonancias ensordecedoras deformándose completamente.

Sólo al precio del silencio descubrimos la vida del bosque y de la montaña, del mar y de la pampa. Ese descubrimiento que nos enriquece quedará siempre oculto —sin pasar del nivel de la literatura— para el

turista o el acampante dominguero que acarrea consigo radio y bullicio porque no puede existir sin ellos.

Si tienes que pasar de largo ante la realidad del silencio, más te valdría quedar en casa disfrutando de distracciones más fáciles y accesibles.

Nuestra civilización vive sumergida en el ruido. No se puede encontrar a sí misma porque es incapaz de soportar el silencio.

El tedio se apodera paradójicamente del hombre en el momento que se sintió fascinado y luego dominado por toda suerte de sonidos. Trata de atiborrarse de cosas que creía necesarias pero poco tarda en darse cuenta que sigue vacío y hastiado. Los oídos están constantemente oyendo cosas pero ya no saben escuchar.

La técnica nos permite arreglarlo todo pero no a nosotros mismos!.

Los científicos se empiezan a preocupar. Miden el sonido, afirman que con 115 decibeles el cerebro tiene reacciones análogas a las que provocan crisis de apoplejía. El ruido de un avión a chorro pasa los 140 decibeles, el del rock' and' roll con amplificadores llega a los 120 (un trillón de veces mayor al sonido menos audible, nos dicen), una cocina ruidosa llega a los 100, el tráfico de la ciudad a 90...

Y así pasamos nuestro día sumergidos en un océano de ruidos que no sólo va minando nuestra capacidad de audición, sino también nuestra capacidad de comunicar con los demás y de contemplar.

El ritmo frenético de la vida nos hace vivir en la periferia de las cosas y llega un momento dado en que para sobre-vivir tenemos que "acallar el silencio", ese silencio que nos intimida, que está muy lejos de nues-

tro alcance, que nos haría enfrentar con nosotros mismos y con las realidades profundas de quienes nos rodean. No podemos volver atrás y tenemos que atacar al ruido con un ruido mayor. Tratamos de cubrirlo y gana así en intensidad.

El diálogo se vuelve discusión porque no se sabe escuchar y la discusión se transforma en un concurso de capacidad pulmonar para decidir quién grita más y tapa los sonidos del otro.

Pero no es el número de palabras lo que salva al mundo. Jesús guardó silencio durante treinta años para hacer fecunda su corta predicación, y aún durante ella sintió la necesidad del silencio. Sabía que la palabra fecunda se engendra en el silencio y se refugia luego en él para no esterilizarse.

Sólo callando aprendemos a hablar. De este silencio fluirá la palabra enriquecida, como brota la flor de su tallo bien enraizado en la tierra.

Si el maestro de la palabra es el silencio, el de éste es el amor. Sabemos que no hay nada más árido y vacío que el silencio del egoísta, el de quien calla porque teme la verdad, porque no quiere jugarse.

Hay un silencio puramente material e inerte, que sólo favorece divagaciones huecas, sueños absurdos y bullicio romántico. Ese silencio carece de un elemento fundamental: sólo el amor da fecundidad verdadera, expresión y plenitud al silencio y ése es el silencio de la vida.

Las grandes cosas se realizan en el silencio, nos dice Guardini. No en el ruido y en la "mise en scene" de los acontecimientos exteriores sino en la claridad de la mirada interior... en los sacrificios y las victorias calladas, cuando el amor toca al corazón y la acción

solicita al espíritu libre... Las potencias silenciosas son las potencias verdaderamente fuertes. De ahí que nos hable, lógicamente, de la Encarnación de Dios como el suceso más oculto, el más silencioso, cuyas fuentes secretas están perdidas en Dios, inaccesibles a las miradas y oídos humanos indiscretos. Sólo el amor hace esas cosas.

Saint-Ex sabía que las montañas y los desiertos son los lugares que nos revelan a Dios y en los que Dios se nos revela, pero precisamente porque nos introducen en el misterio del silencio. **El desierto tiene valor porque revela al silencio.** Y el silencio tiene valor porque nos revela a Dios y a nosotros mismos.

Porque el silencio es mediador, es también oración. El amor es ejercicio de oración y la oración ejercicio de silencio.

Matar el silencio es matar el espíritu. Porque el espacio del espíritu, allí donde puede abrir sus alas, es el silencio.

La capacidad de silencio del hombre es el término de su calidad y nobleza.

El silencio es elocuente y nunca se repite. Tenemos el silencio del mar sobre su plenitud, el silencio de Dios que vela sobre nuestra fiebre o sobre la agitación de los hombres. Silencio de una madre que acuna su hijo, silencio del hombre que acodado sobre su mesa reflexiona, silencio de los mismos pensamientos que preparan sus alas. Silencio del corazón, silencio de los sentidos.

Este himno al silencio que la sensibilidad del autor de **Ciudadela** supo plasmar, nos habla con fuerza inspiradora del silencio de Dios. Silencio de las palabras interiores, donde se encuentra a Dios que es si-

lencio en lo eterno. Todo habiendo sido dicho, todo habiendo sido hecho.

Cuanto más capaz es el hombre de construirse y crearse en el retiro y el silencio, más capaz será de dar en la acción. Ese retiro al silencio se engarza en una antigua tradición de la humanidad. Está en armonía con las leyes de la creación, con las leyes del corazón.

No es que el silencio esté por encima de la palabra. Es que en el silencio se escucha la palabra viva que da el ser a todo lo que existe. Por eso sólo deberíamos romper el silencio cuando las palabras sean más hermosas que él.

El silencio es una luz que nos ayuda a conocernos. Esa zona desconocida a cada ser, sólo alcanzable en el silencio y que decide de su vocación, comanda su destino y controla sus fuerzas para realizar la misión.

Al prójimo, al camarada de camino, al amigo, no lo conocemos con largas y frecuentes conversaciones. Hay una realidad que siempre se nos escapará mientras no sepamos captar con el silencio del corazón, con el amor que calla. Sólo así descubriremos lo que nos ocultan, nos revelarán eso que ellos mismos ignoran y lo que no nos dicen porque faltan las palabras.

El silencio auténtico nunca es huida o refugio cobarde. El silencio auténtico es una atmósfera, se lo respira. Purifica y tonifica interiormente. Todo lo transforma, hasta la acción más externa a nosotros.

La intimidad no está hecha de otra cosa. Cuando dos se quieren bien experimentan que las palabras están de más porque quedan cortas ante las realidades interiores que se quieren expresar. El silencio se vuelve más elocuente. Basta estar y amar.

El silencio es reverencia ante el misterio de la creación. El ruido y las palabras bulliciosas lo desprecian y menoscaban, lo convierten en algo vulgar, en una mera apariencia. El silencio jamás permitirá que un signo material sea despojado de su contenido espiritual.

PALABRA DE DIOS

Isaías 32:17

Con el silencio se llega a la justicia y la paz.

Isaías 50:5

Job 36:10

Sólo Dios puede abrir el oído de su discípulo.

Lucas 2:51-2

Toda la vida oculta de Cristo es un largo silencio de preparación para la acción. María tiene el silencio como actitud fundamental ante el misterio.

Marcos 1:35

Mateo 14:23

Aún durante la vida pública Cristo siente la necesidad del retiro y el silencio.

Marcos 6:31

Debemos hacer altos en nuestra vida y reflexionarla en silencio.

Marcos 7:21s

Lo que importa es la actitud interior.

Apocalipsis 8:1

El silencio, en toda la tradición profética, precede el anuncio de la "venida" de Yahvé.

Lucas 9:36; 20:6

El silencio brota espontáneo ante los grandes acontecimientos que están más allá de nuestra comprensión.

Romanos 16:25

El misterio de Jesús estuvo vestido de silencio durante siglos, pero ahora se nos manifiesta.

I Reyes 19:9s

En la dulzura de la brisa y el silencio Dios penetra el espíritu de su profeta.

Hechos 16:14

Recibir y escuchar la palabra de Dios no es sólo prestarle oído atento, es también abrirle su corazón.

Juan 8:43s

El que no escucha **la palabra** es porque no pertenece a Dios.

Lucas 11:28

Bienaventurados los que escuchan la Palabra y la ponen en práctica.

LOS INSTRUMENTOS

EL CAMPAMENTO

En medio de la naturaleza y los grandes horizontes se levanta una rueda de carpas: nueva y extraña morada de los hombres que buscan un **más**. En ese pequeño **barrio** de lona reviven la historia de la humanidad en pequeño. Pasan nuevamente por todas sus etapas.

Han buscado un lugar donde detenerse, junto al agua, resguardado del viento, donde la leña abunda. Han apreciado el valor del fuego en esas circunstancias y la necesidad del alimento abundante y sano. Todo el contexto y las necesidades para vivir y prosperar llevan a estrechar las relaciones: se existe en función y gracias a los demás.

Se comparte el techo y el pan, el fuego y el agua, las alegrías y las penas o inseguridades del equipo precario frente a los elementos.

No se acampa en cualquier lado. No se levanta la carpa de cualquier modo. Sabemos de vientos que han barrido campamentos y de lluvias que han inundado carpas levantadas en la ladera del cerro...

Es una ocasión única en nuestra vida y marca momentos cumbres. Vida más ruda de lo normal, vida más pobre, vida más simple...

Cada mochilero tiene su propio **estilo** de acampar, sus propias reglas y sus propios ideales. El valor humano del mochilero se puede medir viendo su manera de acampar. Ciertos elementos básicos deberían existir en todo campamento: disciplina, limpieza, buen sueño a la noche, buena cocina y mucha alegría...

El campamento nos permite **redescubrir** todos los secretos humildes que nos pasan inadvertidos en nuestra vida cotidiana. Esos que nos hacen **participar en el misterio de la naturaleza**, con su ritmo y su encanto.

El campamento nos permite vivir al aire libre respirando a pleno pulmón. Es una oportunidad excepcional de enfrentar y dominar los elementos, de entrar en contacto con ellos zambulléndonos en su realidad.

El campamento es un desarraigo. Es un cortar con los lazos que tejen nuestra vida cotidiana: los estudios o el trabajo, las calles del barrio, los horarios, la radio y el noticiario...

Partir es volverse disponible, hacerse permeable a nuevas realidades. Es enriquecerse.

En un panorama totalmente distinto y nuevo el campamento se nos convierte en un momento de gracia. En la belleza del paisaje, la estrechez de la vida

comunitaria, la alegría de vivir y la exigencia de cada momento, **nace un tipo nuevo de hombre.**

El cambio de ritmo permite ver, admirar y gozar.

Además **es un momento de encuentro.** Encuentro con la naturaleza. El árbol y el campo, la montaña y el río tienen algo que decir porque la vida se constituye a su alrededor y no prescindiendo de ellos. Encuentro con los amigos, encuentro con nosotros mismos. El campamento nos despoja de todas las defensas artificiales que hemos levantado para sobrevivir en las grandes metrópolis. No podemos aparecer ante los demás sino tal como somos. El egoísta agudiza sus rasgos inmediatamente y el generoso es patente en su servicio hasta en los mínimos detalles.

Quien aprecia y respeta los valores de la naturaleza, esos que durante el campamento lo empapan constantemente, sabe respetarla. No se le ocurrirá nunca dejar tirado un papel sucio, lastimar un árbol o encender un transistor...

Es el momento indicado para adquirir el espíritu de San Francisco. Todo se convierte en un motivo de alabanza y la bondad del creador se palpa a cada paso.

El buen acampante sabe también utilizar esa naturaleza. Saca leña para su fuego, madera para sus instalaciones, agua para su sed, frutos para su alimentación... Conoce el cielo y las estrellas, sabe nombrarlas; conoce la flora y la fauna, aprecia el canto de los diferentes pájaros y le gusta reconocerlos, conoce los vientos —a veces adultos como un beso, a veces violentos como un caballo desbocado—, sabe de senderos y cortadas hacia los lugares recónditos y hermosísimos donde está la fuente escondida.

El campamento es **encuentro con los hombres**. Primero con los que nos rodean, esos compañeros que comparten nuestro pan y nuestro fuego. Es un encuentro profundo, lejos de las actitudes falsas y esquivas.

Encuentro en el esfuerzo de la marcha o de la ascensión; encuentro en el descanso de la noche cuando se comparten las hazañas y las alegrías. Encuentro en el silencio y la contemplación.

Encuentro con los paisanos del lugar, esos que saben de la tierra, que han nacido allí, la trabajan y la aman. Encuentro con sus valores únicos, su manera de enfocar la vida y compartir los sentimientos. Encuentro con sus reclamos y con sus satisfacciones, con su espíritu generoso y amplio, con su historia y su religiosidad.

Finalmente, el campamento es también **encuentro con Dios**. Nada nos distrae del Creador. Todo se polariza en El. Si somos capaces de silencio y admiración, si nos esforzamos por ir más allá del bullicio y la distracción, entraremos en un diálogo privilegiado con quien creó y sostiene todo con su mano.

Así enfocado, el campamento nos hará volver a nuestra ciudad y a nuestro ajetreo cotidiano con una riqueza renovada. Nos sentiremos más preparados que nunca para afrontar las tareas del hombre del siglo XX. Mejor que nadie estaremos preparados para elaborar esa tierra fraternal en el amor y la justicia. Nuestras manos se esforzarán alegremente al estar dirigidas por quien ve más allá del horizonte.

PALABRA DE DIOS

(Ver los textos de la meditación sobre **La Carpa** que pueden servir muy bien para esta meditación).

Ezequiel 36:24-8

En el contacto íntimo con la naturaleza el Señor hace un pacto con su pueblo y le promete un espíritu nuevo.

Exodo 14:19-25

La nube se instaló entre el campamento de los egipcios y el de los israelitas. Señalaba la protección de Yahvé sobre su Pueblo que peregrinaba y acampaba.

Juan 21:9-14

Cristo se manifiesta a sus queridos discípulos, luego de la resurrección, en una comida simple, similar a la de nuestros campamentos.

Génesis 18:1-8

Yahvé se manifiesta a Abraham mientras acampaba.

Génesis 2:15-20

El hombre ha sido creado para la naturaleza. La recibe de manos de Dios, la cultiva y la domina. Es el sacerdote del universo. Acampar es renovar y recordar esta verdad.

LA MOCHILA

La mochila pesa y estorba y con gusto prescindiríamos de ella. Pero la alternativa es clara: o caminar con ella o quedarnos sentados en casa sin más horizonte que la pared.

En la montaña o campo debemos llevar la mochila con los víveres y la ropa imprescindible. En la vida tenemos que llevar otra distinta pero no menos necesaria. Una mochila especial: la del coraje, el esfuerzo y la sana mortificación que nos hacen más hombres, aptos para la lucha en el mundo.

La mochila tiene cierta similitud con el "llevar la cruz" de que nos habla muy claramente Cristo repetidas veces y que confirma con su propio ejemplo.

Paradójicamente nuestra vida cobra sentido a la luz de nuestra muerte. La hora de la muerte es la hora de la verdad, la hora en que asumimos libremente toda nuestra existencia. Nuestra muerte estará siempre moldeada por nuestra vida. No debe ser algo trágico, es una meta, un pasaje para el que nos fuimos equipando durante una larga marcha.

Los santos de hoy se nos hacen brillantes e iluminan su generación en el momento de la muerte. Martin Luther King, Guy de Larigaudie que encaró su vida como la aventura más prodigiosa, la única que estaba a su medida, y se equipó bien para ella: "Mi vida entera no ha sido sino una larga búsqueda de Dios. Por todas partes, a todas horas, en todo lugar del mundo, he buscado su huella o su presencia. La muerte no será para mí más que un maravilloso **encuentro.**" Y es al galope de su caballo, durante la guerra, cómo abre, de un fogonazo, la puerta del Misterio de ese Dios que tanto amó y buscó en la entrega total a los demás.

Así como cargo la mochila sobre los hombros, aunque sea pesada, porque sé que me será imprescindible y que sin ella no llegaré lejos, así también debo saber cargar y enfrentarme con las dificultades, aunque nos cueste. Esas cruces de cada día, confiando en lo que nos dijo Cristo: "Mi yugo es suave, mi carga ligera".

Pero hay que saber cargar la mochila y evitar las cosas inútiles que harán peso y dificultarán la marcha. Cuántos pesos inútiles se cargan los hombres de hoy día!. Para estar a la moda las mujeres se obligan a verdaderos sufrimientos, a veces con desmedro para la salud... y los hombres, muchas veces movidos por pruritos sociales absurdos, también se someten a cargas inútiles.

La vida espiritual está tejida de privaciones, **pero de privaciones sensatas**. Esas que nos liberan de nosotros mismos, de nuestro egoísmo, para estar más dispuestos a la entrega generosa, al servicio.

No vivimos de una convicción negativa: no harás esto, ni harás aquello..., sino de un amor intenso y profundo a Dios y a los hombres que nos rodean. Y a Dios sólo lo amamos en la medida que amamos a los demás, a quienes vemos, de lo contrario somos unos mentirosos, como dice San Juan.

Es propio del buen acampante compartir su equipo, pensar en los demás cuando está equipando su mochila, en los que durante las jornadas lluviosas necesitarán de algún abrigo seco, de un trago de agua cuando el sol se hace pesado, de un pedazo de pan cuando no se ha previsto el largo del camino... Y nuestra mochila debe estar prevista para eso. A la medida de nuestras fuerzas pero sin un sentido económico egoísta que sólo piensa en sí mismo y se olvida de los compañeros de ruta.

Los mejores mochileros son los que siempre están dispuestos a cargar con el equipo común, los que tienen bien metido en el corazón ese sentido comunitario.

Cuando caminamos por senderos montañosos o por las interminables planicies, la mochila nos pesa, se convierte en sudor de la frente, nos molesta. Pero sería suicidio abandonarla. Si pudiésemos vivir del aire o si fuésemos dueños del frío y del calor quizás podríamos prescindir de ella. Pero nuestro cuerpo siente el hambre, el ardor de la sed, el frío. Cuántas veces, una vez llegados a la meta, hemos querido como abrazar esa mochila pensando en el bienestar que nos daba, en el hambre, la sed y el frío que nos iba a calmar. Después

del cansancio y el sudor era ese bienestar que nos permitía la alegría de reparar fuerzas para reencontrarnos con nosotros mismos y los demás.

Lo mismo ocurre con el sacrificio y la mortificación en la vida espiritual.

Los buenos mochileros prefieren las mochilas usadas, esas pulidas en largas caminatas. Esas que se amoldan solas a las curvas de la espalda y se hacen sentir menos... Así también, si estamos acostumbrados a enfrentarnos con las dificultades, con el esfuerzo, con la generosidad y sus exigencias, nos vamos como "haciendo" a ellas y el heroísmo de la entrega constante se hace espontáneo, casi no se siente.

Debemos aprender poco a poco a **equiparnos para la vida**. Es un proceso largo y costoso, que exige muchas pruebas y experiencias. ESO ES LA EDUCACION. Es esa **preparación** para la vida y **es la vida** al mismo tiempo, porque nunca terminamos ese proceso. Napoleón decía que empieza 20 años antes de nuestro nacimiento, con la educación de nuestros padres, y termina sólo en el momento de nuestra muerte. Si cerramos ese proceso educativo antes de tiempo es como sentarse a mitad de camino y rehusarse al avance.

Ese irse equipando cada vez mejor, de acuerdo a la experiencia creciente es algo maravilloso que iremos agradeciendo a lo largo del proceso irreversible de nuestra vida, cuando ya no se puede volver atrás porque no hay tiempo y la casa paterna ha quedado lejos.

PALABRA DE DIOS

Mateo 16:24

El que no carga con su cruz no se puede llamar discípulo de Cristo. Es la exigencia que nos pone para caminar a su lado y es la marca de todo cristiano.

Mateo 10:33-9

El discípulo de Cristo no sólo debe morir a sí mismo, la cruz que carga es signo de su muerte al mundo, del cual ha roto con sus ataduras naturales, esas del egoísmo y la maldad.

Romanos 6:6

En la vida cotidiana de todo cristiano auténtico, "el hombre viejo ha sido crucificado", ya no vive la amargura de las ataduras de la Ley (Gálatas 2:19), sino la libertad de los hijos de Dios.

Marcos 8:34

El seguimiento de Cristo es un "negarse a sí mismo", al propio bienestar y a los valores personales para adoptar los de El. Es un equiparse con las exigencias de Cristo que no son las nuestras, sino esas de disponibilidad, servicio y amor.

Marcos 6:7-13

El equipo del cristiano debe ser mínimo, es la actitud del desapego a lo superfluo, a lo innecesario. El que carga con demasiadas cosas es el que no confía en Cristo, el que tiene poca fe.

LAS COSAS DE LA MOCHILA

Me refiero a ese pequeño bagaje de cosas esenciales que el buen acampante conoce bien. No a aquellas que sobran en su mochila sino a las que faltan en la del novato falto de experiencia.

Me refiero al cuchillo, la cantimplora, la bolsa de dormir, los cubiertos, la buena ropa de abrigo, el impermeable, el dentífrico, la cuerda...

Todas esas cosas que forman parte de nuestra existencia y son capaces de elevar nuestro corazón a Dios. El no está interesado en filosofías abstractas sino en las cosas y en la vida.

Siempre estamos tentados —herederos de un pensamiento pagano— de pensar que las ideas son lo importante y puro, mientras que las cosas son vulgares y

terrenas. **El hombre que vive de abstracciones no conoce a Dios.** Si Dios es etéreo, está en el aire, no tiene la grandeza y realidad del verdadero Dios que se mezcla y manifiesta en todo lo que es parte de nuestra condición.

El lenguaje bíblico está bañado de realismo. Para el Espíritu Santo que inspiró su pluma, todo es importante, desde las ranas y el queso hasta la pureza de corazón!

Lo fundamental es saber mirar. El ojo es la lámpara de nuestra mente, si nuestro ojo está limpio, todo lo que nos rodea adquirirá su valor exacto.

No digamos: "No creo porque no veo, digamos mejor: no sé mirar". Bernanos decía que Dios no habla en el mundo, pero en el mundo todo habla de Dios. Lo que importa es el sentido de las cosas. Lo que vemos en ellas y a través de ellas. Un cuchillo puede tener muchos sentidos según el ojo con que se lo mire.

Nada carece de importancia. "Todo es nuestro" decía San Pablo, **y tenemos una responsabilidad sobre las cosas**, hasta sobre las más humildes y que para algunos carecen de importancia. Todo habla, todo debe inspirarnos a la oración, se trata de que el corazón esté atento.

Orar constantemente no es abstraerse constantemente de la realidad, sino todo lo contrario. Es tener la cualidad del pensamiento divino, ese que se manifiesta en todo y se abre ante nuestra mente como un libro lleno de textos significativos e imágenes.

Las cosas toman su sentido en el Dios que les ha comunicado su existencia. Por más manipuladas y elaboradas que hayan sido en las manos del hombre, fiel colaborador a la creación, no dejan de perder su rela-

ción esencial con el Padre de todo. El dentífrico y el buzo de lana que usamos con tanta indiferencia tienen algo que decirnos.

Tenemos que aprender a usar y apreciar las cosas sencillas, esas que entretienen nuestro cotidiano, esas que resaltan por su utilidad fundamental en la mochila del acampante. Allí nada sobra, todo tiene su rol y sin alguna de ellas la vida se haría menos perfecta.

Podemos comulgar a Dios constantemente bajo la forma humilde pero sacramental de cualquier creatura. La cacerola y las medias... todo nos debe llevar a El. Todo puede conducirnos a El, decía San Agustín, "aún el pecado!".

La capacidad de entrar en comunicación con Dios a través de las cosas y las personas es la medida del sentido sobrenatural del hombre. Este sentido lo podemos desarrollar y agudizar. Se perfecciona en la medida que crece nuestra vida interior. Los santos son quienes reaccionan a la menor radiación sobrenatural de las cosas.

Así como el ojo recibe las ondas lumínicas que le envían los objetos y las transforma por un proceso maravilloso en visión, así deberíamos captar el telegrama divino del universo y traducirlo en Dios.

La ADORACION no es una actitud de un momento, en el lugar apropiado de una capilla semi oscura. **Es una actitud constante.** Debe invadirlo todo, hasta las realidades más triviales y cotidianas, ésas que hoy con- sideramos, las que hacen sentir su peso en el fondo de la mochila, las que hacen apreciar su presencia en el cuadro austero del campamento.

Adorar no es cerrar los ojos y taparlos con las manos tratando de que nada nos distraiga. Adorar es

abrir bien grande los ojos y mirar detenidamente todas las cosas, es escuchar el canto de la creación. La de Dios y la participada del hombre. Toda creación participa de la única Palabra creadora, el Verbo de Dios.

El P. Teilhard nos enseña que el hombre es el más atado y el más desprendido de las cosas. "Convencido, más que ningún **mundano**, del valor y el interés insondable escondido bajo la menor de las conquistas terrestres, está persuadido, al mismo tiempo, tanto como cualquier anacoreta, de la nada que hay en todo éxito, si se lo encara simplemente como una ventaja individual (o universal) fuera de Dios. Es Dios, y sólo Dios, a quien persigue a través de las realidades de las creaturas. Por El, nuestro interés está verdaderamente en las cosas, pero en absoluta dependencia de la presencia divina que las habita".

Tenemos que aprender a respetar y hacer respetar las cosas. Tenemos que captar, para esto, su misterio. No me refiero a "misterio" en el sentido de las novelas policiales, sino en el de las cartas de San Pablo, es decir: "revelación de amor".

Las cosas nos revelan un secreto de amor, sólo discernible por quienes saben mirar. Para quien sabe escuchar, toda cosa habla de amor. Y toda cosa construida por el hombre se reviste además de un amor humano.

Tenemos que ser como esos que poseen un sentido agudo del valor de las cosas. No sólo de su valor utilitario y comercial, sino el de su realidad profunda, el de su secreto. Si no hemos penetrado el "misterio" de las cosas, entonces seremos propensos al desperdicio fácil, a la destrucción y la irresponsabilidad en el manipuleo de las cosas.

Toda nuestra vida tiene que ser una constante charla con Dios; una participación en el canto de toda la creación. Nuestra vida debe ser un profundo acto de amor.

Quien está atento al mensaje de las cosas no encuentra dificultad en saber dónde está Dios, le es más costoso saber dónde no está.

PALABRA DE DIOS

Génesis 1:31
Colosenses 1:17

Dios vio que todo era bueno.
Todas las cosas fueron creadas
por El y subsisten en El.

Mateo 6:22

La lámpara del cuerpo es el ojo.
Debe estar sano para que podamos
apreciar la realidad de las
cosas en su verdadera dimensión.

Salmo 27:4-8

Buscar la faz de Dios en todo, es
la actitud fundamental del hombre.

Sabiduría 1:1

La verdadera búsqueda de Dios
se hace en la simplicidad del corazón.

Lucas 19:10

Todo ha quedado redimido maravillosamente
y restaurado por Aquél que vino a salvar lo que
estaba perdido.

I Corintios 3:22

Todo nos ha sido dado, nosotros
somos para Cristo y Cristo para Dios.
Este es el orden sustancial del universo,
desde lo más pequeño y humilde a lo más grande.

(Los salmos nos dan material abundante para una meditación sobre el sentido de las cosas).

LOS ZAPATOS

No me refiero a esos zapatos de ciudad, pulidos y de suela endeble que parecerían estar hechos solo para ser mirados más que usados. Me refiero a los fuertes zapatos de campaña, los del caminante y los del montañero. Esos hechos para desafiar todo terreno, seco y húmedo, nieve y roca, arena y agua.

Prestan un **servicio** incalculable. Son los conquistadores de las cumbres, los fieles compañeros de mil caminos y horas de esfuerzo. Esos que atraviesan las calles de los pueblos, a la mañana, con sonido vigoroso de fuerza y audacia... Esos que vuelven a la tarde, casi arrastrándose, pero expresando la alegría de la cima conquistada y la meta alcanzada a pesar del cansancio de la marcha.

Son testigos de mil terrenos distintos donde han dejado su huella. Con nosotros han desafiado el barro y los rodados, la nieve y el agua, los campos cubiertos de hierba y el polvo de los senderos sólo surcados por los que viven de un ideal.

En nuestro armario son toda una historia viva de jornadas inolvidables y con sólo verlos saltan a nuestra mente mil melodías del viento de las cimas y el canto de los arroyos.

Es como si estuvieran revestidos por una personalidad extraña, de servicio callado y desinteresado. Nos han mantenido los pies cubiertos en la nieve, secos en el agua, limpios en el barro... Servicio humilde y oculto, pero que sólo el conquistador sabe valorar.

Durante la marcha nos están pidiendo una atención privilegiada porque se convierten en algo esencial. Los miramos con simpatía. Y cuando están guardados en el cajón nos hablan de algo que nos espera, algo que nos ennoblece, que debe repetirse y nuestra relación con ellos se reviste de una dimensión tan especial que casi dejan de ser una cosa.

Con sólo mirarlos podemos reflexionar sobre una lección muy importante, la del servicio desinteresado, con absoluta abnegación, en el silencio hermoso de lo oculto. No muchos objetos tienen la misma elocuencia de mis zapatos, esos que caminaron conmigo, se usaron como yo y por mí. Y se los puedo también ofrecer a Dios pensando en todos los que lloran porque no tienen un par. En todos los peregrinos que caminaron descalzos porque creyeron que ese era el mejor homenaje que podían ofrecer al Señor o a María y conseguir su perdón; en los miles de hombres que hoy día recorren fatigosos los caminos de nuestra tierra.

Y sabemos que Dios mismo se ocupa de nuestros zapatos. Cuando Moisés cuidaba los rebaños y quiso acercarse al arbusto ardiendo sin consumirse, el Señor le obligó a quitarse los zapatos porque pisaba una tierra sagrada.

San Juan Bautista proclamaba que no era digno de desatar los cordones a las sandalias de Jesús. Sí, el Evangelio nos habla de todos estos detalles. El Ángel le dice a Pedro que se calce sus zapatos y se aliste a partir en libertad. En el gran Pontifical Romano encontramos una oración por los zapatos que se calza el Obispo y el Viernes Santo el celebrante se descalza antes de prosternarse delante del Señor crucificado y besar sus llagas.

Con o sin zapatos, el hecho es que ellos siempre han estado mezclados en nuestra historia cristiana. Tenemos hasta órdenes religiosas que se separaron porque unos querían usar zapatos y otros no. Para nosotros no existe nada en este mundo que sea poco importante. Todo tiene un sentido y nuestro Dios no es una deidad mítica inaccesible, sino que está en medio de nosotros, **interesado en todo lo que nos interesa**. Más que una adoración etérea y estéril, quiere que lo amemos en el combate concreto de cada día, en nuestra vida real, en nuestra relación con los hombres y las cosas de su creación.

Esta es la lección de nuestros zapatos de campaña, esos que guardamos con cariño porque los sabemos pulidos y adaptados a nuestro pie después de largas caminatas. Esos que engrasamos y limpiamos para que su servicio sea más duradero y perfecto.

PALABRA DE DIOS

Exodo 3:5

En épocas de Moisés los zapatos tenían un sentido profano, Dios no los podía soportar en su presencia, El siempre se adaptó al lenguaje y la mentalidad del hombre. Hoy sabemos, como hemos visto, que los zapatos pueden tener un sentido muy distinto.

Juan 1:26-7

El Bautista siente vivamente el abismo que existe entre su dignidad y la de su Señor. Tanto que ni las correas de su sandalia es capaz de desatar.

Hechos 11:8

El Ángel, antes de liberar a Pedro, se ocupa hasta de que se calce las sandalias. Nada es insignificante para el Señor.

LA CARPA

Cuando tenemos en casa una cama confortable, parece una tontería salir a acostarse bajo una carpa. Al menos así piensan las personas "serias". Pero las ciudades de lona que en todas partes del mundo van surgiendo con mayor frecuencia, parecerían desmentir ese juicio. ¿No será que esa especie de fantasía encuentra en nosotros una connivencia profunda con el corazón de nómada que habita en cada uno de nosotros?

La carpa es algo momentáneo y para poco tiempo. Un pedazo de tela frágil, pero suficiente para protegernos de las inclemencias. Inquietante para el novato que acampa por primera vez, familiar al viejo mochilero, la carpa siempre es un abrigo... pero tan tenue que no nos separa del universo, como lo hacen las pa-

redes de cemento y las persianas bien cerradas de nuestra casa. En la carpa nuestro cuerpo está pegado al suelo húmedo, nuestros oídos retienen el mínimo murmullo de las gotas de lluvia y se excitan ante el fragor del viento que sacude la tela. La carpa nos zambulle en las fuerzas misteriosas de la naturaleza.

Indica todo **un tipo de vida**, distinto al que tenemos y vemos en las ciudades, seguro, a veces anquilosado y burgués...

Indica la presencia de alguien que sale de lo normal, de lo fácil, de lo establecido.

Liviana, fácil de enrollar o desplegar, no nos fija al suelo y **nos deja disponibles para la aventura**.

Acampar bajo la carpa es romper con un **status quo** y cuestionar una forma dada de existencia. Es querer simplificar la vida, despojarse de las seguridades y comodidades adquiridas, descubrir la precariedad y pequeñez de nuestra existencia en el cosmos.

El que acampa en "auto-casa" no ha comprendido nada. Quiere desarraigarse de muchas cosas pero no logra vencer la comodidad a que se ha acostumbrado. No penetra el secreto de la carpa y su artefacto sólo le permite ir a los lugares permitidos por las rutas asfaltadas.

Vivir bajo la carpa es hacer la experiencia de que **no tenemos morada definitiva aquí abajo**. Nuestra casa es el Universo y nuestro techo el cielo estrellado. La carpa tampoco es nuestra morada permanente. Vamos hacia otra más perfecta.

Y vamos en equipo, en comunidad. La carpa nos hace experimentar el calor de otras presencias y la solidaridad de hermanos que junto a nosotros participan

de las mismas condiciones de vida.

Pertenecemos a un pueblo de peregrinos y acampantes por excelencia. Desde que Abraham sale de Ur, en Caldea, pasando luego por toda la experiencia del Exodo y la venida de Cristo, que no tenía dónde reclinar su cabeza, a pesar de que las zorras poseían sus madrigueras.

Y nuestro Dios ha acampado también con nosotros, en carpa, siguiendo nuestro peregrinaje. San Juan, cuando dice que "el Señor levantó su carpa entre nosotros", quiere indicarnos **el modo** como habitó participando de nuestra condición.

Hay muchos modos de habitar: de manera **instalada**, posesiva, donde predomina el instinto de propiedad; de manera **pasajera**, donde todo se comparte y nos confiere la conciencia de que "no tenemos morada permanente aquí abajo" (Hebreos 13:14).

Dios acompañó siempre a su Pueblo en la aventura de la fe participando con ellos de todas las vicisitudes bajo la carpa. Pertenecemos a ese pueblo que tenía muy metida la idea del "paso", del peregrinaje. Ojalá la civilización moderna no nos haga perder nunca esa perspectiva tan esencial a nuestra fe.

Tenemos que respetar la carpa como un símbolo, hermosísimo, de nuestra misión y de nuestra vida cristiana peregrina. Los hebreos lo habían penetrado bien y por mandato de Dios siempre celebraron **la fiesta de las carpas** el día 15 del séptimo mes.

Tenemos que recuperar aquel **lenguaje de éxodo** que tenían nuestros antepasados y que los evangelistas empleaban con gusto al hablar de Cristo.

La carpa de nuestro campamento nos está resumiendo magníficamente la idea de la Pascua y la pe-

reginación. En su fragilidad y sencillez nos libera del veneno moderno de la "instalación", la burguesía y la artificialidad: obstáculos enormes para la intelección del sentido pascual de nuestro cristianismo.

PALABRA DE DIOS

Juan 1:14

"Yahvé puso su carpa entre nosotros".

Hebreos 13:14

No tenemos morada permanente en esta tierra.

I Pedro 2:11

La idea del peregrinaje estaba muy metida en Pedro, impresionado por las actitudes y dichos del Señor.

Lucas 9:13

Juan 13:1

Los evangelistas tienen vocabulario de éxodo.

Levítico 23:33-4

Dios manda celebrar la "Fiesta de las carpas".

II Samuel 87:4-8

Dios viajó y acampó bajo la carpa con su pueblo.

Hebreos 11:9-13

Abraham vivirá bajo la carpa, como viajero, y sus hijos igual que él.

Exodo 40:34-8

Dios librará a Israel, hará una alianza con él y habitará en medio de él, en la carpa que se hizo preparar; allí reposa la nube que vela su gloria y que manifiesta su presencia a toda la casa de Israel.

Exodo 33:7

El pueblo se reúne alrededor de la carpa de su Dios, llamada por eso: Carpa de la Reunión.

EL REFUGIO

Techo generalmente a dos aguas, para la nieve y el deshielo, paredes gruesas, de piedra o madera según la zona, gran estufa de leña, ventanas dobles, una simple mesa de madera y cuchetas de tronco bordeando las paredes. He ahí el refugio de montaña.

Todo en él es acogedor, huele a madera y si otros ya han llegado antes también se mezcla con el olor del humo y de alguna comida sencilla.

Basta haber estado una sola vez en la montaña para apreciar el servicio que prestan.

Después de la ascensión penosa bajo el sol que quema, o bajo la tormenta arrolladora, el refugio nos recibe con una tranquilidad penetrante. Mágicamente

nos devuelve el sentimiento de seguridad y la naturaleza inhóspita, hasta cruel a veces, queda muy lejana cuando se cierra la puerta detrás de nosotros. Cesa el peligro de las caídas, los precipicios, las congelaciones y el temor de una noche al descampado entre paredes y pedreros.

Me acuerdo de una llegada al refugio del volcán Tronador en los Andes del Sur luego de luchar dos días con una tormenta respetable. No había nadie en él, pero todo nos hablaba de la vida, del hombre que había pasado antes por allí precediendo nuestras huellas. Unas latas de conservas dejadas por otro andinista se nos transformaron en una presencia casi humana que nos llenó de calor nuevamente y nos hizo sentir como en casa. La tormenta había sido vencida doblemente. Ese gesto ínfimo de nuestro predecesor se convirtió en algo sublime; sin haber visto nunca a nuestro "adelantado", ya era un amigo íntimo. Se estableció entre nosotros un lazo profundo. Se ensanchó ese **nudo de relaciones** de que tanto nos habló Saint Exupéry y que da sentido a nuestras vidas. Participábamos de la gran hermandad humana, esa que camina hacia adelante y ha vencido la naturaleza inhóspita siguiendo el mandato del Creador.

El refugio es como la gracia del Señor, siempre acogedor. No me lo he construido yo sino que un día entré en él y lo utilicé para mi bienestar...

Allí todo se presta para un **ambiente** inolvidable. El facilita su fácil creación. Siempre dependerá, en último término, de mi actitud y la de mis compañeros. Qué charlas inolvidables han surgido entre sus gruesas paredes! Cuentos de aventuras fantásticas que se entremezclan con el canto y la melodía de algún instru-

mento musical. El pan y la sopa en lata se comparten con las historias de cada uno. Algunas asombrosas y llenas de heroísmo, otras más sencillas, pero todas cargadas de significación para cada uno. Y cuando nos encontramos con un montañero veterano el escuchar sus hazañas legendarias se convierte en refinado manjar de la mente.

En él se comparten técnicas y secretos que han costado a veces años descubrir. La mejor ruta, los peligros a evitar, el mejor ángulo para apreciar el paisaje, las vetas de agua potable...

El refugio nunca debería ser una especie de asilo, un nirvana en el que nos olvidamos del resto del mundo, de los que afuera luchan y sufren. Tenemos que aprender su lección. Ante todo dar gracias por todo lo que encierran sus cuatro paredes, por las largas horas de fatiga que se reponen en él, por la oración y el sueño, por las despedidas de compañeros que encontré y quizás nunca volveré a ver, por la llegada alegre de amigos que no esperaba.

Debemos en cierta manera imitarlo y ser refugio para los demás. Tantos que no tienen refugio, que vagan, que no pueden pagar el alquiler de su casa. Tantos perdidos sin una meta en la vida.

Que nunca nos parezca muy natural cerrar esa puerta del refugio, a pesar de la lluvia o la oscuridad, permanecer seco y a temperatura templada por el fuego de leña, bien contento a la luz de la lámpara, como si todos mis hermanos estuvieran alojados igual que yo.

Deberíamos tener presente a todos los que buscan refugio: los perdidos en el desierto, en la montaña, en el mar..., los perdidos en las inmensas ciudades.

Como Cristo deberíamos ser capaces de decir: 'venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os confortaré y encontraréis el reposo que buscáis'.

Enfrentado a las tareas de la vida y a sus peligros, el hombre tiene necesidad de refugios (**Hasah** le llamaban los hebreos) donde abrigarse para perseverar, a pesar de las pruebas, y tener la confianza de llegar a la meta. ¿Y qué refugio más perfecto que el mismo Cristo?

PALABRA DE DIOS

Salmo 32:10

Salmo 2:12

El que se refugia en el Señor no tiene nada que temer.

Salmo 131

Es la expresión más pura de esa confianza humilde, a la que Jesús dará su perfección.

Isaías 25:4s

Salmo 121:5

La presencia protectora de Dios se manifiesta en la sombra. Tenemos que buscar su sombra constantemente.

Exodo 40:35

La nube en el desierto sombreaba la carpa de Yahvé.

Jeremías 48:28

Isaías 26:4

El hueco de la roca ofrece refugio al caminante. Dios es la roca segura y la salvación.

Salmo 18:3-32

Salmo 31:4

El Señor es el refugio perfecto, en El tenemos que poner nuestra confianza.

EL PAN

Es el alimento fundamental, nada lo sustituye. Ocupa lugar en la mochila, pero nadie puede pasarse sin él. En campamentos de varios días no hay nada mejor como hacerse el propio pan de cada día.

Horno, levadura y harina simbolizan todo el trabajo del hombre y su vida.

Esa vida —en su realidad— nos destruye siempre las fórmulas. La derrota, a veces, puede convertirse en el único camino hacia la resurrección, a pesar de su drama... Se condena el grano a pudrirse en el surco, para que luego nazca la espiga y de ella el pan.

A ese grano que parecía morir, estaba reservado el honor de hacer subir a la dignidad de la vida vegetal todas las energías de la materia inerte.

La creación entera está asumida en él: las sales minerales de la tierra, el agua y el calor, el aire y la luz... Y cuando la armonía de esas riquezas llegó a su madurez, surgió del suelo como una hierba ordinaria. La transformación continuó hasta que finalmente el grano ofreció su fruto al hombre bajo la forma de una pesada espiga acariciada por el viento.

Generalmente lo tratamos con descuido porque ignoramos ese **largo proceso de elaboración** que nos es ajeno.

Para llegar a tener un pedazo de pan en mis manos ha sido necesaria esa maravillosa colaboración entre Dios y una enorme comunidad de personas a quienes ignoro. El herrero que construyó el arado. El que aró y preparó la tierra. El que sembró la semilla y la cosechó luego. El que la transportó al molino y el que la molió para hacerla harina. El que luego encendió el horno y mezcló la masa a la levadura, el que vigiló su proceso de cocción... el que lo llevó a mi mesa.

Y ese pan que ahora se presenta ante mí, después del largo y doloroso proceso, renuncia a su ser propio para alimentarme. Desaparece para dar lugar a mis células humanas y gracias a él puedo trabajar y pensar, contemplar e inventar, abrir mi corazón a los hombres y a Dios.

Evidentemente al pan no se lo corta con cuchillo. Al pan se lo fracciona, se lo rompe, se lo abre con los dedos. Está moldeado para adaptarse a la mano, para que sea fácil partirlo y repartirlo. Si un árabe nos viera usar cuchillo se asombraría y exclamaría: "¿qué, ¿acaso en su tierra se mata el pan?".

Estamos ante el gran misterio cósmico, en el que la materia inerte del pan nos liga a Dios pasando por Cristo.

Según el mismo ritmo de muerte-resurrección, símbolo de la muerte y resurrección de Cristo, este **pan** comunica una Vida nueva. La misma vida de Dios a la que está el hombre invitado a unirse, pero a condición de que acepte unirse igualmente a sus hermanos en gesto fraternal.

Por eso es que "el sabor del pan compartido no tiene rival". El que reparte el pan no se empobrece, se alimenta de un pan mejor, porque el pan encierra un misterio de amor. Hacer pan y darlo a los hombres es amarlos. Es algo sagrado, algo que habla por sí solo. Lleva en sí la intención de su Creador. Negarse a compartir el pan es propio del egoísta que todavía no ha descubierto lo que es ser hombre.

Pero hay maneras de compartir el pan que humillan y deshumanizan. Cuando lo damos **impersonalmente**, sin interesarnos siquiera por el nombre del que nos lo pide, de su situación y drama. No queremos que su miseria nos toque, nos cargue la conciencia. Hacemos el gesto para huir de nuestra conciencia. Dar el pan así a un hombre o a un perro no tiene diferencia. Y no debemos extrañarnos si el que nos lo pedía —al ver nuestra actitud— lo rechaza heroicamente.

No sólo de pan vive el hombre... Si comparto mi pan de esa manera no hago más que humillar, destruir la persona. ¿Y qué vale más, matar el hambre deshumanizándose, o morir de hambre como persona?

¿De qué sirven las bolsas de harina distribuidas gratuitamente si hay que pagarlas con una humillación?

Mañana quizás cosecharemos un nuevo tipo de trigo en las plantaciones lunares. Quizás las algas del fondo del mar podrán ser transformadas en harina o la química del petróleo nos servirá sin duda para hacer bizcochos... pero ¿de qué sirve todo esto si no es más que una limosna humillante?

Deberíamos saber dar el pan pidiendo perdón! Mejor que dar un trozo de pan es dar una mano al necesitado. Y Cristo sigue repitiendo en nuestro desierto de hoy: "no sólo de pan vive el hombre!".

No traicionemos a Cristo. No convirtamos en pantalla tranquilizadora su grito que golpea como un puño. No hagamos de este grito una consolación.

La Palabra del Señor es eficaz y rehusa traicionar la dignidad del hombre tanto como la del pan. Es eficaz porque compromete, nos hace vulnerables ante la miseria del hermano. No permite la limosna dada con la punta de los dedos y los ojos cerrados. Ante esta Palabra el hermano necesitado no puede seguir siendo una **cosa**, objeto de mi piedad.

Esa Palabra consagra el pan y consagra al hombre, la dignidad de ambos, no únicamente hijo del hombre sino hijo de Dios. La eficacia del cristiano es el miserable convertido en persona. Es el hombre en pie, el hermano ya resucitado por esa misma Palabra. Sólo entonces tendremos el derecho de compartir el pan.

El pan no tiene pretensiones. Es un alimento sencillo y humilde. Tiene vocación de pobre si lo comparamos a los demás alimentos más refinados, pero es el más sublime.

Su color no es el blanco de la nieve deslumbrante y el del éxtasis, sino el bronceado de los rostros cur-

tidos, el del oro y los trigales, el de los brazos tostados que los cosechan.

Ese trozo de pan es imagen de lo que ha de ser nuestra vida. Hecha de miga y sabor noble por dentro, sabroso para muchas hambres, miga de bondad y amor. Corteza auténtica por fuera. No costra de endurecido egoísmo sino de vida jugada al sol, curtida en el esfuerzo por construir.

La vocación del pan que es un lento madurar, nos habla de don permanente, de una muerte que encierra la potencia de nueva vida. Noble ofertorio que nos convierte, por puro milagro, en carne de Dios.

Cristo es el "Pan de Vida". Se ha querido quedar entre nosotros bajo esa humilde forma del pan. Y sus discípulos —como en Emaús— lo tenemos que reconocer en el gesto de "partir el pan".

Cristo mismo es el pan para nuestra ruta. Somos miembros de la Iglesia peregrina que se alimenta —como los judíos en el desierto— del maná que ahora no nos cae del cielo sino que nos brota de lo profundo de nuestra Tierra.

PALABRA DE DIOS

Salmo 104:14s

El pan, don de Dios, es para el hombre una fuente de energía.

Lucas 11:3

En la oración que Cristo enseña a sus discípulos, el pan resume todos los dones que nos son necesarios.

Marcos 14:22

El pan ha sido elegido por signo del mayor de los dones.

Salmo 41:10

Juan 13:18

Comer el pan con otro es ser su amigo íntimo.

Hechos 2:42

I Corintios 10:17

En la Iglesia, **la fracción del pan** significa el rito eucarístico en favor de todos: el Cuerpo del Señor se convierte en la fuente de unidad de la Iglesia.

Juan 6

Discurso de Jesús sobre el Pan de Vida.

Amós 8:11

Anunciando el hambre de la Palabra de Dios, el profeta compara el pan a la Palabra (Cfr. Deuteronomio 8:3 a propósito del maná).

Mateo 4:4

Para Jesús el pan evoca también la Palabra Divina de la cual debemos vivir cada día.

LA NATURALEZA

LA NATURALEZA

La vida artificial de la ciudad, en que todo está desnaturalizado, fabricado y enormemente manipulado, nos hace perder el contacto con la naturaleza intacta, esa naturaleza que es **un Evangelio constantemente abierto** ante nuestros ojos, la mensajera de la **Buena Noticia** de que la vida terrestre no es un absurdo, sino la partida hacia ese realismo lleno de alegría, símbolo de una resurrección que sobrepasa la muerte.

La naturaleza está saliendo incansablemente de las manos de Dios. Es una **constante creación** a la que colabora el hombre con su trabajo, ingenio y esfuerzo.

Ella le ha sido entregada al hombre para que la conquiste, la domine, la domestique y la utilice en su propio bien. Pero es también una puerta abierta hacia

la CONTEMPLACION del Creador maravilloso que está detrás de cada una de sus criaturas.

La vida ruda en contacto con la naturaleza tiene un carácter regenerador, quita de nosotros todo lo artificial a que estábamos acostumbrados y nos da el verdadero valor de lo esencial.

"Hay que pasar por el desierto y acampar en él para recibir la gracia de Dios. Es allí donde eliminamos de nosotros todo lo que no es Dios", decía Charles de Foucauld.

Nuestro mundo es el de la distracción, en el sentido que se opone a concentración. Ya no tenemos tiempo para encontrarnos con nosotros mismos, con los demás. Ya no tenemos tiempo para mirar la naturaleza, vivimos como ajenos a ella, no sabemos distinguir los distintos árboles, los distintos tipos de flores, de rocas, de animales... y sin embargo la naturaleza es la puerta que nos conduce suavemente a lo sobrenatural. Es por los ojos, poniendo atención a todo lo que sea real, como se hace el aprendizaje de la oración verdadera.

NO ES UN ESCAPARSE de la realidad concreta de nuestra vida cotidiana, es un situarse en el lugar que nos corresponde en el mundo, pero tenemos que haberlo observado bien antes. Lo sobrenatural no tiene nada de común con lo "maravilloso" o lo "mítico", co-existe con lo ordinario, con lo de cada día.

Albert Camus sentía profundamente todo esto al decir que "damos la espalda a la naturaleza, tenemos vergüenza de la belleza. Nuestras miserables tragedias arrastran olor de escritorio y la sangre que derraman tiene color a tinta rancia. Deliberadamente el mundo ha sido amputado de lo que hace su permanencia: la

naturaleza, el mar, la colina, la meditación de las noches”.

La naturaleza es **un enorme templo** desconocido para el hombre del siglo XX, aunque nos parezca paradójico, y esa enorme alabanza muda sólo espera de nosotros una visita atenta para volverse viviente y locuaz.

¿Cómo alabará a Dios la florcita perdida en la altura de la montaña si no tiene nuestra voz?

La fe nos permite mirar al mundo con ojos nuevos. A su luz el mundo se despoja de su máscara para convertirse en algo muy simple pero muy esencial para el hombre, puesto que también lo es para su Creador. Nuestro destino es mirar el mundo tal como lo ve Dios. Si sabemos mirar descubriremos en la naturaleza una parábola inmensa en **tecnicolor** de las realidades terrestres y eternas. Es un sistema de signos y el hombre de fe descubre el secreto de Dios en el espesor de las cosas. “No vivo de las cosas, sino **del sentido** de las cosas”, decía Saint Exupéry.

El que no ve en la naturaleza más que una oportunidad de tirarse en el césped a la sombra de un buen árbol y no pensar en nada, está desperdiciando y rehusando un tesoro que se le ha confiado. El descanso y la distracción son necesarios, pero no bastan para conducirnos a Dios. También el estudio científico de las realidades naturales es necesario, pero debemos ir más allá para alcanzar **lo esencial**. No sólo debemos descubrir y dominar la naturaleza, también tenemos que **COMULGAR** con ella.

Comulgar con ella es tener ese sentido esencial que nos permite **amar lo creado**, comprender y aceptar sus lecciones. Es la actitud del joven de espíritu que va a

ella buscando algo y vuelve purificado, los ojos llenos de una luz nueva, los oídos llenos de una fantástica melodía, el corazón dilatado y más atento a los demás; pero lo que es más importante, vuelve más orgulloso y consciente de su dignidad de hijo de Dios.

Comulga con la naturaleza el que tiene la actitud de San Francisco de Asís, el autor del **Cántico de las creaturas** donde el agua, el sol, el viento, el fuego y toda la creación es tratada cariñosamente como una **hermana** a través de la cual alabamos a Dios.

Tenemos que aprender a orar sobre la belleza, a ser atentos al cántico de las creaturas, porque nuestros corazones "transistorizados" no pueden ni concentrarse ni encontrar al Padre en su creación. Debemos poco a poco llegar a tener un alma vibrante, entusiasta, un alma joven, que no se canse de leer el poema de la naturaleza. **Dios nos está hablando** en los colores y en los sonidos, en la vida que palpita sobre nuestro mundo.

Pero la belleza nos debe llevar al amor, sería pasatiempo ridículo quedarnos en una simple necesidad estética.

En el Génesis vemos al hombre inocente dando un **nombre** a cada cosa, un nombre humano porque para los antiguos el nombre significaba el rol que tenía en el universo, y toda la creación, orientada hacia el hombre adquiriría un sentido amistoso y bueno. Quedó librada al hombre y éste con su pecado la desquició. Pero Cristo, el nuevo Adán, quiso participar de esta naturaleza para redimirla e infundirle su espíritu dando a cada cosa un nuevo ser y un nuevo valor, reduciéndola nuevamente a aquel principio luminoso de quien todo dimana. Para eso se encarnó y apareció entre nosotros.

La naturaleza no está hecha para ser destruida o para jugar inconscientemente con ella, sino para su plena realización y perfección en y por el hombre: "el hombre —dice San Ignacio— ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor... y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas **para el hombre**".

Toda la obra de la creación es divina, sólo el pecado que viene de los hombres puede introducir en ella el desorden. Dios quiere que respetemos profundamente todo lo que sale de su mano creadora; que aprendamos a ver sus obras con ojos purificados por la fe. Nunca deberíamos proferir sobre la naturaleza palabras vulgares, o profanarla y mutilarla con manos irrespetuosas y sucias que no están regidas por un corazón puro.

La frase de San Agustín sigue siendo valedera a través de los siglos: "Toda tu obra sobre la tierra consiste en curar el ojo de tu corazón a fin de que veas a Dios". Esta convicción emana de una reflexión profunda sobre una bienaventuranza muy olvidada en nuestros días: "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios".

Cada vez que levantemos nuestros ojos bien abiertos para contemplar con gozo la naturaleza que nos rodea e impresiona deberíamos pensar en ese misterio que palpita desde el seno de Dios, **el milagro de la existencia**: de toda existencia. Y en medio de él sentir la dulzura de nuestra propia existencia y la de todo ser. Cada una en su dimensión especial, la de la piedra, distinta a la de la montaña, la del agua y la de la rosa.

Todo está armonizado en una maravillosa y simple UNIDAD, desde la complejidad del cosmos hasta la

de un pétalo de rosa. Todo procede de ese Dios uno y simple. Su creación refleja esa inefable unidad. En un pétalo el biólogo nos dirá que hay millones y millones de células y el físico nos asombrará aún más haciéndonos notar que en cada una de esas células encontramos los átomos y que cada átomo es una constelación de protón y electrones. Pero sin embargo, el pétalo sigue siendo un pétalo, una simple y maravillosa hojita de la rosa, reflejo de la maravilla que es ese Dios, "verdad simple y sencilla que ama" nos dice conmovedoramente Fray Luis de León.

Toda la creación, y nosotros como parte de ella, estamos recibiendo del Señor gota a gota la existencia. Ese Señor que con el espíritu de infancia exigido en su Evangelio, JUEGA al crear las maravillas del universo, como juega el músico al expresar su sinfonía y el niño al construir sus castillos de arena. Pero la naturaleza no es un castillo de arena, es una realidad simple y compleja, que deberá ser transformada un momento dado para perdurar como fruto del esfuerzo de Dios y de todos los hombres. Pero mientras tanto sufre como dolores de parto esperando ser transformada, nos dice San Pablo.



PALABRA DE DIOS

Génesis 2:4-31

Es el texto más antiguo sobre la creación del primer hombre y del contexto en que debería vivir. Dios como un artesano, trabaja a la manera humana. "Y vio que lo que había hecho era bueno".

Sabiduría 13:5

A través de la obra el hombre descubre al Obrero, y esto lo lleva a un sentimiento de reconocimiento y admiración.

Juan 1:1-18

El prólogo de Juan nos muestra la relación entre el principio de la creación y su creador. La encarnación del Verbo de Dios y la opción de los hombres frente a El.

Romanos 1:20

Lo invisible de Dios se ha hecho visible por medio de la creación.

Salmo 19:1-7

Salmo 104

La contemplación de la belleza de las cosas conduce a una alabanza entusiasta.

Génesis 13:14

Dios manda a Abraham que se admire del lugar donde está.

Sabiduría 15:15

Salmo 115:4-7

Tenemos que servirnos de todos nuestros sentidos para aceptar el secreto de la Creación.

Job 38 y 39

Job descubre la grandeza de Dios y su acción misericordiosa, meditando sobre la Creación.

Marcos 4:26-32

Lucas 13:18-19

Mateo 6:26

Jesús fue muy atento a la creación. Su Evangelio está lleno de imágenes vivas para hacer comprender a sus amigos las grandes verdades del Reino de los Cielos.

Efesios 1:2:2:6-9

Dios puso todo en las manos de Cristo, los seres celestiales y los terrestres. Lo estableció heredero de todas las cosas.

Romanos 8:18-22

La creación entera, actualmente sujeta a la vanidad, aspira ser liberada de la corrupción para acceder a la libertad de la gloria de los hijos de Dios.

II Pedro 3:13

Es hacia ese término que camina la historia, hacia esos cielos nuevos y esa tierra nueva que anunciaban las escrituras.

I Corintios 3:22

Todo nos ha sido dado y nosotros somos de Cristo.

Apocalipsis 11:1-8

Nos espera un cielo nuevo y una Tierra nueva.

EL SOL

La desgracia es que hoy, en la monotonía de los días **nos hemos acostumbrado al sol**, a su luz y su calor. Olvidamos que es un **don** prodigioso, que sin él no podríamos sobrevivir ni un segundo. No apreciamos más la gracia de "nuestro hermano sol".

Fuente de vida y energía, todo en nuestra tierra gira —como un inmenso girasol— en torno a su presencia vitalizadora. Su luz es el agente esencial para que la vida siga su curso. De su energía lumínica las plantas construyen con el carbono moléculas orgánicas de materia viva, y a través de las plantas, todos los animales renuevan sus energías. "Si apagamos el sol se apaga la vida!".

Nuestra actitud ante él muchas veces se reduce a esa modorra inconsciente y vacía que nos describe tan bien Camus al hablar de "todos esos cuerpos dorados de una juventud ofreciéndose ella misma en holocausto al sol sobre el arena de la playa mediterránea...".

El sol encierra una realidad muy grande. SU LUZ FECUNDA LA TIERRA. Sólo en calor, la energía derramada sobre la superficie de un metro cuadrado es de casi un quilovatio-hora. La superficie de un metro cuadrado recibe tanta energía como la que podría producir una gran central eléctrica... Todo el carbón existente sobre la tierra proviene de árboles cuyo crecimiento se debió a la utilización de la energía solar. El petróleo nace de la descomposición de seres vivos. El sol está en el principio de la energía acumulada gracias al proceso vital. La potencia y posibilidades sin límites de la actual tecnificación científica nos abre posibilidades insospechadas, pero no olvidemos que su fuente primigenia está en la luz solar.

Sin embargo, más allá de las grandes elucubraciones científicas, está **la admiración**, esa actitud fundamental del hombre. Está la respuesta a la invitación del Sol.

Recuerdo aquellos pequeños pobres marginados de una barriada de Milán, que en el film de Vittorio de Sica esperan durante largos días grises y helados de invierno la salida del sol. Un día lo ven aparecer y atravesar lentamente la espesa niebla!. Entonces se precipitan a la calle buscando el rayito de luz y se ponen todos juntos a golpear rítmicamente el piso con sus pies. Y qué extraño espectáculo ver esos pequeños ejecutando un paso de danza, que nos recuerda todas las danzas legendarias al sol, en ese pedacito de luz. Ellos

saben bien qué precio y significación tiene el sol. Por eso, cuando aparece, lo convierten en un día de fiesta.

Los que no tienen nada son capaces de asistir al espectáculo de los dioses, para el cual no necesitan pagar entrada!. Es el espectáculo del "tramonto", esa nunca repetible puesta de sol, infinitamente más valiosa que todo eso que se pueden pagar los inconscientes de la creación para distraerse de sus absurdos y huecos feriados. No muchos pueden captar ese placer sencillo y profundo de aquellos niños que al ver zambullirse el gran disco rojo en el horizonte, exclamaban: "Se ne va!, se ne va!", con voces que se iban apagando junto con los rayos del sol.

Ellos eran de la raza del "Principito" de Saint Exupéry, que gozaba con la dulzura de las puestas de sol y cuyo pequeño planeta le permitía mirar el crepúsculo cada vez que quisiese con sólo girar la silla de posición...

Hay que ser pobres para maravillarse de la creación. Es la manera de aprender el precio inestimable de las cosas simples y comunes, repartidas generosamente por la mano del Creador. Allí están, para encantarnos y enseñarnos a cantarlas.

Los ricos, los satisfechos de sí mismos, los que no saben mirar, corren desesperados detrás de distracciones sofisticadas y absurdas que no hacen más que dejarlos con un vacío mayor al escurrírseles la vida de las manos tensas.

Tenemos que tomar conciencia de nuestra habitual ingratitude hacia el Creador por "esas cosas raras y comunes" que cada día están allí para nuestro deleite y generalmente las "utilizamos" como vulgares aprovechadores de corazón duro.

Tenemos que tener la actitud de los pobres de Mián para acceder a las maravillas más simples y volvernos atentos a ellas. Sólo así podremos reconocerlas y cantarlas, como el negrito de la favela en "Orfeo Negro", que hizo salir nuevamente el sol con su canto y su guitarra.

Así participaremos en ese cántico eterno, permanente, universal, que el hombre ha dirigido al sol a lo largo de la historia. No nos maravilla que al principio lo hayan confundido con una divinidad. Los testimonios son innumerables. Desde los sumerios, pasando por los habitantes de Egipto y los de la India, hasta los griegos cuyas ciudades —"heliopolis"— estaban consagradas al sol y los romanos que divinizaban a sus emperadores y los ponían a la altura del sol. También los cristianos celebraron a Cristo como el "verdadero Sol" trastocando toda la jerarquía de valores.

En el cementerio de San Pedro, del Vaticano, tenemos un testimonio bien revelador y significativo. Dos tumbas de familia, encantadoramente simples y bien juntas: la una pagana, la otra cristiana. Sobre la primera un motivo decorativo nos muestra al dios sol llevado sobre un carro romano. Sobre la cristiana encontramos el mismo motivo. Los cristianos no lo cambiaron ni lucharon contra él, sino que le dieron una significación totalmente distinta. Es el Sol Jesucristo, luz y resurrección, esperanza del difunto. Y en los siglos II y IV todavía encontramos cristianos que envían con la mano un beso al Sol de Levante, símbolo del Resucitado.

Qué revolución de valores!. No nos extraña pues, que en la vigilia Pascual los catecúmenos hiciesen su Profesión de Fe vueltos hacia el Oriente: así miraban

a Cristo, realidad tangible. Y luego vienen todos los poetas cristianos que compusieron himnos maravillosos a Cristo, Luz y Sol, Luz de la Luz, como decimos todavía en el Credo.

Esta también es la razón de que la Iglesia, al hombre que se va a sumergir en la muerte corporal, en última despedida, le recuerda su destino hacia el verdadero Sol, la verdadera Luz, esa que no pasa porque es un amanecer continuo: "Y que la Luz perpetua brille para él!". Realidad profunda comprendida por aquel monje, verdadero hijo de San Francisco, que murió a la salida del sol exclamando: "Abrid la ventana, hacédlo entrar"!

Vivimos en un **bosque de símbolos**, dijo Baudelaire, y tenemos que re-descubrirlos y darles sentido como aquellos primeros cristianos. Cada realidad de la naturaleza es una "herofanía", una manifestación de lo sagrado a través de la cual algo de Dios nos es significado. La secularización y demitologización en que vivimos no debería asesinar en nosotros **el sentido del misterio**, que está muy lejos de lo mítico. No vamos a una idolatría de la materia, sino a una **lectura fascinante** de ese libro que nos habla del Creador y se llama Cosmos.

PALABRA DE DIOS

Génesis 1:1-5
Eclesiástico 11:7

Dios crea la luz y el sol.
Todo hombre ha hecho la experiencia del sol.

Salmo 19:5-7
Malaquías 3:20

El salmista canta al Sol.
El santo camina iluminado por el "sol de justicia".

Job 9:7
Mateo 5:45

El sol se mueve obedeciendo el mandato de Dios.

Salmo 84:12

Dios es llamado el sol del salmista.

Isaías 60:19

Cristo es el nuevo sol. El profeta ya había anunciado que el mismo Dios sería el sol de la nueva Jerusalem.

Apocalipsis 22:22

El Apocalipsis nos muestra la profecía "realizada".

II Corintios 4:6

San Pablo instituye el paralelo entre lo que es la luz de la creación visible y lo que será el Cristo de la creación espiritual.

LA NOCHE

La noche ha sido siempre para el hombre un inmenso MISTERIO y una rica fuente de inspiración. Es una paradoja que se va sucediendo día a día, como un principio o un fin según de dónde se la mire.

Es el término de la jornada sudorosa, la esperanza del descanso y la reparación de fuerzas. Es el preludio de un nuevo día de sol. Parece como si en su seno toda la creación se adormeciera y se preparara para una nueva jornada y un nuevo amanecer.

Es como un signo de contradicción entre dos soles, no sólo divide nuestro ritmo de vida sino también al mundo en dos mitades, desde Japón a América.

Es AMBIVALENTE porque el hombre la ha hecho cómplice de su pecado. Es símbolo de las tinieblas

existentes en aquél que busca la fe. **La noche oscura del alma** de que nos habla San Juan de la Cruz. Pero es también una catedral abierta al eco infinito del cielo. Nos permite adquirir una dimensión cósmica con sólo mirar el cielo y los satélites que lo surcan desafiando las estrellas más lejanas como un preanuncio de una época fabulosa.

"Feliz noche que mereció abrigar la señal de la vida y fue iluminada con los resplandores de Cristo resucitado", canta el pregón pascual el sábado santo. Como una madre solitaria, sólo ella conoce el momento en que trajo la Luz a la luz. Muerte que pide resurrección y vida, que necesitó ser sepultada: paradoja del misterio pascual.

Tenemos que aprender a descubrir el mensaje de la noche. A su abrigo se realizaron las cosas más grandes de la Historia: fue durante el silencio de la noche de Navidad que Cristo apareció entre nosotros. Y fue durante la noche también, al final de su vida, que resucitó rompiendo las cadenas de la muerte para devolver la alegría a los tristes, la paz a los que buscaban en tinieblas y la luz a los ciegos...

Con su sola presencia ella tiene mucho que enseñarnos. Nunca agradeceremos lo bastante a Dios por la noche. Velo del trabajo oculto y fecundo de la semilla callada. Invita al descanso, a la oración tranquila con el Creador, al examen de conciencia después del día recorrido con esfuerzo y a la preparación para el día que se está gestando en su seno.

Su paz nocturna es imagen de la de Dios. Igualmente a esa inmensidad tachonada de estrellas a miles de años luz que nos permite ver fácilmente, es imagen de la inmensidad de Dios.

Es tan fecunda que el hombre la utiliza para el bien o para el mal. Es cómplice inocente de la lujuria y testigo de las **Horas** de los monjes. A la misma hora, mientras en los bares y cabarets todo parece horroroso y vacío de Dios, los monjes en el silencio y la pureza tocan a Dios con su alma abierta.

La noche conoce las fatigas de abnegados centinelas, obreros sudorosos en las fábricas que no descansan, mineros que hacen del día una noche, aviadores colgados entre las lucesitas del tablero y las de las estrellas, astrónomos de ojos maravillados sobre el firmamento... y los reconforta con la promesa de un día luminoso.

Es la muerte, paso indispensable para la vida.

Señala la hora de las tinieblas (Marcos 15:33-35).

Ella viste a la naturaleza con una belleza nueva: el río, el valle, el monte, la roca y el mar se cubren de misterio y hermosura solemne. Los ojos descansan de la potencia y brillantez del sol y contemplan embelesados el cielo sobre la tierra.

La inmensidad de la noche estrellada nos deja el corazón totalmente saturado de admiración, de un amor insaciado. Pensar que nuestra Vía Láctea, la galaxia de nuestro sistema solar, contiene cien mil millones de estrellas semejantes al sol, y que hay más de un millón de tales galaxias al alcance de nuestros mayores telescopios...!. Es algo indecible pensar que encontraremos algo más bello todavía, más capaz, algo más al alcance de nuestra alma, que colmará el inmenso deseo de felicidad que es, a la vez, nuestro sufrimiento y nuestra grandeza de hombres.

La noche nos hace más humanos, inunda nuestra

alma de una ternura discreta; los enamorados buscan la noche para declararse su amor.

Pero también está la noche de los hospitales, hogares del dolor, con las enfermeras de blanco pasando silenciosas entre las camas de los sufrientes. Rostros semicubiertos y sudorosos de cirujanos bajo los reflectores en la sala de operaciones..., el dolor no descansa y se hace cómplice de la noche.

Noche de los soldados que mueren olvidados en una trinchera, de los que se acurrucan en las veredas buscando el calor de algún escape de aire viciado, de los que se retuercen de hambre sobre un catre destalado...

Noche de los camioneros, de los fogneros, de los taxistas, de los marinos.

Noche de las grandes marchas, a oscuras, con el aire fresco acariciando las mejillas, todos en fila, de alpargatas y con el fardo a la espalda, cantando juntos para ahuyentar las yará o el puma.

Noches de invierno y noches de verano, de lluvia mansa y de tempestad, de estrellas y de ojos cansados bajo la luz eléctrica.

Noches laboriosas de las fundiciones a fuego continuo y noches pacíficas de las playas interminables.
Que todo esto se nos transforme en oración.

Esa noche santa, dulce y buena de la que nos habla la Escritura desde la creación del Universo, sobre la cual el oficio de Completas de los monjes implora la bendición divina, debe ser la compañera de nuestra oración. Ojalá aprendamos a escuchar con sencillez su voz inmensa, profunda como un eco de eternidad!

Esa oscuridad y ese sueño son del Señor, nos desbordan puesto que no podemos mandar al sol, pero los

recibimos con alma abierta. Las palabras del Señor, que serán las únicas en el silencio, llenarán todo el espacio y penetrarán suavemente en nosotros. Esa presencia divina se hace sumamente cercana.

Es en medio de la noche que Cristo coloca normalmente los sucesos importantes: su nacimiento en Belén, la anunciación del Ángel a José, la oración, la visita de Nicodemo, la agonía del huerto, la resurrección, la aparición a los apóstoles cuando no pescaban nada en el lago...

Día y noche, trabajo y gratuidad. Es Charles Péguy quien con su agudeza de poeta, nos descubre **el sentido de la noche:**

"Y Dios dice a la noche: Oh noche! Yo conozco al hombre. Si soy Yo el que lo hice!. Es un ser extraño. Porque en él juega esa libertad que es el misterio de los misterios. Se le puede pedir mucho... Pero lo que no hay manera de pedirle, Dios santo, es un poco de esperanza, un poco de confianza, vamos, un poco de calma, un poco de abandono entre mis manos. Está todo el día rígido. Pero tú, noche, hija mía, tú consigues a veces esto del hombre rebelde: que ese buen señor consienta en rendirse un poco a mí. Que repose un poco sus pobres miembros cansados en un lecho... Yo no quiero, dice Dios, al hombre que no duerme, al hombre que arde en su lecho de impaciencia y de fiebre".

PALABRA DE DIOS

Génesis 1:5

Dios crea la noche.

Génesis 15:1-6

Dios utiliza la grandiosidad de la noche para enseñar a Abraham la confianza en una promesa humanamente incomprensible.

Salmo 130:6

El cristiano que confía en el Señor es como el centinela que vela esperando la aurora.

Exodo 11:4;12:12-29

Es hacia la medianoche que Yahvé pone en ejecución sus planes de liberar su pueblo de la esclavitud.

Isaías 58:8

Salmo 112:4

Sabios y salmistas vieron en la noche el momento de la prueba en que se realiza el juicio de Dios.

Salmo 74:16;63:7

Dios es dueño de la noche, El puede liberar al hombre como lo hizo en tiempos del Exodo.

Lucas 22:53

El mal convierte la noche en reino de tinieblas.

Efesios 5:8-14

El cristiano tiene sentido en función del día de la Pascua, que no conoce tinieblas. Es "hijo de la luz" y ha sido arrancado a la potencia de las tinieblas (Cfr. Colosenses 1:13).

LA LUZ

Sumergidos en la oscuridad más total, encorvados por largas horas de caminata, los mochileros avanzan por el bosque profundo. Bastó la noche y el cansancio para que al primer recodo perdiesen la dirección.

Atentos al más mínimo murmullo, caminan ahora orientados sólo por la brújula. De pronto alguien grita: Una luz!. La columna se detiene, todos miran hacia adelante con una sonrisa llena de esperanza. En lo profundo de las tinieblas brilla una lucecita como un precioso diamante entre la maraña.

El temor y el cansancio desaparecen. No hay duda, esa luz les habla de refugio donde protegerse y descansar; les habla del hogar donde secar las ropas

y retomar fuerzas; les habla de una vida humana que los recibirá y repondrá sobre la buena ruta a la mañana siguiente.

Y cantando **avanzaron hacia la luz...**

Hija del fuego y el sol, no se confunde con ellos. Su misterio permanece y lo impregna todo. Los sabios han querido siempre penetrar en su corazón pero hasta hoy día se mantienen en el plano de la hipótesis: tenemos la teoría electromagnética, la cuántica, la mecánica ondulatoria... entre las cuales somos libres de elegir.

Pero seguirá siendo un misterio porque su fuente de origen es el Creador, misterio de los misterios. El la hizo brotar sobre el caos inicial y vio que era buena, como nos lo relata el Génesis.

Nos resulta súmamente simple y banal manejarla a nuestro capricho. Hasta a veces nos atrevemos a jugar con ella pasando desapercibidos ante su sacramento.

Creemos que nos pertenece, pero en el fondo es ella quien nos posee. Todas las cortinas, persianas, anteojos de sol y techos no son más que una señal de su dominio.

Por ella el hombre es beneficiario de un gran don y un servicio incondicional. Con la luz dominamos las tinieblas más fácilmente de lo imaginable. Basta apretar un botón o dar vuelta la llave para que la noche y su misterio retrocedan.

Antes, nos dice el P. Charles, cuando el sol se ponía, era una liturgia especial encender con el pedernal la lamparita de aceite. Hoy día la luz es prisionera de nuestras ecuaciones. Podemos aislar sus rayos infra-

rojos de los ultravioleta, medimos su velocidad, almacenamos su potencia. Los satélites la transforman en energía.

Pero el significado de la luz está más allá de todo esto, por más maravilloso que sea.

Esa luz que reina sobre la Pampa sin sombra, o sobre las olas del océano a medio día, la de los trópicos y la de mi linterna, la de la lámpara sobre la mesa, la de los faros piloto y la del farol en la calle: todas se reducen a un mismo misterio que encierra un significado profundo.

Lejos de apartarnos de Dios, la ciencia que busca una explicación y la técnica que aprovecha los servicios de la luz, nos ponen en situación de comprender más la magnanimidad del Creador.

Es la aliada fiel del artista. Le Corbusier decía que: "una casa es ante todo un **espacio y luz**. El espacio no es simplemente volumen construido, es ese mismo volumen penetrado, aclarado, transfigurado por la luz...".

Los hombres de fe, los artistas de la luz, sabían que la Iglesia de la tierra puede jugar con la luz del cielo. Los vitrales de las catedrales son un cielo suspendido, penetrado de luz, que explota en fiesta de colores. Sus matices van desde la paz al ardor de los grandes entusiasmos. Muerte y resurrección se unifican en un gran poema gracias al milagro de la luz.

Ella se identifica con la vida. La mujer "da a luz" su nuevo hijo. Los frutos no maduran sin la luz, aún los que están en el fondo del mar... Las plantas se transforman gracias a la fotogénesis.

La luz es **don de sí**. No se guarda nada, no es luz más que llegando a todo, iluminando todo.

Es verdadera. Bajo su radio de acción la falsedad y el engaño retroceden. Las cosas se revelan tal cual son. Bajo su imperio de nada valen las ficciones y disfraces. La fealdad queda manifiesta: un rostro mal afeitado, unas manos sucias, una ropa desgarrada, una flor marchita...

Es propio del niño temer las tinieblas, mientras que es propio del adulto temer la luz que todo lo descubre...

La luz es alegría. Gracias a ella vemos y apreciamos los colores, la sonrisa del ser amado, el gesto del amigo.

La luz es seguridad en la medida que nos aclara el camino y señala los obstáculos.

Por eso la luz física es imagen de Dios, es un símbolo del Padre y de su presencia invisible. DIOS ES LUZ.

Esta es la noticia que nos viene a traer Cristo. Toda nuestra liturgia está impregnada y poseionada del valor representativo que tiene la luz. Navidad, Epifanía, Pascua, Ascensión, Pentecostés... todas las fiestas hacen una relación esencial al misterio de la luz que se reveló en Cristo.

En Navidad se acostumbraba tener tres misas consecutivas. Eran dichas en tres momentos precisos: medianoche, aurora y mediodía, a fin de mostrar la progresión creciente del Cristo Luz; El, como el sol, quebró las tinieblas de la noche y avanzó hasta resplandecer sobre el universo.

Somos **hijos de la luz** y debemos obrar en consecuencia. La luz nos ha bautizado contra la mentira y

la ficción, contra la opacidad y la irrealidad. Iluminados por ella conocemos bien adónde vamos.

Participamos del combate que se libra en nuestra tierra entre la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira, el respeto a la vida del hermano y el genocidio. . .

Países en la abundancia y países en la miseria; países libres y países subyugados; egoísmo y amor: todo nos está llamado a decidir en contra o a favor de la luz. La dificultad está en que la frontera de ambos bandos no es siempre muy definida. Aún en la misma Iglesia no todo es luz!

Cristo fundó una era de luz, pero los cristianos acumulamos muchas nubes sobre ella, mezclamos el buen grano con la zizaña de nuestros egoísmos. Pero El ya lo había previsto y bajo su luz venceremos también al mundo.

PALABRA DE DIOS

Génesis 1:3s

Salmo 148:3

Dios está en el origen de la luz. El salmista interpela a la luz, como a las demás creaturas y la invita a loar su Creador.

Job 38

Magnífica página inspirada, en la que esa sabiduría creadora de Dios confunde a Job.

I Juan 1:5

Santiago 1:17

Proclamamos al Dios de las luces, vencedor de las tinieblas.

Isaías 60

Dios reservó particularmente su solicitud para nosotros. Nos prepara a la venida de Aquél que será la luz del mundo.

Isaías 9:1

Mateo 4:16

Dios es fiel en sus promesas, la manifestación de su Hijo será como una gran luz.

Habacuc 3:3s

Dios es como la luz resplandeciente.

Job 3:16

Salmo 58:9

Relación estrecha entre luz y vida.

Juan 9:5

Juan 8:12

Cristo es la luz del mundo.

Quien sigue a Cristo no marcha en tinieblas.

Juan 1:4	La luz brilla en medio de las tinieblas.
Hebreos 9:3;22:26	Cristo se aparece a Pablo en una luz resplandeciente.
Lucas 16:8	Debemos elegir entre las tinieblas y la luz.
Juan 12:36	Debemos creer en la Luz para ser hijos de ella.
Apocalipsis 21:23s	Vamos hacia la luz eterna que bañará la Jerusalem celestial.

EL ARBOL

Plantar un árbol es una forma de perdurarse en el tiempo...

Primero fue una semillita pequeña, ese grano que se condenó a pudrirse en la tierra para que surgiera convertido en la maravilla del árbol. "Si el grano no muere no da fruto...". Esta es la gran primera lección del árbol.

Debemos morir a nosotros mismos, a nuestras necesidades egoístas, a nuestro **hombre viejo**, a nuestros caprichos, para convertirnos en una nueva realidad que da fruto abundante.

El árbol, cualquiera sea su forma, siempre es visible. Es como la antorcha de que nos habla el Evan-

gelio, que una vez encendida no puede esconderse. Esa semillita, una vez convertida en árbol es necesariamente visible. Así deberíamos ser los cristianos ante los hombres.

Si Dios es omnipotente para sacar un coloso de esa semillita milimétrica, también puede hacer maravillas con nosotros si se lo permitimos.

El árbol es generoso. Nos da su madera, sus flores y sus frutos. Su tronco se convierte en guitarra y bombo. Tupido o trasparente, grande o chico, da a todos lo que tiene. Si tiene frutos nos los entrega sin dificultad, si sombra nunca rechaza al viajero que descansa aprovechándose de ella. Nunca dice basta. No toma a mal que el leñador haga leña con sus ramas. A todos recibe sin hacer diferencias.

Su presencia es algo fantástico. Algunos se elevan majestuosos, testigos de siglos de historia. Han abrigado bajo sus mismas ramas a los pioneros y más tarde a los trazadores de ciudades. Cometen un salvajismo los que lo rayan o mutilan, escriben o ensucian por mero capricho...

Los que hemos recorrido campos estériles y arenosos sabemos que es necesario a veces más de un siglo para restaurar un humus vegetal. Por eso hemos aprendido a pensar dos veces antes de lanzar un hachazo sobre el árbol.

Para el hombre sigue siendo significativo el dicho: "del árbol caído todos hacen leña!".

Tenemos que aprender a ver. Tenemos esa tediosa costumbre de pegar etiquetas sin ver lo que en realidad son las cosas: "Eso es un bosque, eso es un árbol". Nada nos maravilla. En nuestro inconsciente cal-

culamos y medimos qué utilidad nos reporta, qué interés podemos sacar de ello. Del árbol pensamos: "En invierno no sirve para nada, es un tronco pelado y sus hojas no dan sombra". Sin embargo, si queremos que el árbol nos conceda su secreto de belleza y nobleza, tenemos que saberlo mirar gratuitamente, por él mismo. Entonces durante el invierno los árboles nos revelarán el secreto de su forma esplendorosa: ese esqueleto negro o gris lleno de gracia, vivo y cargado de tanta o más armonía que cuando está coronado por el follaje verde y profuso.

"La belleza en sí misma y por sí misma es ya un verdadero bien, difusivo de sí" escribía el P. Couturier. Con el solo hecho de permanecer bajo nuestra mirada poco a poco el árbol nos impregna de su belleza. Como una música secreta, nos impone su dimensión y sus ritmos.

Tenemos que aprender a ver la belleza e impregnarnos de ella. Antes de juzgar tenemos que mirar largamente, familiarizarnos con ella, domesticarla, como diría el zorro del **Principito**. Generalmente la obra de arte no entrega su secreto al primer golpe de vista.

"Tú me alegras, Señor, por tus obras, exulto en gritos de felicidad delante de las obras de tus manos".

El árbol y los bosques son como una chica que gusta cambiar de vestido y perfume con las estaciones. Así se mantienen siempre nuevos y distintos. Los colores cambian, el follaje está constantemente variando de matices para deleite de nuestros ojos.

Su altura, fortaleza y esbeltez está basada en raíces profundas dentro de la tierra. Cuanto más poderoso y alto más profundas van las raíces. Consciente de su fuerza desafía vientos y tormentas. Puede que un

tifón lo desmantele y quede sólo su tronco limpio, pero nunca triunfa del todo el temporal si al árbol despojado le quedan vivas las raíces... Pacientemente volverá a brotar y echar ramas.

Así el cristiano después de la tormenta, la lucha, las tentaciones o las dificultades. Permanece enraizado en su Dios, en sus principios y valores, su única fuerza a la que está atado tenazmente.

Muchos años son necesarios para que el árbol se fortalezca, crezca y sea útil y hermoso. Miles de lluvias, abonos naturales y savia de la tierra le son necesarios. **Somos como el árbol.** Procedemos de una pequeñísima semilla, como él tenemos infancia, adolescencia, virilidad y vejez... Producimos frutos buenos y malos... Necesitamos de Dios, que trabaja lentamente, en lo oculto, para formarnos verdaderos cristianos.

Podemos cubrir a nuestros hermanos con la sombra de nuestra caridad, de nuestra generosidad; podemos alegrarlos con el frescor de nuestra virtud. Pero también podemos encerrarnos en nosotros mismos y enquistarnos en el egoísmo permaneciendo estériles.

El árbol nos da también una lección profunda. Su copa en el cielo nos dice que debemos lanzarnos hacia lo alto; las raíces profundas de su tronco nos enseñan que esa elevación no es posible si no está basada en un amor profundo y realista. Es la lección que muy bien describe el autor de **Ciudadela**:

"Hay hombres débiles que no pueden superarse. Ponen su felicidad en lo mediocre después de haber asesinado lo más grande que hay en ellos. Se detienen en una posada durante toda su vida. Llamen felici-

dad arrastrarse en torno a sus mezquinas provisiones. Renuncian a oír la voz de Dios, voz que es necesidad, búsqueda y sed indescriptibles. No buscan el sol como los árboles en medio del bosque que jamás lo tendrán almacenado, sino que deben perseguirlo ascendiendo, erguidos como columnas gloriosas, lisas, que brotadas de la tierra se han convertido en fuerza persiguiendo a su Dios".

PALABRA DE DIOS

Génesis 1:11s

El árbol es, a los ojos del hombre, el signo tangible de esa fuerza vital que el Creador derramó en la naturaleza.

Mateo 24:32

A cada primavera el árbol anuncia el renacimiento.

Exodo 15:27

Isaías 41:19

En el desierto árido marca los lugares donde el agua permite la vida.

Daniel 4:9

Alimenta al hombre con sus frutos.

Salmo 1:3

Jeremías 14:6s

El árbol es asimilable al hombre justo que Dios bendice. O al pueblo a quien colma de favores.

Mateo 7:16-20

Lucas 23:31

Hay árboles buenos y malos, que se conocen por los frutos. Lo mismo podemos decir de los hombres.

Génesis 2:9;3:22

Ezequiel 31:1-18

I Pedro 2:24

A partir de su significación general, el simbolismo del árbol se desarrolla en tres direcciones bíblicas: el árbol de la Vida, el árbol del Reino de Dios, el árbol de la Cruz.

Job 14:2

El árbol conserva una esperanza, una vez cortado puede renacer todavía.

LA MADERA

Si ya meditamos sobre el árbol, hacerlo sobre la madera no es una repetición. El árbol tiene una significación propia y distinta a la de la madera. Una vez convertido en leña renace a una vida nueva y diferente de la que tenía cuando bien enraizado se levantaba erguido en medio del bosque o la Pampa.

El hombre dio a la madera una historia y una realidad muy significativa utilizándola desde su aparición. La ligó a los momentos más íntimos de su vida y a los momentos más grandes de su historia.

Desde los utensilios más primitivos de nuestra prehistoria y la aparición revolucionaria del fuego, hasta la que sirve para construir las maquetas de las cápsulas tripuladas por los astronautas.

Leemos en el Génesis que Dios manda a Noé utilizar madera resinosa para la construcción del arca que debía salvar a la humanidad del diluvio. La madera pasa a ser también un **símbolo de la salvación del hombre**. Corre por los siglos hasta estatificarse en un leño especial, ese que creció en Palestina y sostuvo a Cristo, ese que florece todavía hoy en mil cruces por todo el mundo: en catedrales, hospitales, en las cabeceiras de las camas, en los escritorios... cual otro bosque en medio de nuestras ciudades.

Los mejores artesanos de Israel, siguiendo el mandato de Yahvé, utilizaron planchas de acacia para construir su Tabernáculo.

Jesús mismo, Dios hecho hombre, eligió el hogar de un carpintero para participar en su vida terrestre de la lucha en el mundo. Como si quien trabajase la madera fuera todo un símbolo del esfuerzo humano. Y hasta quiso trabajar la madera como indicando tener así carta de ciudadanía en nuestra tierra. Conoció sus cualidades y posibilidades. Sabía distinguirlas bien y sus formas toscas iban adquiriendo líneas armoniosas entre sus manos hábiles. Mil veces desplegó ante sus clientes trabajos terminados, como todo experto en el oficio. La madera servía en sus manos y Cristo servía con sus manos a los hombres. No por mera coincidencia murió clavado a ella para salvarnos.

Si el tiempo y exclusividad de la madera ha quedado muy atrás en la hora del átomo desintegrado, no por eso ha dejado de ser un fiel servicio.

Si para muchos la madera ya no tiene más valor que la de una mercadería que se compra en esteras o en calorías, que se cuenta en metros cuadrados o cúbicos bajo la hoja de la sierra sin fin, no por eso deja

de ser un don patente de Dios. Tan directo como la luz del sol. El es quien la hace brotar en los inmensos bosques y sólo a sus leyes obedece, desde la celulita que se convierte en semilla, hasta el tronco que navega por el río al aserradero.

No la conocen esos hijos de una civilización artificial que se apuran a esconderla detrás de una capa de material plastificado o de pintura. La creen un material de segunda categoría, un material muerto, de siglos pasados.

Para sus amigos, esos que conocen sus mil rostros, que penetraron su corazón y su vestido majestuoso de vetas onduladas, sus cualidades y servicios, es una posibilidad de cien milagros. Es la creación a su alcance.

Hay gran diferencia entre el concepto de **leña** y el de **madera**. Pero el servicio que ambas prestan es idéntico. Tenemos la leña que se convierte en fuego y calor, en luz y energía, en vida. Tenemos la madera de la puerta, de la mesa que sostiene mis horas de trabajo intelectual y el pan del almuerzo, sin crepitar, sin moverse, fiel como una vieja amistad. La del bastón del anciano, compañero de su vejez, la del andamio para levantar el rasca-cielos, la de la muleta de los lisiados, la del respaldo de mi silla, la del ataúd con que me confundiré y me llevará de nuevo a la tierra para esperar la resurrección final.

La madera de Quebracho es un símbolo de nuestra campaña. Madera noble, de corazón pesado, fiel para trasfogear. Resistente al filo del hacha y servicio que se convierte en ruedas y ejes de la carreta, en piques para aguantar los potros, en nervaduras del ran-

cho. Si una vez fue arado hoy es imagen del criollo trabajador y resistente, generoso y servicial.

La leña es el servicio por excelencia. Muere en el fuego para darnos calor y vida. No traiciona pero exige que la sepamos tratar. La única manera de dominar la naturaleza es respetando sus leyes.

Y más allá de la técnica y la utilidad está la admiración... Ese saber gustar las formas y la fragancia de su realidad seca o resinosa. Ese descubrir y participar de su lección.

Sobre ella, y sólo sobre ella, quiso morir Cristo. Parecería como si desde ese momento, la madera se hubiese hecho cristiana, casi sagrada. Desde que existe el Calvario, la madera nos debería hacer acordar de El. Lo cantamos en la liturgia del Viernes Santo con toda convicción, pero lo olvidamos fácilmente cuando cruje en las ramas de nuestro fogón durante el campamento, o en los corredores y escaleras de una vieja casa.

¿Por qué buscar los dones del Señor tan lejos, en el abstracto de las teorías, cuando los uso y los tengo tan cerca?, se preguntaba el P. Charles. Ella ocupaba la mente de Cristo cuando hablaba a las mujeres de Jerusalén sobre el tronco verde y el seco mientras cargaba el leño que le facilitaría la Redención. Y en momentos no tan trascendentales también se acordó de ella juntando algunos tronquitos para cocinar unos pescados después de haber resucitado.

Es mensajera de las cabañas que protegen del frío, la lluvia o las bestias en la selva, en la cordillera o en los montes. En los trópicos del Amazonas, en los bosques del Canadá, en las selvas de Africa..., todo

rincón de la Tierra acusa su presencia en formas familiares y peculiares.

Majestuosa en los mástiles de los grandes veleros, en las carabelas que llegaron al Nuevo Mundo, o humilde y callada —testigo y sufrida compañera de la injusticia y el egoísmo— en las chozas de los morros, cuna de "favelas".

Nunca seremos lo bastante atentos al lenguaje de la madera, se necesita una vida en su compañía!



PALABRA DE DIOS

Jeremías 22:14

Deuteronomio 21:22 Desde antaño el hombre consideró la madera como instrumento precioso, esencial para la vida y el progreso.

Isaías 9:6

El Sicómoro era la madera más usual y práctica en Palestina.

I Reyes 6:23

Isaías 37:24

Ezequiel 27:5

El pino, el ciprés y el roble eran maderas superiores y consecuentemente más raras. La Biblia nos habla de todas ellas.

II Samuel 5:11

I Reyes 5:6

David y Salomón, grandes apreciadores de la capacidad de la madera, importaron carpinteros de Tiro.

II Reyes 12:12;24:14 Los israelitas aprendieron luego a manejar la madera con maestría y fueron grandes carpinteros.

Deuteronomio 10:3 El arca de Yahvé estaba tallada con madera de acacia.

Hechos 5:30;10:39

I Pedro 2:24

Los cristianos usaron la palabra **madero** para designar la cruz de Jesús, uso que se vuelve común en la literatura cristiana posterior.

Apocalipsis 22:2;
14:19

El autor ve a través de esa "madera" salvadora al madero de la Vida.

LA FLOR

Esconde un secreto que sólo las almas simples son capaces de descubrir. Porque todo depende de la actitud con que nos acercamos a ella. Hay que ser muy simple y amante para que se nos abra y nos cuente de su tesoro.

Ni el esteta que sólo ve colores y líneas, ni el botánico que descompone su ser en gametos, estambres, ovarios superiores o inferiores, hojas dentadas o aserradas... llegan a tocar su esencia.

Todo eso es valioso e importante, pero **lo esencial es mirarlas sencillamente**. Tal como están asociadas a nuestras vidas y el sentido profundo que nos ayudan a darle.

Cristo nos invitó a detenernos sin impaciencia ante las flores del campo, contemplar su belleza, "más deslumbrante que todo el vestuario de Salomón" y descubrir su secreto.

Es lo que aprendió el **Principito** con su flor. Esa que lo domesticó y dio sentido a su vida. Por eso decía que los hombres cultivan mil rosas en un mismo jardín... y no encuentran lo que buscan. Y sin embargo lo que buscan se puede encontrar en una sola rosa. No encuentran porque los ojos están ciegos. **Hay que buscar con el corazón.** Tenemos que aprender a ver con el corazón. Toda la realidad cambia y adquiere un ser mucho más esencial.

Lo que es importante, eso no se ve con los ojos..., nos sigue enseñando el Principito a propósito de la flor. "Si amas una flor que se encuentra en una estrella, es dulce, a la noche, mirar el cielo. Todas las estrellas han florecido".

Pero el secreto fundamental es que al ser domesticados por la flor, **nos sentiremos responsables de ella.** El que no llega a esto no ha descubierto todavía el secreto de la flor.

En su fragilidad son las niñas mimadas del Creador. El las ha querido bellas y limpias, llenas de vida. Nos hablan de muchas cosas. San Ignacio, anciano ya, las tocaba con la punta de su bastón y les decía: "Callad, callad, ya sé de qué me habláis"!

En la aberración de las FLORES ARTIFICIALES vemos, por contraste, cuál es el secreto de la flor. La artificial es durable y sólida. No necesita cuidado ninguno. No necesita agua, no tiene sed... Después de la fiesta se la guarda en un armario, sirve para cualquier

vulgar oportunidad, basta plumearla un poco. Son "económicas" dirá quien es incapaz de ver con el corazón. Pero toda la economía y la fantasía se derrumba cuando nos acercamos a ella y vemos que bajo meras apariencias de engañosa hermosura y realidad, todo es falsedad y por lo tanto: fealdad.

El tallo de alambre y los pétalos de plástico pronto nos indignan. ¿Por qué?. ¿Dónde está la superioridad y diferencia de la flor natural sobre la artificial?. La verdadera respuesta no es que las primeras sean vivas, nos dice el P. Charles, sino que **son mortales**. Las que no mueren pueden "prestarse" para la fiesta, están ausentes a ella. Pero únicamente las que mueren se pueden "dar" y entregar plenamente. Es su agonía lo que ofrecen, después de cortadas, sin poder ser otra vez ellas mismas.

Y porque mueren, pasan a identificarse con todo lo que es vital en nuestra tierra. Con el día que pasa y con el hombre que muere antes de resucitar a una nueva vida. Ellas le acompañarán sobre su tumba como el más fiel testimonio de la mutación que le espera.

En la flor nos encontramos; nos relata nuestra propia historia en términos de belleza, decía el mismo P. Charles.

Su gloria es su fragilidad, su vida que no se puede repetir dos veces. Es imagen de una fidelidad absoluta, de una amistad hasta la muerte.

Siempre me impresionó esa florcita blanca de los Andes del Sur. Crece arriba de los 1.500 metros, sola en el gris infecundo de la roca. Es una sorpresa indescriptible para el montañero que en el recodo de la pared se la ve aparecer. A veces para no dañarla, por-

que ha nacido y florece en donde está la mejor toma para el paso siguiente, nos obliga a un doble esfuerzo. Es el agradecimiento a su belleza y delicadeza donde todo parece agreste e inhóspito. Nos llena el corazón con su sonrisa secreta. Ama las alturas, pero no las alturas vulgares, accesibles a todos. Nace en las grietas rocosas, al borde del precipicio, ama el sol. Es el símbolo de la alta montaña.

Más que la flor de superficie, nos impresiona por LA PUREZA. ¿Será por el contraste con el resto del panorama? Pureza quiere decir cumbres, sol, desafío, victoria y alegría. Es la virtud de las almas fuertes. La florcita de la montaña nos grita todo eso. Brota entre las asperezas con gran sacrificio, soleada por una fuerte voluntad, pero es todo humildad. Su luminosidad es casi una oración profunda. Y allí está ella, esperando que la alcancemos para poder alabar al Creador con nuestra voz.

"Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios".

El racimo de flores que junto para llevar a un enfermo, o que el enamorado lleva a su amada, encarna la prueba de que el pensamiento en esa persona se ha adelantado a la visita. Y la satisfacción refulgente en los ojos y el corazón delante de esas formas y esos colores vivos, animan y transforman el cuadro estático hasta ese momento.

Un mundo sin flores sería un mundo serio y triste. Un mundo sin vida. Como esas fotografías que hemos visto de la luna. Las necesitamos para dar un sentido nuevo a nuestra existencia. Una casa sin flores es una casa muerta. El cuadro austero y despojado de esas

viejas abadías benedictinas queda milagrosamente transformado cuando se introduce en él algunas flores primaverales que expresan el júbilo y la alegría pascual.

Tengo que ser como la flor, que da su tiempo y su vida sin una queja, con alegría, casi podríamos decir con amor. Ser una flor en nuestra sociedad seria y demasiado preocupada por cosas que considera importantes. No tiene tiempo para la lección de la flor. Soy flor cuando doy mi tiempo a los demás. Esos minutos que no recuperaré jamás pero que en su pasar me revisten de una esencia nueva y profunda. Todos los minutos que, olvidado de mí mismo, dedico a escuchar a otro, a consolar, a dar una mano en la construcción de algo, a sanar...

Y nuestra muerte tendrá sentido a la luz de la lección que nos está cantando la flor. Casi no necesitará de ellas porque se habrá convertido en flor. Como los mártires, cuyo valor está más allá de todos los sufrimientos físicos. Está en aceptar morir prematuramente; sacrificar por el Creador los días que hubiese tenido para vivir.

PALABRA DE DIOS

Cant. de los Cant.
2:12

Las flores que anuncian la primavera son símbolo de salvación.

Salmo 103:5

Job 14:2

Isaías 40:6-8

La fragilidad y transitoriedad de la flor es imagen de nuestra vida.

Isaías 28:1

Samaria tenía la flor por símbolo. Sobre ella recaen las maldiciones cuando orgullosamente se rebela ante Dios.

Exodo 25:31;37:17

La flor, como símbolo significativo, adornaba los candelabros del Templo.

I Reyes 6:18s

También era el adorno típico de las puertas y paneles del Templo.

Lucas 12:27

Cristo nos invita a contemplar las flores del campo. La providencia del Padre cuida de ellas. También de nosotros si tenemos fe incondicional y confianza.

LA PIEDRA

¿Qué más ordinario que la piedra?

Pasamos junto a ella las más de las veces inconscientemente. La tiramos al lago para hacer "zapitos". Al borde del mar sólo nos interesan sus grietas cuando buscamos mejillones o cangrejos y la maldecimos cuando se nos cae en un pie o nos aprieta un dedo... Rara vez nos preocupamos de penetrar su sentido y secreto.

Humilde creatura, es multitud, a disposición del primer llegado. El niño la utiliza para entretenerse en sus juegos de fantasía; el adolescente la pone en su honda y se siente el más grande de los cazadores, o la lleva a la represa que construye sobre el riachuelo; el

hombre la talla a su voluntad para doblegarla a sus necesidades.

La tierra, sobre la que nacemos, vivimos y morimos está formada por una inmensa capa pétreo, que han formado pacientemente miles de siglos de historia y aluviones.

Qué maravilla realizó el hombre, mezclando su pensamiento con la piedra!. Desde la época paleolítica en que la usó para sus utensilios y armas, para generar fuego y refugiarse a su abrigo en las grandes grutas, hasta los que lanzaron al cielo esas impresionantes torres de las catedrales que llaman a la oración.

En la Edad Media cada piedra era tallada y transportada a brazo de hombre hasta las cimas de las torres y campanarios... Con esas piedritas sencillas, hoy mezcladas al cemento, somos capaces de construir un mundo de rascacielos.

Gracias a ellas nos desplazamos sin ninguna dificultad por las autopistas a velocidades cada vez mayores. Los trenes pasan en todas direcciones sobre las vías asentadas en balastro.

Los ingenieros han dominado con ella inmensas corrientes de agua convirtiéndolas en energía. Los arquitectos de todas las épocas conocieron sus gracias y los artistas las convirtieron en formas que dan vida a su materia inerte.

Ser hombre, decía Saint Exupéry, es sentir, al colocar su piedra, que se está contribuyendo a construir el mundo.

Por más pequeña que sea la piedrita que ponemos en el edificio de nuestra civilización, sabemos que estamos construyendo un mundo que ahora es un poquito mejor de como lo encontramos.

Las piedras se revisten de la significación que nosotros queramos darles. Son dóciles a nuestra voluntad. "Se muere por una catedral, no por un montón de piedras", dice el mismo Saint-Ex. Una catedral es algo totalmente distinto a un conjunto de piedras. No son las piedras quienes la definen, es ella la que enriquece las piedras con su propia significación. Esas piedras se ennoblecen al ser piedras de una catedral. Las piedras más diversas sirven a su unidad.

Cada piedra **ocupa un lugar esencial** en el edificio. Lugar oculto, cotidiano, pero esencial...

Decir piedra es decir firmeza. Da firmeza al camino cuando llueve, es sufrida, sirvió siempre al hombre —bien lo sabía David cuando mata al gigante prepotente Goliath con la piedrita del torrente "que Dios mismo había elegido", según dice la canción.

El calor no la disgrega como al barro, sino que la hace más compacta. El agua no la ablanda sino que la pule.

Ella nos habla de muchas cosas. De sus virtudes deberíamos aprender el carácter: esa cualidad humana que no se ablanda con el calor insinuante de la comodidad o la voluptuosidad; que no se reblandece con el sentimentalismo malsano y fácil que corroe todas las decisiones fuertes.

Como la piedra deberíamos servir desinteresadamente a todos los que nos necesitan. Servicio sufrido pero responsable y duradero.

Ser como la piedra es tener una voluntad que vive una idea, una sola, pero capaz de transformar el mundo. No son muchos los hombres de carácter en nuestra civilización. Quien se lo ha formado sabe de luchas cotidianas, minuto a minuto, contra sí mismo, con-

tra acontecimientos adversos, contra el dejarse arrastrar por la corriente, esa que es dirigida por la propaganda, por los débiles, por los que creen triunfar en la facilidad del éxito superficial.

¿Cómo extrañarnos que el Pueblo de Dios al que pertenecemos haya encontrado en la piedra una imagen sumamente rica que expresa admirablemente bien sus sentimientos simples y fuertes?

La roca, por su solidez, su elevación e inexpugnabilidad, era imagen del REFUGIO ante los enemigos, **imagen de Dios**. Dios era la roca de Israel, firme e invencible protección.

Los cristianos vieron en Cristo esa **piedra angular** que los constructores habían despreciado. Para San Pablo era **la roca viva** de la que sale agua abundante, como la del desierto cuando bajo la orden de Moisés calmó la sed del pueblo.

Cristo mismo era conocedor de las piedras y rocas de Palestina, ellas le proporcionaron ese simbolismo esencial sobre el que basó la esencia de la Iglesia. Pedro y sus sucesores son la roca donde se asienta.

Los mismos cristianos somos una piedra viva que se engarza en el edificio de la Iglesia.

EL ALTAR de piedra, mesa del sacrificio, es también el centro de la asamblea, el lugar de su unidad, a su alrededor todos forman un solo cuerpo. Por su masa soldada sólidamente a la tierra expresa cómo Cristo se encarnó en toda la naturaleza humana para asumir en El nuestro universo caído por el pecado. Sobre la piedra del altar, piedra sobre la que se sacrificaban los animales sagrados, pero para nosotros también **mesa** del banquete donde se significa el amor y

la unidad, es el lugar donde se realiza el Sacrificio del Señor, muerto y resucitado.

Conscientes de la realidad que tiene la piedra en nuestras vidas, esa que pisamos, esa que usamos para sostener la parrilla en el fogón o la que nos sirve de agarradero para trepar la montaña, esa piedra sólida, durable y que pesa, debe estar siempre presente en nuestro espíritu.

Debemos penetrar su significado como lo hicieron los hombres de todas las épocas. Que nuestra civilización no nos aleje del sentido que tienen todas estas cosas simples, sino que nos haga ir más allá y descubrir su secreto siempre nuevo.

PALABRA DE DIOS

Génesis 31:44-49

La piedra es un memorial y signo de Alianza.

Josué 8:29

II Samuel 18:17

Sirve para perpetuar el recuerdo de los seres queridos fallecidos.

Josué 4:20-24;24:26

La piedra sirve para recordar la Alianza entre Dios y su pueblo.

Exodo 24:12

La Ley de la Alianza está escrita sobre tablas de piedra.

Exodo 11:19

Es símbolo del corazón endurecido y frío.

Salmo 124:137:2

El salmista invoca a Dios como la roca de Israel.

I Corintios 10:4

En aquella roca del desierto de la que Moisés hizo salir agua, Pablo vio a Cristo que hace salir de sí mismo, el agua salvífica.

Juan 19:34;7:37

Juan parecería tener en la mente la misma idea de Pablo.

Mateo 21:42

Efesios 2:20s

Mateo 16:18

Cristo es la Piedra Angular.

Pedro y sus sucesores son la piedra en la que se asienta la Iglesia de Cristo.

I Pedro 2:4s

Los cristianos también somos piedras vivas del edificio espiritual.

Tobías 13:16s

Apocalipsis 21:10s

Las piedras preciosas que formarán la ciudad santa indican la transformación gloriosa que espera la nueva Jerusalén.

LA MONTAÑA

Se eleva y domina gigantesca. Como si fuese consciente de su mole nada teme. Desafía los vientos y los rayos, las tormentas de nieve y los calores sofocantes.

Ante su tamaño nos sentimos infinitamente pequeños. Sólo los hombres de gran coraje se pueden medir con ella y superarla en grandeza.

Sus impresionantes líneas verticales producen en nosotros un efecto totalmente diferente al del horizonte y el mar. Su altura **nos eleva**, el poder y la inmensidad de su mole vence y hace levantar nuestras mentes hacia su Creador. Las riquezas visibles u ocultas en sus laderas suscitan curiosidad y admiración.

Es testigo silencioso de los siglos que la han acunado entre vientos y lluvias. Los elementos jugaron

con ella afilando sus aristas y dibujando formas de indescriptibles características.

El sol, al ir cambiando de altura, la convierte en un prisma de mil colores sólo gozados por los valientes que se aventuran por sus paredes.

Para subir a ella hay que tener mentalidad de conquistador. Son necesarios buenos músculos e ideales audaces. No ha sido hecha para los débiles, para los corazones pusilánimes ni para los comodones o burgueses de nuestras ciudades. Esos que no tienen más horizonte que el facilitado por las pantallas de cine...

La montaña no se conquista desde una butaca o con una Coca-Cola delante del televisor. Es para los valientes, esos de la raza de los Herzog, Terray, de los Tensing y los Hillary. Esos que sienten el impulso de la audacia, la nostalgia de las alturas, el odio a los horizontes asfixiantes y pequeños del burgués.

La montaña es un constante desafío para el hombre que vale. ¿Qué busca el montañista en su cima? Si le hacemos esta pregunta al que viene bajando orgulloso de las alturas conquistadas quizás no nos sabrá responder. Es tanto lo que ha encontrado y tan difícil de expresar que nos mirará sonriente y nos invitará a realizar la experiencia.

Ante todo sentirá que ha vuelto de las cimas sintiéndose **más hombre** y ennoblecido. Ese es el gran secreto que encierra en su corazón que ahora late fuerte y parejo.

Ha conocido un poco más nuestra tierra, esa que él ama profundamente, con sus indescriptibles paisajes y bellezas inaccesibles.

Es esa energía espiritual oculta y que palpita en todas sus fibras quien lo ha impulsado a un esfuerzo que para muchos aparece como gratuito e inútil, pero que para él es un medirse y vencer los terrores que inspira la materia inanimada —como decía Pío XI, el Papa alpinista. Ha sido capaz de medir su facultad más propia, la de una voluntad potente e inteligente, con la resistencia de los elementos brutales librados a sí mismos.

Ha escrutado los misterios de la creación con el sentido genuino de realeza que tiene el hombre sobre ella. Se ha emparentado con el Infinito en la soledad de las cimas, donde el aire liviano y puro impregnando sus pulmones le hizo sentirse abrazando el mundo a sus pies con la sola mirada.

Ha comprendido que para captar plenamente el lenguaje de la naturaleza —de la materia— y no adorarla por sí misma, es necesario **purificar el corazón** y aceptar con humildad nuestros límites. Se ha sentido fortalecido para enfrentar los deberes más arduos de la existencia.

Por eso, el vulgar turista de autobús y aerocarril nunca alcanzará esa plenitud, esa alegría del montañero que llega a la cumbre agotado y sudoroso por el esfuerzo, el sol y la sed: ingredientes imprescindibles para que luego, perdido entre las nieves imponentes y silenciosas, casi tocando un cielo azul profundo y luminoso, oiga el canto que la tierra eleva a su Dios.

Es el momento en que todo cobra un sentido nuevo, se reviste de un gusto inaccesible para quien sólo contempla desde la reposera en el balcón de la hostería sin decidirse a trepar.

Y el santo ¿no, es acaso una montaña? Una montaña grande y generosa que atrae sobre sí las alegrías y los odios al igual que la Iglesia.

Desde el día que Ella surgió, cubierta de sangre y salpicada de agua, del corazón herido de Cristo, ha sido odiada y amada, admirada y despreciada por los débiles, los que sólo contemplan cómodamente instalados en el valle. Ella es esa roca asentada sobre la tierra pero cuya cima se abraza con el cielo.

Muchos acontecimientos importantes de nuestro cristianismo sucedieron en la montaña: en el monte Horeb la zarza ardiendo; en el Sinai las tablas de la ley; en el monte Sión Dios establece la realeza de David: símbolos de Jesucristo y la Iglesia. El sermón de la Montaña es sólo para los que siguen a Cristo hasta la cima, el Tabor es símbolo de lo que será la nueva Tierra y el Calvario elevó a Cristo como señal de contradicción desde donde redimió hasta el último átomo de la creación.

Ese mismo Jesús es el que acostumbraba retirarse a las montañas para orar, como si ellas fuesen el lugar privilegiado para el encuentro con el Padre.

Los doctores de la Iglesia nos enseñan que la montaña es, en las Escrituras, el símbolo del Hijo de Dios. Tenemos la visión del profeta Daniel: "La Piedra extraída sin el auxilio de las manos se volvió una montaña grande que cubrió la tierra entera". Esa montaña es Cristo. Es también la Iglesia cuyo fundamento es el mismo Salvador.

La atracción de las cimas tiene su raíz en el corazón del hombre, que está hecho para los grandes horizontes y la superación de las dificultades. Si nuestra tierra no tuviese montañas tendríamos que crearlas para satisfacer esa sed de lo grande, del más allá.

PALABRA DE DIOS

I Reyes 20:23-28

Yahvé es el "Dios de las montañas" (El-Shadday).

Salmo 36:7

La montaña es estable, no pasa, como la fidelidad de Yahvé.

Salmo 90:2

La montaña no debe ser divinizada porque Dios ya existía antes que ella.

Daniel 3:75

Salmo 148:9

Que las montañas bendigan al Señor.

Exodo 3:1-5

Horeb, "la montaña de Dios", es un lugar de revelación por excelencia, donde fué llamado Moisés. Dios la santificó por el don de su Ley (Exodo 24:12-18) y la presencia de su gloria.

Salmo 2:6

Dios instaló su reino sobre Sión, su montaña santa.

Isaías 2:2s

La montaña de la casa de Yahvé será instalada sobre todas las demás montañas.

Mateo 14:23

Lucas 6:12;9:28

Jesús gustaba retirarse a la montaña para orar.

Lucas 2:42

Para Lucas la **subida** a Jerusalén representa el camino de la gloria por la cruz.

LA NIEVE

La vemos caer en copos, suavemente y en forma pareja. Poco a poco va cubriendo toda la superficie. Empareja los desniveles. Todo lo transforma en blancura y cubre las manchas que desentonan con el paisaje.

Después de la nevada el panorama es completamente diferente. Los árboles adquieren un aspecto casi irreal, la tierra suaviza sus líneas agudas y la piedra parece perder sus aristas.

Hace mullido el suelo bajo los pies del caminante, da al alma un sentimiento de paz y tranquilidad.

Cuando la tormenta y el viento acusan su presencia esa misma nieve se puede convertir en algo

cruel, puede traer la muerte en sus alforjas. Azota el rostro, ciega la vista, borra las pistas...

El copo de nieve es un mundo de maravillas. Si lo miramos al microscopio nos damos cuenta que está formado por millares de cristales unidos simétricamente en formas fantásticas.

Agujas y prismas se unen en una melodía de reflejos formando ese copo que es una perfección de la naturaleza. Acumulados por millones sobre la montaña o el campo, cuando el sol brilla en el cielo despejado y azul profundo, la nieve es capaz de producir una fiesta de luces. Su blancura puede llegar a ser tan intensa que no podemos fijar la vista en ella. Necesitamos filtrarla para que no nos dañe.

Sobre ella la menor mancha se ve a la distancia.

Cuando caminamos sobre la nieve virgen sabemos que la mejor actitud es seguir un solo trazo. Sea con skis o zapatos, cada uno pone el pie en la huella trazada por el primero. Hay que seguir la pista, la buena pista. Sabemos lo que cuesta levantarse luego de una caída. Cuando la nieve es profunda los pasos se hacen costosos, los pies tienen que estar bien protegidos para no congelarse. Sabiendo respetar sus leyes se convierte en alfombra real.

No es como el glaciar. Horizontal o fuertemente inclinado, es siempre peligroso atravesarlo. Es árido como piedra pómez, infecundo como la roca, peligroso como el fuego.

Es frío..., no tiene el atractivo de esas superficies nevadas, en las que el pie se hunde penetrando la capa blanda y se detiene firme. El glaciar interrumpe los caminos, aunque sea poco profundo y extenso.

Si el glaciar es la imagen triste del hombre duro y frío, en el que todo se desliza y nada tiene sentido... la nieve nos habla del que camina, con paso firme y lento, sin detenerse para no helarse.

El glaciar nos hace pensar, a pesar de lo dicho, en una belleza especial. No podemos dejar de admirarlo en sus líneas definidas y su aspecto es brillantemente agresivo. Es una belleza varonil.

Pero, ¿cómo decir nieve y no pensar en otra blancura inmaculada, en una belleza pacífica y penetrante: LA PUREZA?

A través de toda nuestra historia la nieve ha sido considerada como expresión de pureza, de limpieza y autenticidad.

Ojalá que cada vez que la contemplemos nos eleve a un estado superior, nos golpee la mente con su brillantez y nos ayude a reflexionar sobre nuestro estado actual y lo que nos falta para adquirir esa blancura inmaculada.

PALABRA DE DIOS

Job 37:6:38:22

Salmo 147:16

La nieve es enviada por Dios.

Isaías 1:18

Salmo 51:9

Estar "blanco como la nieve" es la expresión común para indicar el perdón de los pecados.

Mateo 28:3

Apocalipsis 1:14

La blancura de la nieve en la Escritura indica la pureza.

Jeremías 18:14

Las nieves perpetuas del Hermón se comparan a los hábitos profundamente enraizados.

Proverbios 26:1

Honrar al necio es como nieve que se funde en el verano.

Proverbios 31:21

Quien está bien equipado para el frío no teme la nieve.

Salmo 50:9

El salmista pide a Dios que lo purifique y haga blanco como la nieve.

EL VIENTO

No se sabe de dónde viene ni adónde va. Es como el ESPIRITU. Mensajero de otras tierras, todo lo penetra. Le basta una pequeñísima grieta para infiltrarse silbando, pasa y hace sentir su acción, para bien o para mal. A veces refresca cuando todo es calor bochornoso, pero también sabe congelar y destruir a su paso.

El viento no se detiene, las palabras viento y quietud se repelen. Siempre sopla, ya sea con la furia del temporal o con la suavidad de la briza mañanera. Sacude la cima de los grandes eucaliptus y acaricia los campos de trigo cuando se pone amable.

Su murmullo solemne y simple ya casi no penetra en nuestro interior porque nuestros sentidos han

sido tapados y defendidos por una civilización que se distancia de la natural.

Desde que el motor brama en el casco de los barcos ya nadie se ocupa de buscar los "vientos favorables". Hoy es un lujo navegar a vela o deslizarse entre las brisas con el planeador. Ha quedado lejos el viejo **lobo de mar**, legendario aliado del viento y conocedor de todas sus mañas.

Sin embargo en nuestras campañas todavía se ven algunos molinetes de viento para generar electricidad o sacar agua del pozo. El criollo todavía está atento al viento y depende de él. Sabe cuando tiene que desconectar su molino porque el viento es demasiado fuerte. Sabe lo que significan las "calmas" y los estragos que produce. Sabe de las "sudestadas" y lo que anuncian, sabe que el "viento norte" es generalmente poco amigo y se hace sentir en su trabajo cotidiano.

El viento, antes de ser un **fenómeno meteorológico** estudiado y clasificado por los meteorólogos, es el producto de unas manos creadoras, esas de las que surgió toda la creación y el viento como una consecuencia. "Causa segunda" lo llamarán los filósofos.

Hoy quiero mirar al viento en cristiano. No lo podemos endiosar como el hombre primitivo porque conocemos muy bien su origen, pero podemos sacar mucho provecho de su lección. El viento participa de esa "sacramentalidad" del mundo. Todo tiene un significado y nos sirve de imagen preciosa para otras realidades.

El viento es comunicativo: con su movimiento comunica actividad a todo lo que toca a su paso. La mejor imagen que encontró el autor del Genesis para ha-

blarnos de la creación del hombre es la de Dios llamándolo a la vida con un soplo.

El viento es universal. no se detiene ante ninguna frontera política, nadie puede "enlatarlo" o dominar su fuente. Todo lo abarca, no pasa distraído, todo es importante para él y no olvida ni la más pequeña flor.

Poco a poco hemos aprendido a conocerlo de antemano. Lo anunciamos antes de que llegue en los partes meteorológicos y le podemos seguir la huella. Los satélites están siempre velando sobre él y no es extraño que pronto lleguemos a domesticarlo, pero no por esto el viento deja de hablarnos de muchas cosas con su voz volátil.

Es imagen de la Gracia. Todo lo penetra, sólo levantando voluntariamente un muro de cemento le podemos desviar.

Es portador de vida cuando lleva el polen en sus alas y fecunda árboles y flores.

Su radio de acción es amplio, no se ahoga —como nosotros a veces— en un vaso de agua... Como él, debemos penetrar profundamente en todo lo que nos rodea. No podemos ser unos vacíos indiferentes a la vida que corre a nuestro alrededor.

Siempre sigue siendo misterioso. Imagen del misterio eterno, vientos de las cimas nevadas y de los trigales pacíficos, de las tempestades marinas y de las arenas desérticas, el de los tifones devastadores y el que acaricia nuestras mejillas y mece las margaritas del jardín.

Entre el Creador y su creatura no hay distancia, no hay abismo; está cerca mío, está cerca de su vien-

to. Lo emplea para manifestarse y si somos atentos a su mensaje encontraremos en la potencia del viento Su potencia, y en la brisa la caricia del Señor.

Es importante **ser como el viento**: agitar, sacudir, desarraigar y elevar a lo alto. Como la brisa que aparece sobre el mar tranquilo y saca de su corazón inmensas olas. Bien lo conocen y temen los marinos y pescadores. Deberíamos tener siempre ese dinamismo de la acción, el impulso del entusiasmo y de la entrega.

Nuestro radio de acción debe ser amplio, nunca debería restringirse a un pequeño círculo cerrado de amistades. Debe penetrar en todos los que se cruzan en mi camino..

Debemos ser el viento que empuja y alienta a todos, viento que quita el polvo de la rutina y de la derrota, viento que refresca al extenuado, que pulveriza el egoísmo echándolo lejos, la sensualidad y todo lo que diga "acomodarse" o "pasarla bien...".

Como el del viento, todos deberían sentir en una forma u otra mi influjo.

PALABRA DE DIOS

Amós 4:13

Salmo 103:4

Salmo 104:30

Génesis 1:2

Isaías 41:29

Oseas 8:7

Oseas 12:2

Oseas 13:15

Jeremías 18:17

Juan 3:8

Hebreos 1:7

Lucas 8:22

Hechos 2:2

El viento fué creado por Dios.

Dios envía su soplo creador y la faz de la Tierra queda renovada. El viento dominaba sobre las aguas recién creadas.

Los ídolos de los paganos son como viento y vacío.

Siembra vientos y cosecharás tempestades...

El viento que quema simboliza la invasión asiria.

Dios utiliza el viento para devastar a sus enemigos.

Cuando Israel olvide a Yahvé, lo dispersará ante sus enemigos como el viento de Oriente.

El viento fresco de la noche oriental acariciaba las hojas de los árboles cuando Jesús le dijo a Nicodemo que es imagen de quien ha nacido del Espíritu.

El autor compara a los ángeles con el viento potente.

Cristo conoció la brusca ventisca en el lago Genezaret. Lo manda con su voz; le habla como a una persona.

Afinidad entre Espíritu y viento, la misma palabra significa "espíritu" y "soplo".

EL AGUA

El agua del grifo, tibia y domesticada; agua del lago, profunda misteriosa; agua que canta en las rocas del torrente; agua límpida de la fuente; agua de las lluvias que transforman los campos y forman el barro o la inundación; aguas del mar que ocultan un mundo submarino; agua que sana nuestra enfermedad y sacia nuestra sed; agua que ahoga y mata...

Estamos demasiado acostumbrados a la realidad del agua. Desde que la domesticamos con nuestra técnica y la industrialización, se nos convirtió en algo común y banal. Su presencia es exigida sin ser valorada. Está demasiado cerca nuestro. Basta abrir la canilla, usar una ducha o ver las cañerías, para que su misterio quede esfumado.

Mientras los químicos no la descompusieron y encerraron en la formulita H_2O , formaba parte de aquellos famosos cuatro elementos fundamentales.

En nuestras ciudades estamos lejos del aire ardiente del trópico o de la sequedad del desierto. Un vaso de agua fresca, del que Cristo afirmó que no quedará sin recompensa, es una realidad de poco valor para nuestra mente.

Todo lo tocado por el gua queda penetrado de su realidad. La enfrentamos cuerpo a cuerpo. Distiende y agiliza nuestros músculos en la ducha o la zambullida; las ciudades viven de ella, la buscamos antes de levantar nuestra carpa, la llevamos con nosotros en la cantimplora como compañera indispensable.

No hay limpieza sin ella. Es la sangre vital de la tierra para mantenerse con vida. Amamos su frescura y su caricia, tememos su potencia y sus fuerzas ocultas. La asociamos a nuestras construcciones y nuestros esfuerzos.

Sirve para **lavar y purificar**, dirán los pueblos que la poseen en abundancia. Allí ella corre a mares en el baño, no se la ahorra ni para regar las veredas y las calles. Cuando llueve hasta el limpia-parabrisas del auto parece lento. En la cocina las verduras son lavadas dos veces "por las dudas..." Pero en los lugares donde el agua es escasa, entonces su significado es muy distinto: sirve ante todo **para vivir**.

Así se comprende mejor la mentalidad de los orientales, de los hebreos en particular. Para el Génesis las **aguas de arriba** (las lluvias) y las **aguas de abajo** (las fuentes) son tan importantes como el sol. Yahvé usa de la lluvia y de la sequía con un sentido pedagógico. El perdón y la penitencia son su resultado.

En el desierto los nómades hebreos luchan por la posesión de las fuentes y siempre se acordarán que en aquella aridez Moisés hizo brotar de la roca muerta agua abundante.

La fecundidad es su característica esencial. Represas y conductos, canales y depósitos para la irrigación transforman todo un país.

No tiene ni gusto, ni color, ni aroma. No la podemos definir pero la gustamos y domesticamos sin conocerla. Es completamente necesaria para la vida, en cierta manera **esta vida**. Para cumplir con su función rechaza toda mezcla o alteración.

Un inmenso **misterio contradictorio** y rico se encierra en la realidad del agua.

Participa de la **ambivalencia** que tiene toda la creación. Guardini lo expresa muy bien: "Esta ambigüedad demoníaca del agua, tan fuertemente expresada en el ritual de la bendición, ha sido sentida por cada uno de nosotros: en el flujo incesante de un río, en el profundo remolino, en el sordo rumor líquido. El agua es a la vez dulce y terrible, cristalina y enigmática, origen de vida y de muerte. En ella se encuentra el Maligno, lo mágico, lo fascinante y lo pagano. Quien no ha experimentado este contraste desconoce la naturaleza... De ella nace también el elemento límpido y puro, **útil, precioso y casto**. Pura y purificante, fecunda y fecundante, el agua ha llegado a ser el símbolo de la vida sobrenatural".

Ella hace la maravilla del oasis en el desierto, la vida de las praderas irrigadas, reanima al sediento, vitaliza a una población. En la savia yergue las plantas, en la sangre anima los cuerpos.

Fue elegida **signo eficaz del Amor** porque siendo "casta", ahoga el pecado, renueva el alma, purifica todo lo que toca.

Puede ser terrible pero la bendecimos para que transformada en una "santa e inocente creatura", sea útil al hombre. Ese hombre que glorifica al Padre en ella y rememora la Redención de Cristo. Crucifica y resucita.

De ella proviene una energía natural. Es **desinteresada**, parece haber sido hecha para el servicio, aseo y refrigerio ajeno.

Su misterio cuando está dormida en la profundidad aparece como seductor y terrorífico. En el océano insondable y en las olas enfurecidas es la imagen de otro abismo del cual brota la vida y asecha la muerte.

Ante ella nos aflora un profundo sentimiento de respeto. Está unida a nuestra historia. Temprano en la Iglesia, nuestros padres supieron cantar sus maravillas. San Cirilo de Jerusalem nos habla de sus milagros: ella constituye los seres. Forma la hierba naciente, expande la vida; cae del cielo en forma idéntica pero obra de forma variada. Se vuelve blanca en el lirio, roja en la rosa, sombría en la violeta; diferente y variada en cada especie. Es distinta en la palmera y en la viña... , se adapta a la estructura de los seres que la reciben, se transforma para cada uno en lo que le conviene.

Por eso, nos dice San Cirilo, **es imagen del Espíritu Santo**: es uno y de esencia única e indivisible, distribuye a cada uno la gracia como quiere. Por todo esto el salvador llama al agua "la Gracia del Espíritu".

Y Tertuliano canta las alabanzas del agua a propósito del BAUTISMO: "En el principio... la tierra era invisible y sin estructura, y las tinieblas cubrían el abismo, y el Espíritu descansaba sobre las aguas. Ahí tienes, hombre, el motivo para respetar primeramente la antigüedad de las aguas. Ellas constituyen la sustancia primordial; después, su dignidad; pues son el reposo del Espíritu divino, más hermosas que todos los demás elementos... Tan solo el agua, materia siempre perfecta, graciosa y simple, pura en sí misma, se extendía a los pies de Dios, digna de ser su triunfal carroza. "Qué maravilla esa ordenación del mundo realizada por Dios a través del agua, madre de la armonía!".

Para comprender al Señor tenemos que pasar por la experiencia del agua y de la sed. Nada define mejor al cristiano que la imagen del **sediento**.

El camino del cristiano está muy bien sintetizado en la imagen de la ruta por el desierto. Esas rutas de camelleros marcadas caprichosamente por los puntos de agua. Apartarse de ellas es buscar el propio suicidio. Durante toda la marcha esa fuente en el oasis obra como un imán. El hombre y los animales regulan sus esfuerzos para alcanzarla. Esa fuente los resucitará de nuevo a la vida luego de la semi agonía.

Para comprender al Señor hay que tener sed de El. Hay que sentir su presencia como una necesidad vital. La experiencia de la sed es fundamental para ir a Cristo: "El que tenga sed, venga a mí y beba". Esto es lo que quiso explicar a la samaritana en aquella tarde calurosa junto al pozo.

Como la cierva que gime por aguas vivas, según el salmo, así el cristiano vive con una sed renovada,



sed que confiere a Cristo una frescura eterna. Sed de la verdad siempre renovada y profundizada. Sed de la perfección sin límites, del **más** que aflora en todo corazón grande tal como nos lo expresó San Ignacio.

El agua de Cristo es una fuente que salta hasta la vida eterna. Entre la vida eterna y el agua viva, entre la sed y las aspiraciones más profundas del hombre hay una analogía profunda: el agua no representa la sed, sino que el agua es para la sed. Así también, la vida eterna es para el hombre sediento de un **más** esa plenificación y respuesta.

LA SED es privación de agua y exigencia de ella. La sed demuestra la existencia del agua, nos hace apreciar su esencia de la cual no es más que ausencia. Ese sentido de lo absoluto que tiene el hombre atestigua la existencia de aquel dinamismo que es la vida eterna.

Cristo usa el agua como un símbolo. Y un símbolo es más que un signo, es una realidad experimentada (el agua-la sed) que nos introduce en la comprensión de una realidad muy superior.

PALABRA DE DIOS

Job 12:15:28:26

Dios es el amo de las aguas y le impone sus leyes.

Job 5:10

Salmo 104

Dios extiende la lluvia sobre la tierra. El agua está sometida a su voluntad.

Génesis 27:28

Salmo 133:3

El agua es signo de la bendición de Dios.

Isaías 19:5s

La sequía es signo de la maldición divina hacia los impíos.

Job 40:23

Salmo 124

Ezequiel 16:4-9;23:40

Ambigüedad del agua.

El agua purifica y limpia las manchas.

Génesis 18:4

Lucas 7:44

Juan 13:2s

Lavar los pies del huésped era signo fundamental de hospitalidad y amistad. Cristo **pone agua** en una palangana y repite el gesto como ejemplo de humildad y amor.

Salmo 26:6

Mateo 27:24

Lavarse las manos es signo de que son inocentes.

Isaías 44:3s	El agua que da Dios al pueblo a través de Moisés, es símbolo de la restauración que vendrá. Jerusalén, término de la peregrinación, poseerá una fuente inagotable.
Juan 19:34	Cristo vino a traer esa agua vivificante prometida por los profetas.
Juan 7:37-39	Cristo es el Agua Viva. Fuente para los sedientos de la fe.
Juan 1:19s	Cristo convierte al agua en un signo de regeneración comunicándonos el Espíritu o Amor del Padre.
Juan 4:14;9:1s	Debo quedar siempre sediento del agua viva.
Romanos 6:3s	Sumergirse y salir del agua significa enterrarse y resucitar con Cristo.

EL SENDERO

Pasan por donde parecería imposible, bordean precipicios, esquivan una piedra, un tronco caído, cruzan un torrente, evitan una roca cortante, un arbusto de espinas. Solamente puede pasar por ellos una persona, son estrechos, a veces incómodos, no están pavimentados... Es el camino que siguió el primero, el más aventurero, el "baquiano" de la zona, y que luego todos siguieron.

Los he visto en las laderas de las montañas, entre la pared y el precipicio, tratando de no bajar demasiado al valle enmarañado. Los he visto en bosques tupidos y maravillosos donde la luz del sol se filtra entre el follaje como en los vitrales de una catedral; en la pampa de horizontes inmensos, donde la llanura pa-

rece renegarlos constantemente, pero el caminante avezado sabe que son la única guía segura para vadear los arroyos o ríos y llegar a los refugios de sombra en algún monte de eucaliptus.

Sus vueltas caprichosas nos hablan de un origen sencillo, de una voluntad inteligente y conocedora de la zona. No ha sido hecho por la orden de algún ingeniero con "bulldouser" en la mente. Parecería que en él ha habido un pacto entre el hombre y la naturaleza, concesiones mutuas que terminan en una profunda amistad.

Sobre él la vida todavía no ha sido asesinada. Florcitas empecinadas siguen echando sus raíces; escarabajos y pájaros de todo tipo buscan en su huella, semillitas caídas de las ramas que le sirven de tejado.

Como muy bien observaba el P. Charles, por ellos se camina en fila india, y cuando cruzamos a alguien nunca es un choque sino un encuentro.

Las autopistas no tienen imprevistos. No es que las despreciemos o ignoremos su utilidad innegable en nuestra civilización. El que se aventura por los senderos busca otra cosa. Busca los imprevistos que no encuentra en la gran ruta. En ella toda sorpresa se llama accidente, los kilómetros pasan en sucesión matemática de resta o suma y el vértigo por la velocidad a veces no es más que una forma de impaciencia, tomado por algunos como demostración de fuerza.

Caminando por un sendero no nos vienen ganas de correr; hay demasiadas novedades en cada recodo como para pasar distraído. El paisaje es siempre nuevo, los murmullos de la naturaleza se van armonizando en una melodía muy distinta a la del zumbido de los motores.

Cristo amó los senderos y los caminos. El rutero infatigable que se llamó a sí mismo "El Camino". Se conocía muy bien los senderos de Galilea y Samaria. Su sensibilidad riquísima captaba los imprevistos del camino y la naturaleza fantástica que los rodea. De ello sacó su material para hacer entender el Reino a los hombres.

Vino a nosotros por esos senderos humildes, no por rutas fulgurantes de luces de neón. Nos invita a caminar con El, compañeros de ruta, poniendo nuestros pasos sobre sus huellas. Nos enseñó que el camino del cielo es un sendero y nos equivocamos si pretendemos llegar a él por la vía ancha y fácil.

Ese sendero que serpentea en zig zag por la espesura es una buena imagen de nuestra vida. Cansa un poco, pero conduce a la meta por la senda paradójicamente más recta. La línea de nuestra vida está formada por un sendero. Nunca es una línea recta y ancha. Vueltas y bordeos, partes pedregosas y partes mullidas de césped. Se arrima a precipicios, pasa por espesuras sin casi luz y por los desiertos calcinantes donde la luz hiere los ojos. Pero si tenemos fe, sabemos que Jesús camina junto a nosotros, compañero de horas largas, de fatigas y alegrías. Dueño del tiempo, nunca está tan apurado como nosotros. Respeta en nosotros todo lo humano, eso que nos describe tan bien la imagen del sendero: nuestras miserias y grandezas, caprichos y generosidades.

Cristo nos insinúa la ruta sin querer eliminar nuestras iniciativas. Pero El es quien conoce bien ese sendero porque lo ha trazado antes que todos nosotros.

Toda nuestra tradición cristiana ha sido acunada en un pueblo de nómades, conocedores y trazadores de

senderos. Su Jefe, Cristo, es el único sendero verdadero que lleva con toda certeza, si no desesperamos por el camino viendo sus vueltas caprichosas, a la vida.

Por eso el sendero y todo lo que nos enseña juega un rol esencial en nuestra fe. Por eso el vocabulario de la Revelación lo utiliza para hablarnos de la vida moral y religiosa.

PALABRA DE DIOS

Salmo 1:6

Proverbios 4:18;12:28 Existen dos maneras de conducirse, dos caminos, el bueno y el malo.

I Corintios 12:31

Lucas 1:79

El buen camino consiste en practicar la justicia, buscar la paz y el amor.

Génesis 12:1-5

Por el llamado de Dios, Abraham se pone en ruta.

Isaías 55:8

El sendero es a veces desconcertante, "mis caminos no son vuestros caminos".

Miqueas 6:8

El Exodo es el ejemplo privilegiado. El Pueblo experimenta lo que es "caminar con su Dios".

Deuteronomio 8:2s

La marcha con Dios es difícil, es un tiempo de prueba.

Isaías 40:3

Lucas 3:4

La vuelta del exilio no es la realidad definitiva sino aquella anunciada por el Bautista: "preparad los caminos del Señor".

Mateo 16:23

Lucas 24:26

La entrada al Cielo sólo puede hacerse por el camino de la Cruz.

Hechos 10:19s

Cristo ha inaugurado para nosotros un camino nuevo y viviente.

Hechos 9:2;18:25

El cristianismo naciente es llamado "el camino".

Juan 14:6

Ese camino ya no es más una ley, es una persona, Jesús.

PALABRA DE DIOS

Salmo 1:6

Proverbios 4:18;12:28 Existen dos maneras de conducirse, dos caminos, el bueno y el malo.

I Corintios 12:31

Lucas 1:79

El buen camino consiste en practicar la justicia, buscar la paz y el amor.

Génesis 12:1-5

Por el llamado de Dios, Abraham se pone en ruta.

Isaías 55:8

El sendero es a veces desconcertante, "mis caminos no son vuestros caminos".

Miqueas 6:8

El Exodo es el ejemplo privilegiado. El Pueblo experimenta lo que es "caminar con su Dios".

Deuteronomio 8:2s

La marcha con Dios es difícil, es un tiempo de prueba.

Isaías 40:3

Lucas 3:4

La vuelta del exilio no es la realidad definitiva sino aquella anunciada por el Bautista: "preparad los caminos del Señor".

Mateo 16:23

Lucas 24:26

La entrada al Cielo sólo puede hacerse por el camino de la Cruz.

Hechos 10:19s

Cristo ha inaugurado para nosotros un camino nuevo y viviente.

Hechos 9:2;18:25

El cristianismo naciente es llamado "el camino".

Juan 14:6

Ese camino ya no es más una ley, es una persona, Jesús.

EL FUEGO

Mil veces, después de la larga caminata, cuando el sol está por desaparecer, hemos calculado el viento, tanteado con el pie la blandura del césped, nos descolgamos la mochila con un solo movimiento y rápidamente nos pusimos a buscar ramas finas y gruesas, algunos troncos y un poco de musgo seco.

El hacha ha limpiado algunas ramas y sus golpes crearon astillas de madera que colocamos hábilmente en forma de pirámide sobre el suelo despejado. Un pequeño gesto mágico y he ahí la materia inerte transformada en llama.

Se eleva primero débilmente y tímida, después, arimándose, la llama comienza a crecer encarnizán-

cese en su presa de madera, sube, se supera y explota finalmente en ardor triunfal y solemne.

Es el momento en que el fuego proclama con su luz y calor la extrema tensión de la materia hacia la vida. A través suyo nos llega todo el bosque —como decía Larigaudie— con su sol, sus sombras, sus copas acogedoras, sus silencios y sus sonidos.

Todo crepita y es vida. Las llamas blancas, azules o doradas impregnan la atmósfera con sus matices, su calor y su energía. Los chisporroteos de la madera que se consume y el crujir de los troncos que se van abriendo, concentran el pensamiento y cautivan la vista.

Es tan acogedor e inagotable en la creación de formas nuevas que nunca nos cansamos de mirarlo. A veces caemos en la cuenta de que hemos estado horas concentrados sobre él y podríamos seguir indefinidamente.

Cualquiera sea el número de personas a su alrededor, siempre logra crear un clima de serenidad y distensión. Parecería que tiene una fórmula especial que estrecha las amistades y hace olvidar los sinsabores de la lucha diaria.

En la oscuridad fraternal, entrecortada por los resplandores irregulares de las llamas que dibujan mil sombras extrañas, no sentimos casi la necesidad de comunicar por la palabra. Nos sentimos ligados por una comunión más íntima que la del habla.

Esa tragedia muda y fantástica que se juega en la danza de las llamas es suficiente para apasionarnos; quizás porque es capaz de mantener ella sola el silencio y darle sentido.

El fuego que hemos encendido para nuestra alegría, para nuestro calor o para nuestra cocina, nos ha-

bla con su presencia de muchas cosas. Con el aire perfumado de la madera que se consume, llama constantemente a la luz y a la vida subrayando la importancia de nuestras vidas.

Para comprender todo lo que significa el fuego, tenemos que salir de nuestras ciudades y acampar. Sólo allí nos librára su secreto completamente. Sólo entonces comprenderemos la riqueza de las imágenes bíblicas, fundamentales para nuestra fe.

El fuego es hijo del sol y de la noche. Del sol, porque conserva parte del resplandor que ha heredado y nos regala con sus mismos atributos: luz, calor, ánimo, unión. Se transforma en un puro servicio: nos calienta la bebida y cocina nuestros alimentos, seca nuestras ropas húmedas... Se da a todos, se comunica a quien lo acepta.

De la noche tiene la nobleza y el misterio. Participa de su ambigüedad cuando no respetamos su ley. Apacigua los ánimos e invita al reposo cálido luego del esfuerzo. Invita a la oración y a la reflexión, une las presencias a su alrededor.

Esa llama roja que arde al comienzo del crepúsculo junto a la morada de los hombres, es uno de los elementos más íntimos y fuertes, más alegre y profundo de la naturaleza.

Es imagen de impulso y vivacidad. El fuego es expansivo por naturaleza, es comunicativo como el amor verdadero.

Como el agua, **es agente de transformación**, de regeneración, de muerte y resurrección.

Tiene la crueldad de quien consume la vida ajena para mantener la propia, pero al mismo tiempo es fuerza creadora: ágil, vigoroso, intocable, candente como

el alma apasionada, todo lo enciende, todo lo convierte en él mismo...

Cuando lo contemplamos, **nuestros ojos parecen identificarse con él** a pesar de que no lo tocan; lo reciben pero dejándolo intacto. Hay una semejanza profunda en esto con aquella unión que se lleva a cabo entre Dios y el hombre que lo conoce. "Dios es la Verdad", dice la Escritura. Y conocer la verdad es en cierta manera poseerla. "Conocer a Dios" equivale a unirse con El, como los ojos con la llama en la visión de su resplandor.

El calor irradiado nos acusa su presencia en el rostro y en las manos; sentimos como si nos penetrara calentando todo el cuerpo. **Eso es el amor:** unión por ardor con la llama que es todo don e irradiación.

El fuego ardoroso e inquieto es imagen del "Dios Vivo". El cirio Pascual simboliza a Cristo (lumen Christi), del cual se encienden todas las demás velas para que por todas partes brille e inflame la luz y el ardor del Dios viviente.

A medida que el fuego se va consumiendo en sublime sacrificio, **provoca la unión y la comunidad de los hombres.** Así deberíamos ser quienes nos llamamos discípulos de quien dijo: "Fuego he venido a traer a la tierra y quiero que arda".

Debemos ser como esa llama: contagiosa, elevándose infatigable a lo alto, gozosa, que se consume procurando calor a todos.

El fuego purifica. Purifica el agua matando los microbios, purifica los instrumentos del cirujano, la ropa que se hace hervir, el oro y todos los metales preciosos mezclados con otros menos puros. Nada extraño pues,

que Dios use la imagen del fuego para separar el bien del mal, lo puro de lo impuro...

El fuego castiga. Los primitivos lo usaron siempre para sus torturas y por mucho tiempo fue el antecesor de las sillas eléctricas. El Señor se sirve también de su imagen para hablarnos de la pena eterna (Marcos 9: 47). Hace uso de lo que todo judío conocía: La Gehena. Nombre formado de Ge-Hinnam, que designaba en arameo el valle de Hinnam, cerca de Jerusalén, donde constantemente ardían las inmundicias, como aún hoy día en todas nuestras ciudades.

En la concepción cristiana el infierno, más que un **lugar** es un **estado** de alma que rehusa obstinadamente el amor de Dios. Se siente constantemente atraída por Dios y eternamente lo rechaza. Se pena a sí misma con ese odio que la consume como llama ardiente.

El fuego significa al amor. La llama busca comunicarse, unirse. El fuego es todo ardor y conquista, calor y fusión. Por eso la Escritura lo usa también para hablarnos del amor.

El amor humano que fusiona dos seres para la vida se introduce en ese fuego que los consumirá en Dios. La verdadera amistad es un fuego que fusiona dos vidas. El amor que impulsa una vocación genuina es llama que transforma y eleva a quienes toca.

El amor, si no es encendido con leña verde..., como el de los amores precoces y superficiales, purifica las intenciones, aquilata el corazón, prepara para el don cotidiano y lo hace perdurar una vida entera.

Más que de la seguridad y el abrigo confortable, **el fuego es símbolo, desde su aparición sobre la tierra, de la alegría y el gozo colectivo.**

El hombre cantó siempre y danzo a su alrededor. La rueda surge natural a su radio de acción. Nuestro criollo lo sabe bien. Su llama invita a compartir las historias legendarias, las hazañas de nuestros pioneros. Toda esa cultura popular que se enraiza en nuestra historia, que nos penetra y nos hace sentir parte de ella. La guitarra de los payadores canta la realidad de la vida. El canto se hace participado y recorre la rueda junto con el mate mientras la caldera chifla a la orilla de las brasas. Y a la mañana, cuando se destapa el trasfogero, una nueva esperanza y una nueva tarea ya aparecen por delante.

Si el ESPIRITU SANTO se manifestó en el fuego, es porque nadie mejor que él significa sus dones: fuerza, coraje, inteligencia, amor, alegría... Es El quien dio audacia a los profetas de todos los tiempos. Y como inmensa paradoja que se repite a lo largo de la historia, nuestras sociedades los siguen matando porque prefieren la ceniza húmeda y chata al ardor de la llama. Siempre hay desproporción entre los "bomberos del espíritu" y los "incendiaros del amor".

Sólo quien ha captado el mensaje del fuego puede decidir libremente qué bando adoptar.

PALABRA DE DIOS

Génesis 15:17

Exodo 3:2; 13:21

El signo del fuego resplandece en la historia de las relaciones entre Dios y su Pueblo.

Salmo 17:9

El fuego es imagen de la presencia Divina.

II Macabeos 1:19

Isaías 31:9

El fuego arderá sin interrupción en el altar de los holocaustos.

Deuteronomio 4:24

Hebreos 12:29

Romanos 5:5

Dios es un fuego que devora.

Apocalipsis 1:14

El amor de Dios por nosotros se presenta bajo la forma del fuego.

C. de los Cant. 8:6

Los ardores del amor son llamas de fuego, fuego del Señor.

Lucas 12:49

Cristo viene a traer fuego y quiere que incendie.

Salmo 65:12

Proverbios 17:3

Mateo 3:11

Las metáforas sobre el fuego abundan en la Escritura. Cada una tiene su riqueza peculiar.

Isaías 6

El fuego purifica los labios del Profeta.

II Tesalon. 1:8

Pablo usa la imagen del fuego para describir el final de los tiempos.

Hechos 2:3

El Espíritu Santo se manifiesta en el fuego y transforma la debilidad de los apóstoles en fuerza y audacia.

Hechos 12:18s

El cristiano está bajo el signo del fuego que consume el holocausto de nuestras vidas en un culto agradable a Dios.

LA CENIZA

Es compañera del acampante pero parecería que su presencia pasa siempre desapercibida.

A la noche, antes de retirarnos a dormir la regamos para que no guarde alguna brasa oculta que pueda reanimar el fuego. A la mañana la esparcimos y retiramos para reencender el fuego. No ponemos atención a su realidad.

Parecería que es sólo un desperdicio. Sólo una molestia. Es el residuo inerte de aquel fuego que nos comunicó su vida. En sí misma carece de todo valor, pero encierra en su impalpable realidad, una lección profunda.

La presencia de la ceniza habla siempre de algo que ha vivido y se ha sacrificado. El fuego que nos dio

calor y luz a la noche, que cocinó nuestros alimentos y secó nuestras ropas húmedas.

Es el testimonio de algo que ya no podrá ser repetido idénticamente. Esa rama convertida en ceniza ya no podrá volver a encenderse ni prestar nuevamente sus servicios.

Para el cristiano tiene un significado vital que va más allá de su realidad. Sabe que su propia existencia terminará en cenizas, al igual que el árbol quemado, pero sólo como un tránsito, sólo como un paso hacia una nueva existencia muy superior.

Parecería como que siempre temiésemos esta realidad, de lo efímero, de lo que pasa y no puede contra el tiempo irreversible.

La precariedad de la vida, tal como nos la representa Job sentado sobre un montón de cenizas, en medio de la incomprensión y la tristeza, es sólo una parte de la realidad.

Somos conscientes de esa fragilidad que comporta la vida humana. Un choque un poco violento, un líquido demasiado caliente, una burbuja de aire en la sangre, un grano de arena en algún órgano esencial, y... pasamos rápidamente a la otra vida!.

Y entonces pensamos: ¿Qué más efímero que el hombre?. Ochenta o cien años y todo se terminó. En un año nacen noventa y nueve millones de hombres y mueren cincuenta y uno!. Tres hombres por segundo aparecen sobre la faz de la tierra. Tomada con un poco de perspectiva, nuestra vida es semejante a la de una volátil mariposa.

Entonces nos refugiamos en la inconsciencia. Buscamos la gloria y la fama, buscamos gozar el minuto

y constatamos que todo se escurre de nuestras manos. Como la ceniza entre los dedos.

La fama y la popularidad no tardan nada en volverse ceniza. Entonces surge un interrogante: ¿Pudo haber sido Dios tan cruel?. ¿Puede reducirse nuestra existencia a la llama fugaz que termina siendo un puñado de ceniza?.

El cristiano es consciente de que la realidad no es así. Sabe que la ceniza simboliza **una parte** real de nuestra existencia, pero que no es **toda** nuestra existencia.

Sabe que cuando sea ceniza y se confunda con la tierra estará mucho más cerca de alcanzar una nueva realidad. Esa que nos espera a todos en el momento de la resurrección.

Resurrección que dependerá de nuestra realización vital en la tierra, de la capacidad y ardor de nuestra llama, de nuestra esperanza y de nuestro amor.

La realidad de la ceniza nos espolea a no pasar por este mundo sin dejarlo un poquito mejor de como lo encontramos. Nos impide distraernos y fascinarnos con verdades parciales.

Cuando todo parece decirle al hombre que está destinado a ser ceniza, barrida por la generación siguiente, él sabe que su verdadero destino va mucho más allá y está precisamente en la vida, esa que no podemos describir con nuestras categorías, porque ni ojo vio ni oído oyó ni mente pudo imaginar, como nos dice Pablo.

No quiere vivir con un optimismo vacío o con una esperanza hueca. El cristiano sabe que esta vida es frágil y pasa, pero que es el principio de otra superior, proyección y continuación de ésta.

Y su huella no será barrida para alumbrar un nuevo fuego. Su ceniza abrigará siempre un trasfoguero que guardará la continuidad, que transformará otras ramas en nueva llama y nueva vida.

Esta es la lección de la ceniza. Lección de humildad auténtica, esa de quien sabe perfectamente lo que es y no huye su propia realidad. Lección de sacrificio y esperanza. Lección de purga y progreso sobre los errores, con la fe de quien ve más allá y da decidido el paso trascendental.

PALABRA DE DIOS

Job 1:9

Job se sienta sobre la ceniza para significar la precariedad de la vida.

Job 30:19

En medio de la prueba siente que su realidad se asocia a la de la ceniza.

Job 42:6

Se arrepiente de su rebeldía ante Dios y hace penitencia sobre la ceniza.

Mateo 11:21

Lucas 10:13

La ceniza es símbolo de la penitencia. El Señor lo recuerda cuando se dirige a los habitantes de Corozain y Betzaida.

Hebreos 9:13

Las cenizas tuvieron un carácter sagrado. Servían en diversas ocasiones para purificar lo que había sido manchado.

Isaías 40:6

Nuestra vida carnal dice fragilidad. Pero la Palabra de Dios permanece.

Juan 3:6

I Corintios 15:50

La carne es caduca, pero el espíritu la vivifica.

Gálatas 6:8

Nuestra frágil vida terrestre no tiene un destino fatal. El cristiano confía, aunque consciente de su condición, en la fuerza de la muerte y resurrección del Salvador.

CONCLUSION:

EL HORIZONTE

Conclusión:

EL HORIZONTE

El sol acaba de asomar su realidad incandescente, allá, en esa línea misteriosa donde la tierra parece unirse con el espacio. Todo se ilumina, todo adquiere contraste y profundidad entre las luces y las sombras

Bajo esa bola de fuego el horizonte se enciende, se vuelve resplandeciente y la superficie viva de nuestra Tierra despierta, recomienza su laboriosa jornada.

A la madrugada encierra una nueva esperanza, un nuevo esfuerzo que se reanuda. La promesa de nuevos frutos y de renovadas fuerzas que se activarán abrazando maravillosas realidades.

La creación entera se convierte en ofrenda total, en esperanza de unificación y de prosperidad. Todo parece nuevo, todo parece joven.

Al atardecer, ese mismo horizonte acunará el sol cuando se retire, al final del día, como cansado de las tareas y los esfuerzos. Con su trayecto irá derramando sobre la tierra un manto de paz propicio al descanso. La luminosidad brillante del día se irá concentrando sobre esa línea etérea y poco a poco dará paso a las sombras que permitirán el descanso de nuestros ojos demasiado usados.

Ese horizonte, fuente de la aurora y cuna del ocaso, también tiene su realidad, bien evocadora por cierto, durante el día.

Siempre ha sido atractivo para el hombre de todos los tiempos, siempre ha sido elocuente, maestro de verdades eternas.

La experiencia de Larigaudie es universal: "En la última torreta del palo mayor de un velero, cuando no hay tierra a la vista, posee uno para él solo el círculo del horizonte. Quisiera poder empujar más lejos esa línea, hacer estallar ese límite, que, a pesar de todo, nos aprisiona porque estamos hechos para lejanías más dilatadas que las extensiones esmirriadas de los horizontes terrestres".

Estamos acuñados en un espíritu destinado a las dimensiones ilimitadas. Somos los eternos insatisfechos en esta vida porque calamos mucho más de lo que la realidad nos puede dar. Nada nos complace completamente porque estamos hechos para lo ilimitado.

Por más amplias y fantásticas que sean nuestras experiencias y posibilidades, siempre quedaremos pidiendo más. Las experiencias más excitantes perderán todo su encanto al poco tiempo. Eternos perseguidores del más allá, nuestra vida se convierte en una fabulo-

sa aventura hacia un horizonte constantemente nuevo, constantemente ampliado y maravillosamente atrayente.

Nuestro espíritu despliega, impulsado por esa realidad que tenemos delante, todas sus potencias, explora, descubre, conquista, canta y disfruta a sus anchas.

Esa línea misteriosa siempre ha sido el detonador de un nuevo avance. Desde Cristóbal Colón hasta Garín.

El hombre ha pasado a tomar conciencia de su vocación cósmica. Sabe que no está aislado, que precisa todo el horizonte y todo el universo que está detrás de él. Y el Universo tiene necesidad de él, como decía Claudel. "El mundo no es para él un ser extranjero, desconfiable, infinito, un problema indescifrable, sino una creatura de Dios, familiar, limitada, permeable por todas partes a sus sentidos y a su espíritu: un **misterio inagotable**".

Frente a ese horizonte nos sentimos **indispensables**. Cada uno es indispensable. La creación y los hombres necesitan de nuestro espíritu y de nuestras manos. El espíritu que todo lo penetra, que todo lo planea, que a través de todo exulta en alabanza.

Ese espíritu que es consciente de lo inacabado, de lo inalcanzado, de lo que falta por hacer. Del sufrimiento y del desorden. Pero que es consciente también de sus manos para completar esa creación. A través de ellas se siente capaz de construir, de amar, sufrir y participar de esa inmensa tarea junto al Creador.

Tenemos que aprender a no encerrarnos en un horizonte pequeño. Tenemos que ver las cosas en su

verdadera dimensión. Abrirnos a las distancias y realidades del cosmos.

Horizonte quiere decir capacidad de vibrar con la aventura de los hombres que en este momento viven olvidados en la Antártida, del astronauta que surca el espacio...

Quiere decir capacidad de sonreír con todos los rostros alegres de los niños que juegan en las plazas, amar con el amor de todos los enamorados que abrazados caminan en el éxtasis.

Significa hacer tuyas y hablar con las palabras y el canto de nuestros hermanos los poetas, los místicos, los santos.

Significa sentirse orgulloso de todos los esfuerzos del hombre, de su trabajo, de sus batallas y de sus victorias.

Significa hacer tuya toda la alegría y belleza que existe a nuestro alrededor.

De norte a sur, del Alfa al Omega, desde el oriente hasta el occidente, formamos una orquesta inmensa, donde cada uno tiene su puesto, donde cada uno tiene que dar su nota sin desentonar con la armonía universal.

El horizonte, al mismo tiempo que hace explotar las fronteras, nos hace descubrir y valorar nuestro propio país. Conocemos nuestro horizonte, ese que está hecho de nuestros paisajes, pero no se resigna a encerrar la realidad sólo en nuestros límites. Es mensajero de otros paisajes y costumbres, de otros hombres en verdad y en su lección.

Ser ciudadano del mundo, no es leer el diario para enterarse de novedades (como quien se considera de-

portista viendo la olimpiada por T. V.). Ser ciudadano del mundo es tener corazón cósmico, es trabajar para cambiarlo y mejorarlo. Es ser consciente de lo que queda por hacer. Mientras dos de cada tres hombres tengan hambre, no tendremos derecho al descanso ingenuo o desinteresado.

Frente a esa línea cautivante del horizonte purificamos nuestra vista, pedimos prestados los ojos al Creador y abarcamos el Cosmos con nuestro corazón.

Admiramos el misterio del mundo, esa larga palpitación de amor y esfuerzo que sintoniza con el Amor eterno.

Nuestros brazos querrían abarcar esa meta. Todo el universo está presente como en un esfuerzo de ascensión hacia la vida. Bajo la línea etérea toda la humanidad se hace presente en su prodigioso trabajo por perfeccionar la Creación.

Ha aprendido la lección del horizonte quien cada día se vuelve más fraternal, más dispuesto, más libre y más universal.

Hemos aprendido la lección cuando somos conscientes de una realidad más inmensa que el mismo horizonte. Cuando nos damos cuenta que dos ojos nos miran desde más allá, por sobre los hombros del horizonte y nos aman.

Cuando nos damos cuenta que ese Ser es capaz de encerrarse en nuestra propia pequeñez haciéndonos más vastos que el mismo horizonte.

INDICE

Pág.

INTRODUCCION	5
LAS ACTITUDES	15
El caminar	17
El cansancio	23
El descanso	27
El canto	32
Comer y beber	40
El compañero	48
El silencio	57
LOS INSTRUMENTOS	67
El campamento	69
La mochila	74
Las cosas de la mochila	79
Los zapatos	85
La carpa	89
El refugio	94
El pan	99
LA NATURALEZA	105
La naturaleza	107
El sol	115
La noche	121
La luz	127
El árbol	134
La madera	140
La flor	146
La piedra	152
La montaña	158
La nieve	163
El viento	167
El agua	172
El sendero	180
El fuego	185
La ceniza	193
CONCLUSION: El horizonte	199